



**El Colegio
de la Frontera
Norte**

Título:

**SER LESBIANA EN CULIACÁN, LESBOFOBIA Y CONSTRUCCIÓN DE
IDENTIDADES**

Tesis presentada por

Ana Isabel Sánchez Osuna

Para obtener el grado de

MAESTRÍA EN ESTUDIOS CULTURALES

Tijuana, Baja California, México.
2016

CONSTANCIA DE APROBACIÓN

Director de Tesis: _____

Dr. Salvador Cruz Sierra.

Aprobada por el Jurado Examinador:

1. _____

2. _____

3. _____

AGRADECIMIENTOS.

Agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), por el apoyo económico que me fue otorgado, sin el cual, la realización de los estudios de maestría no hubiesen sido posibles. Así mismo, al Colegio de la Frontera Norte, por la creación de programas de posgrado que permiten la formación de académicas y académicos con una visión crítica de la investigación.

De igual forma mi completo agradecimiento al Dr. Salvador Cruz Sierra, por ir más allá de su labor como director de tesis y acompañarme a la largo de la realización de ésta investigación, agradezco también al Dr. Oscar Misael Hernández por fungir como lector de este trabajo y por su aporte al mismo, a la Dra. Norma Mogrovejo por formar parte del comité de evaluación, por recibirme en la estancia de investigación en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, por sus aportes críticos a esta investigación y su motivación al continuo autocuestionamiento.

Agradezco particularmente a las lesbianas que han participado de esta investigación, y me han compartido sus experiencias de manera valiente, a pesar de los fantasmas que ello pudo despertarles.

Agradezco de manera especial a mi madre, que ha sabido entender mis rebeldías, a mi padre que de manera continua me motiva a perseguir las utopías, a mi hermano que siempre me recuerda que no se ha de poner esfuerzo en aquello que no brinda felicidad, y a Frida, por acompañarme, y musicalizarme este camino.

Mi completa gratitud también, para César, maestro dedicado y amigo incondicional, Eva por sus curiosas formas de motivar, Emma, por compartir la experiencia aún en la distancia, para Lu, Ana, Ruby y Sarah, por hacerme tan cálida la adaptación a la ciudad, Omar, Carlos, Frida, Itz, Vero y Sofi, mi familia adoptiva, por las carcajadas compartidas, las angustias superadas, los bailes y las noches de desvelo, sin ustedes este recorrido no hubiese sido posible. A mis compañeras y compañeros de maestría por compartir sus conocimientos y experiencias, por saber trabajar en equipo.

Esta tesis es un esfuerzo colectivo, de corazón, gracias.

RESUMEN:

El presente trabajo de investigación, tiene como propósito, explorar la influencia de la lesbofobia en la construcción de identidades de lesbianas en la ciudad de Culiacán, Sinaloa, así como el impacto de la misma en el proceso de construcción de identidades politizadas, en tanto la visibilización de la existencia lésbica incide en la transformación de las normas de género heterosexistas y misóginas, y en la modificación de la percepción social de la homosexualidad. La investigación se centra en la experiencia de lesbianas en Culiacán, debido a que la construcción sociocultural de género de ciudad ubicada en el noroeste de México, resulta particularmente opresiva con las mujeres, pues existe una marcada presión social en torno al cumplimiento de los roles domésticos y reproductivos, al cuidado de sus estéticas, y la vigilancia de su sexualidad, además, al ser un contexto marcadamente homofóbico, representa una doble opresión para las lesbianas, como mujeres homosexuales. Para ello, se emplearon metodologías cualitativas que permiten la aprehensión de los significados producidos por los sujetos de estudio, a través de entrevistas a profundidad. Encontrando que el proceso de construcción/deconstrucción de las identidades lésbicas es sumamente complejo y emocionalmente demandante, es un ir y venir contradictorio, que no puede limitarse a calificarse como politizado/despolitizado, transgresor o reproductor de las normas, y que en contextos heterosexistas y misóginos, representan desde la búsqueda personal de la felicidad un acto de resistencia político.

Palabras clave: género, identidades lésbicas, lesbofobia.

ABSTRACT:

The following investigation, has a purpose as to explore the influence of lesbophobia on the conformation of identities of lesbians from Culiacán, Sinaloa, and its impact about the politicization of their identities, as the importance of the visibility of lesbian existence on the transformation of gender norms. The research focuses on the experience of lesbians from Culiacán, due to the local sociocultural construction of gender that comes particularly oppressive for women, along with the social pressure about their adherence to the domestics and reproductive roles, their attention of their own aesthetics, and the surveillance of their sexuality. The context is notably homophobic, it represent a double oppression for lesbians as women and homosexuals. Culiacán is also one of the last ones to join the equal rights movements, and become an ambivalent space between the acceptance and disapproval of homosexuality, making the city a suitable space to explore the influence of lesbophobia on the conformation of lesbian identities. The above, has been approach, by qualitative methodology, providing the possibility to explore the phenomena by the concepts of the actor, trough deep interviews, finding that lesbian identities must be understood as a complex, emotionally applicant, and conflictive process of construction/deconstruction of owns identity, that cannot be seen as subversive or not, but more important, that lesbian identities represents, from the individual pursuit of happiness, a political act of resistance.

Key words: gender, lesbian identities, lesbophobia.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| INTRODUCCIÓN..... | 1 |
| Planteamiento del problema..... | 2 |
| Pregunta de Investigación..... | 4 |
| Objetivos..... | 4 |
| Específicos..... | 4 |
| Estrategia metodológica..... | 4 |
| a) Delimitación espaciotemporal..... | 5 |
| b) Sujetos de estudio y unidades de análisis..... | 5 |
| c) Instrumentos..... | 6 |
| I. LA CONSTRUCCIÓN SOCIOCULTURAL DEL GÉNERO..... | 8 |
| 1.1 Las relaciones de género en el contexto de Culiacán..... | 8 |
| 1.2. Las mujeres y los hombres culichis, relaciones de género en Culiacán..... | 11 |
| 1.2.1. La violencia detrás de la valorización de la belleza de las mujeres culichis..... | 11 |
| 1.2.2. Las relaciones de género en las expresiones del narcotráfico..... | 13 |
| 1.2.3. La tradicional música de banda..... | 16 |
| 1.3. Las expresiones de la lesbofobia..... | 21 |
| II. IDENTIDADES LÉSBICAS, ¿UNA POSIBILIDAD DE SUBVERSIÓN DEL GÉNERO?..... | 28 |
| 2.1. Las identidades desde las políticas del reconocimiento..... | 28 |
| 2.2 Las identidades desde los estudios culturales..... | 30 |
| 2.3 Identidades complejas y la importancia del sujeto y sus experiencias..... | 34 |
| 2.4 La relación entre género y sexualidad..... | 37 |
| 2.5 Identidades lésbicas..... | 39 |
| 2.6 Los efectos del estigma sobre la politización de las identidades lésbicas..... | 42 |
| 2.7. La pertinencia de los referentes teóricos en relación al objeto de estudio..... | 45 |
| III. CONSTRUCCIONES IDENTITARIAS DE LAS LESBIANAS EN CULIACÁN..... | 48 |
| 3.1. Fronteras Identitarias..... | 49 |
| 3.1.1. Descubrirse diferente..... | 49 |
| 3.1.2. Gay, homosexual, o lesbiana..... | 51 |
| 3.1.3. Cultura de género..... | 53 |
| 3.1.4. El ambiente gay..... | 56 |
| 3.2. EL clóset..... | 59 |

| | |
|---|----|
| 3.2.1. El miedo a la salida | 60 |
| 3.2.2 La salida voluntaria | 61 |
| 3.2.3. La salida forzada | 62 |
| 3.3. Lesbofobia. | 63 |
| 3.3.1. Lesbofobia cultural..... | 63 |
| 3.3.2. Lesbofobia física. | 66 |
| 3.3.3. Lesbofobia emocional | 67 |
| 3.3.4. Lesbofobia internalizada. | 68 |
| 3.4. Los grupos de pertenencia | 69 |
| 3.4.1. El papel de la familia..... | 69 |
| 3.4.2. La comunidad en la red. | 74 |
| 3.4.3. La comunidad local | 76 |
| 3.5. Acciones Afirmativas | 77 |
| 3.5.1. Búsqueda de la independencia | 77 |
| 3.5.2. Visibilidad | 79 |
| 3.5.3. Pensar el Futuro..... | 81 |
| 3.5.4. Consciencia de opresión..... | 82 |
| IV. REFLEXIONES FINALES..... | 85 |
| 4.1 Aportes..... | 89 |
| 4.2. Limitaciones: | 90 |
| REFERENCIAS BIBLOGRÁFICAS | 92 |

INTRODUCCIÓN

El presente ejercicio de investigación, surge a partir mi experiencia como lesbiana, socializada en un contexto particular, Culiacán, y mi necesidad de acceder a las formas de superar el peso de los significados negativos que sobre el ser lesbiana se producen en la ciudad. Para poder entenderme y ser entendida como una lesbiana en todos los ámbitos y los espacios de mi cotidianeidad, y partir de ello tener la posibilidad de exigir y de luchar por aquello que considero me es inherente, por el derecho de decidir sobre mi sexualidad, de ejercerla de manera libre, y de poder desarrollar mi personalidad sin las limitantes que un contexto misógino, heterosexista y vigilantes de la sexualidad impone.

Es a partir de reflexionar acerca de cuáles son las barreras que para ello me son impuestas tanto por los otros como por mí misma, que comienzo a cuestionarme sobre las experiencias de otras lesbianas en la ciudad, si es que ellas sienten la misma necesidad de expresar su orientación sexual de manera pública, si se cuestionan sobre la importancia de hacerlo, ante quienes comparten esta información, y si enfrentan el mismo miedo al rechazo.

Pues en una ciudad como Culiacán, en donde la estética y la sexualidad de las mujeres son especialmente valoradas y vigiladas, debido a la importancia que se le otorga a la unión en matrimonio y la reproducción, pensadas éstas últimas como las formas de realización de las mujeres, que les otorgan una vez cumplidas, reconocimiento y aceptación social y familiar. El ser lesbiana, ha significado de manera personal, la posibilidad de rechazar roles que como mujer buscan relegarme al espacio doméstico, y la búsqueda de mi realización personal, académica y profesional. Sin embargo, al mismo tiempo ha instaurado en mí, miedos que son difíciles de enfrentar, miedo a ser la única diferente, a no encontrar un grupo de pertenencia, a perder el amor de mi madre, al rechazo de mi padre, que pude enfrentar con el apoyo de amigos y familiares. Actualmente se presenta el miedo a perder la red de apoyo que para mí representa mi familia extendida, miedo a que una vez que me asuma ante ellos como lesbiana, entiendan ésta diferencia como una traición o como el desprecio de lo que me han brindado. Miedo que Anzaldúa (2009) relaciona con la crisis emocional que pudiera significar perder el hogar, por la similitud sonora que la palabra homofobia en inglés guarda con “home”:

“miedo a volver a casa. Y no ser aceptada. Tenemos miedo a ser abandonadas por la madre, la cultura, la raza, a ser inaceptables, culpables, heridas. La mayoría creemos inconscientemente que si revelamos este aspecto inaceptable de nosotras nuestra madre/cultura/raza nos rechazará totalmente. Para evitar el rechazo, algunas de nosotras nos adaptamos a los valores de la cultura y empujamos esas partes inaceptables hacia las sombras [...] aún hay otras de nosotras que damos otro paso: intentamos despertar a la Bestia de las Sombras que tenemos en nuestro interior. No muchas nos lanzamos a la oportunidad de enfrentarnos a la Bestia de las Sombras en el espejo sin acobardarnos ante sus ojos sin párpados, de serpiente, y su fría, húmeda y pegajosa mano que nos arrastra a las profundidades, a sus colmillos, que rechinan y silban. ¿Cómo puede una poner plumas en esta serpiente en concreto? Pero algunas de nosotras hemos sido afortunadas: en el rostro de la Bestia de las Sombras no hemos visto lujuria, sino ternura; en su rostro hemos descubierto la mentira”. (Anzaldúa, 2009:208)

Es por esa posibilidad de entender las mentiras que las normas culturales de género nos cuenta, intentando imponer formas de desarrollar nuestras subjetividades que resultan opresivas, que busco acceder a las narrativas de las experiencias del ser lesbiana en Culiacán de otras lesbianas, y entender cuáles son las formas que éstas encuentran de resistir a la homofobia y lesbofobia, que las hace vivir con el miedo de ser rechazadas, develar cuáles son las estrategias a través de las cuales se negocia o se supera dicho temor y si a partir de ello implementan prácticas que coadyuven a la erradicación de los significados culturales negativos sobre la existencia lésbica. Al mismo tiempo que la realización de esta investigación se convierte en un acto de resistencia personal, en una forma de enunciar me como lesbiana y visibilizarme de manera pública, negándome a esconder mi orientación sexual, bajo ninguna circunstancia, pretende también tener una incidencia positiva en la experiencia de las lesbianas en Culiacán.

Planteamiento del problema

Hoy en día no es aceptable discriminar a las personas por su orientación sexual, incluso, se han promulgado leyes contra la discriminación a nivel nacional; sin embargo, la homofobia y lesbofobia sigue presente, pues en nuestro contexto cultural, a través de chistes, insultos, publicidad, la escuela y otras instituciones, se busca “normalizar” a lesbianas y gays, reforzando los roles de género que llevan implícitos una heterosexualidad obligatoria. Álvarez Gayou (2000) señala que es posible afirmar un cambio sobre todo en el sentido del

reconocimiento de la sociedad, en general de los derechos que tienen los y las homosexuales, expresando una mayor tolerancia, aunque no en sí hacia la visibilización de la homosexualidad.

Para Castañeda los factores que han influenciado el cambio en la manera de percibir a la homosexualidad son: la separación entre sexualidad y reproducción; la eliminación de la homosexualidad como enfermedad mental, y el hecho de que el nivel socioeconómico, la escolaridad, la profesión y el entorno etnográfico, no tengan relación con la homosexualidad. Sin embargo, el factor que considera más importante es la visibilidad cada vez mayor de las y los homosexuales en la sociedad y en los medios masivos de comunicación, ya que la visibilidad ante los grupos sociales a los que se pertenece, “cambia la percepción de las personas al confrontar sus prejuicios y reflexionar sobre su actitud al conocer la homosexualidad por una persona real y no por las ideas preconcebidas”. (Castañeda, 2006:32).

Sin embargo, reafirmar una identidad homosexual (en este caso lésbica), que sea en mayor medida visible, es decir, que apueste por el reconocimiento público en la mayoría de los grupos de pertenencia puede resultar conflictivo debido a la presencia en nuestro contexto de homofobias. Ya que la construcción social del género tiene la función de perpetuar la masculinidad hegemónica y la heterosexualidad obligatoria, pues el género “es una forma primaria de relaciones significantes de poder [...] es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder (Scott, 1996: 291)”. Al respecto del poder, Butler, afirma que “descansa en un mecanismo de reproducción que puede descontrolarse, que de hecho se descontrola, que deshace las estrategias de acción del poder y reproduce nuevos e incluso subversivos efectos” (Butler, 2009:324).

Si entendemos la identidad lésbica según Rich, es posible pensar en que las lesbianas pueden transgredir y transformar las relaciones de poder que generan las normas de género, y que producen a su vez homo y lesbofobias, pues para la autora “la existencia lésbica implica el quiebre de un tabú y el rechazo a una heterosexualidad compulsiva. Es además una forma directa o indirecta de arremeter contra el derecho de los hombres de acceder a las mujeres. Pero es más que eso, podríamos empezar por percibirla como una forma de oponerse al patriarcado, un acto de resistencia” (1980:649).

Es por lo anterior que considero relevante estudiar en qué medida las identidades de mujeres lesbianas en Culiacán, apuestan por la visibilidad, entender cuáles son sus experiencias en relación con la homofobia e identificar de qué recursos culturales se valen para negociar sus identidades en un contexto con normas binarias de género.

Pregunta de Investigación

¿Cuáles son las experiencias en relación a la lesbofobia de mujeres lesbianas de Culiacán y su efecto en la construcción de sus identidades?

Objetivos

General: Comprender cómo son las experiencias en relación a la lesbofobia de mujeres lesbianas y cuál es la influencia de éstas en la apropiación de elementos culturales con que construyen sus identidades.

Específicos

- Entender las experiencias en relación a la lesbofobia de mujeres lesbianas.
- Conocer en qué medida las identidades de mujeres lesbianas son visibles.
- Describir cuáles son los elementos culturales que conforman sus identidades.
- Analizar en qué medida dichos elementos son reproducidos o (re)interpretados.

Estrategia metodológica

La estrategia metodológica es de corte cualitativo, y tiene como objetivo acceder a las experiencias de las lesbianas entrevistadas en Culiacán. Los instrumentos y técnicas utilizadas no persiguen la representatividad, sino la comprensión de las experiencias compartidas a manera de narrativas (que serán consideradas como construcciones subjetivas), de las lesbianas que han participado del presente ejercicio de investigación.

El diseño de la investigación desde la perspectiva cualitativa, es reflejo de la necesidad de pensar a la ciencia como no neutral, y por el contrario hacer explícito el interés por el cambio de la realidad social. Los análisis que de las narraciones que se han realizado, son entendidos entonces, como interpretaciones que se ven influenciadas tanto por la posición y las implicaciones que, quien investiga, tiene con el objeto de estudio, como por los intereses académicos y los referentes teóricos con que son leídas.

a) Delimitación espaciotemporal

El trabajo de campo, tuvo lugar en la ciudad de Culiacán, pensada ésta, como un contexto particular, en donde a pesar de las normas de género basadas en el machismo y la denostación de lo femenino, de manera reciente comienzan a desarrollarse acciones en pro de la lucha por los derechos de la diversidad sexual, a partir de lo cual, comienzan a ocurrir aparentes transformaciones respecto a la aceptación de la diversidad sexual, como el surgimiento de establecimientos comerciales “*gay friendly*” y la mayor visibilidad de personas homosexuales en la ciudad, lo que genera un espacio ambivalente entre la aceptación y el rechazo, en el que se busca comprender, de qué manera la lesbofobia tiene influencias en la construcción de las identidades lésbicas.

El tiempo destinado al trabajo de campo, se llevó a cabo a finales de 2015 y principios de 2016, con una duración de tres semanas, que coincidieron con el periodo vacacional, y las festividades decembrinas y de fin de año, aspecto que complejizó el contacto y organización de las entrevistas a causa de los compromisos sociales y familiares de las entrevistadas.

b) Sujetos de estudio y unidades de análisis

La inclusión de las lesbianas como participantes de la investigación, se ha decidido en base al cumplimiento de las condiciones de auto adscribirse como lesbianas, y aceptar compartir sus historias de vida en relación a su orientación sexual.

En un primer momento se intentó contactar con posibles participantes, visitando una discoteca que lleva por nombre Luna Azul, que al momento del trabajo de campo había sido inaugurada de manera reciente. Sin embargo, los intentos por interactuar con las lesbianas que frecuentaban el lugar, no fueron exitosos, pues obtenía su atención mientras comunicaba de manera breve mi proyecto de investigación, pero una vez les invitaba a participar de la investigación mediante el relato de sus experiencias a través de una entrevista, obtenía sus negativas, algunas veces excusándose debido a la falta de tiempo, y algunas otras aceptando no sentirse cómodas compartiendo información personal. Debido a lo anterior, fue necesario contactar con una lesbiana que conocía con anterioridad, fungiendo así como informante clave, y a través de quien fueron surgiendo nuevos contactos.

Las edades de las entrevistadas varían entre los 24 y 29 años de edad, con una escolaridad universitaria. Sus ocupaciones varían, dos de ellas ocupan puestos medios en

empresas, una es empleada a medio tiempo, tres son propietarias de negocios de comida, y una más es socia fundadora de una pequeña empresa de realización y edición de videos de publicidad.

En total se realizaron siete entrevistas, el número de entrevistas se determinó debido a la saturación de información, las complicaciones al contactar con sujetos de estudio, y la imposibilidad de extender el periodo de trabajo de campo. Los nombres de las interlocutoras se mantendrán anónimos debido al acuerdo de confidencialidad, y serán mencionadas a través de los seudónimos que ellas mismas eligieron. La unidad de análisis corresponde a las historias de vida enfocadas a la orientación sexual de las mujeres.

c) Instrumentos

Se utilizaron las historias de vida, desde la perspectiva de análisis propuesta por Mallimacci y Giménez (2006), a través de la implementación de entrevistas enfocadas en las expresiones de las identidades lésbicas como eje temático principal. Esta perspectiva tiene como centralidad la relación entre pasado, presente y futuro del relato, y la importancia de las relaciones interpersonales y los contextos en los que se desarrolla el sujeto, que tienen fundamental importancia en la construcción de las identidades lésbica. Las historias de vida han sido utilizadas con anterioridad para reconstruir identidades de sujetos silenciados (Mallimacci y Giménez, 2006), por lo que su uso en el contexto de la pregunta de investigación acá planteada cobra sentido y pertinencia.

Se utilizan las historias de vidas, debido a que éste instrumento permite explorar las recomposiciones sociales, pensando las narrativas como formas de acción enmarcadas en lugares y contextos específicos. Las narrativas deberán ser interpretada desde un enfoque teórico, enmarcado en el contexto, teniendo siempre en consideración la posición social e histórica tanto de quien narra como quien interpreta las historias de vida, (Mallimacci y Giménez, 2006). Esta perspectiva permite, entender las identidades de las lesbianas como actos de resistencia, enmarcados en un contexto particular, al mismo tiempo que señala la importancia de entender que las historias de vida una vez narradas, se convertirán en la interpretación de quien investiga.

Las historias de vida se recuperan a partir de entrevistas a profundidad, debido a que éstas permiten acceder a los pensamientos, creencias y saberes sobre un determinado tema, a

partir de un diálogo abierto, que no al no ser estructurado, permite explorar el tema desde los conceptos que los sujetos producen sobre el tema, y acceder a significados que en el diseño de la entrevista pudieron haberse dejado de lado (Guber, 2001). Debido que se buscó conocer las historias de vida, enfocadas en el tema particular de la orientación sexual de las entrevistadas en relación a la lesbofobia del contexto, las entrevistas se condujeron a partir de una guía que se elaboró pensando en que la conversación pudiera fluir de manera natural, por lo más que preguntas directas, que se presentaron temas de conversación que giraron en torno al momento de auto adscripción como lesbianas, las formas de establecer contacto con otras personas de la diversidad sexual, las maneras de relacionarse con sus parejas, su percepción sobre la discriminación en la ciudad, las relaciones familiares, laborales y de amistad, y principalmente, sus reflexiones sobre la experiencia de ser lesbianas en Culiacán.

Para el análisis de la información obtenida, las entrevistas fueron transcritas en su totalidad, para de manera posterior, a partir de los ejes centrales que se encontraron en los relatos, conformar categorías que facilitaron la organización e interpretación de la información, las categorías son fronteras identitarias, el closet, lesbofobia, grupos de pertenencia, y acciones afirmativas, éstas categorías a su vez fueron divididas en subcategorías a partir de las cuales se presentan los resultados.

I. LA CONSTRUCCIÓN SOCIOCULTURAL DEL GÉNERO.

1.1 Las relaciones de género en el contexto de Culiacán.

El género, podría entenderse como una serie de reglas tácitas que guían las formas en que debemos actuar en nuestra interacción con las otras personas, dichas formas, limitan subjetividades y capacidades de hombres y mujeres, y al ser percibirse como naturales, preestablecidas, y presentes a todo lo largo de la historia, las propuestas sobre la necesidad de modificarlas, pueden resultar disonantes para muchas personas. Según Scott, el género es una forma determinante de las relaciones sociales, que descansa en las diferencias atribuidas a los sexos, y lo convierte en una forma básica de relaciones significantes de poder (Scott, 1996).

A estos significantes culturales, presentes en toda sociedad, es a lo que Rubin (1986) ha denominado el sistema sexo/género. Refiriéndose con ello, a las convenciones sociales en que la cultura transforma las diferencias biológicas entre sexos, en actividades diferenciadas que buscan satisfacer las “necesidades humanas”. Llama a esas convenciones sociales, establecidas para tratar la reproducción, el género, y la sexualidad: sistema/sexo género, ya que lo considera “un término neutro que se refiere a ese campo que indica que en él la opresión no es inevitable, sino que es producto de las relaciones sociales específicas que lo organizan” (Rubin, 1986:46).

Esas normas establecidas diferenciadamente, según lo propuesto por Rubin (1986), lejos de señalar las diferencias consideradas naturales entre los sexos, implican por el contrario la represión de las semejanzas obvias entre las personas, independientemente de su sexo, pues los hombres deberán suprimir a cualquier precio toda característica o deseo femenino, y las mujeres deberán negar cualquier rasgo o deseo que en lo social se entienda como masculino, así “el mismo sistema social que oprime a las mujeres en sus relaciones de intercambio, oprime a todos en su insistencia en una rígida división de la personalidad” (Rubin, 1986:59).

Detrás de esa supresión de ciertas características para cada sexo, se encuentra la división sexual del trabajo, pues Rubin (1986) retomando las investigaciones de Strauss, señala que el autor establece que dicha división no se debe a ninguna diferencia biológica,

sino a la necesidad de asegurar que “la mínima unidad económica viable contenga por lo menos a un hombre y una mujer” (Rubin, 1986), logrando así que todas las uniones sean heterosexuales. En este sentido, las normas género implican una heterosexualidad obligatoria, pues “el género no sólo es una identificación con una sexo: además implica dirigir el deseo sexual hacia el otro sexo [...] la supresión del componente homosexual, es por consiguiente un producto del mismo sistema cuyas reglas y relaciones oprimen a las mujeres” (Rubin, 1986).

Además, las normas de género, implican una distribución inequitativa de recursos, que se basan en la jerarquización de las diferencias anatómicas, que buscan la dominación de los hombres sobre las mujeres, a través de la heterosexualidad obligada, y mediante la inscripción en el cuerpo de las normas binarias de género, que se da a través de la enseñanza en el hogar y en la escuela, aunada a las diferencias de la estructuración del espacio para cada sexo y el acceso diferenciado al mismo, la imposición de un lenguaje corporal, expresiones y ademanes diferenciados para niños y para niñas, y en general mediante la cotidianeidad, que a través de las prácticas culturales como la música, los chistes, los refranes y el cine, etc., es interiorizada, convirtiéndose en lo que Bourdieu denominaría un habitus de género que nos lleva a naturalizar el dominio masculino, a través de lo cual “está suficientemente bien asegurado como para no requerir justificación: puede limitarse a ser y a manifestarse en costumbres y discursos que enuncian el ser conforme a la evidencia, contribuyendo así a ajustar los dichos con los hechos” (Bourdieu, 1996, p. 15).

A estos discursos opresivos, especialmente para quienes ostentan una sexualidad distinta a la proscrita, es a lo que Wittig (2006), llama “el pensamiento heterosexual”, refiriéndose a todos aquellos discursos normativos que presuponen que lo fundante de cualquier sociedad es la heterosexualidad. Refiere a todas aquellas disciplinas y teorías, que aún a pesar de los avances académicos que entienden que todo está permeado por la cultura y que buscan la deconstrucción de lo “natural”, siguen entendiendo a hombres y mujeres como esencialmente diferentes, siguen viendo en esta cultura “un núcleo de naturaleza que resiste al examen, una relación excluida de lo social en el análisis y que reviste un carácter de ineluctabilidad en la cultura como en la naturaleza: es la relación heterosexual. Yo la llamaría la relación obligatoria social entre el «hombre» y la «mujer» (Wittig, 2006, p. 51)”.

Una sexualidad distinta a la heterosexual, podría romper con esta negación del pensamiento heterosexual a ver y entender distintas categorías y producciones de significado diferentes, es decir, pondría de manifiesto la artificialidad de esa relación obligatoria y jerárquica entre hombre y mujer. No implicando por ello una transformación de las normas de género, pues no es posible afirmar que ciertas prácticas sexuales resulten en la configuración de géneros distintos, “sino que en condiciones de heterosexualidad normativa, vigilar el género ocasionalmente se utiliza como una forma de afirmar la heterosexualidad (Buttler, 2007:14).

La relación que podría existir entre una sexualidad diferente, en este caso lésbica, sería la posibilidad que ello brinda de cuestionar las categorías que se nos han atribuido, y de dar cuenta, a través de la experiencia, de la arbitrariedad de las mismas, pues como señala Butler “los género inteligibles son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo” (Butler, 2007:72).

Una vez entendiendo que el género es una producción sociocultural, que se comparte en un contexto específico, se hace necesario explorar cuáles son las normas de género que operan en la ciudad de Culiacán, qué prácticas se establecen de forma diferenciada para hombres y mujeres, si existe una distribución inequitativa de los recursos por sexo, en qué expresiones culturales puede revelarse el heterosexismo, y sobre todo poder identificar qué prácticas otorgan inteligibilidad al género en éste espacio específico, y cuáles serían las consecuencias de desestabilizar esa inteligibilidad.

Para ello se revisan la situación de las mujeres frente a la ocupación laboral, escolar y de cargos públicos. Y de manera especial, las relaciones de género que se hacen presentes en las expresiones culturales más difundidas tanto en la ciudad de Culiacán, como en el estado de Sinaloa, que son la música de banda, los corridos y narcocorridos y la apreciación de la belleza de las sinaloenses que se refleja en la importancia sociocultural que se otorga a los concursos de belleza. Haciendo de manera posterior una revisión de la situación de la comunidad de Lesbianas, Gays, Bisexuales y Transexuales (LGBT), en la ciudad, para con ello tener una mejor comprensión de cómo las configuraciones de género del contexto, tienen un efecto en la construcción de las identidades específicamente de las lesbianas.

1.2. Las mujeres y los hombres culichis, relaciones de género en Culiacán.

Pensar en Sinaloa, para las personas en general, remite principalmente a tres características: narcotráfico, música de banda y la belleza de las mujeres. Estas tres “cualidades” son referentes culturales muy arraigados en los Sinaloense, por ello, los consideraré como expresiones que permiten analizar y poner de manifiesto las relaciones de género que existen en la entidad.

1.2.1. La violencia detrás de la valorización de la belleza de las mujeres culichis

De acuerdo con el Sistema Estatal de Indicadores de Género del Instituto Sinaloense de las Mujeres, en 2015 la participación económica de las mujeres en el estado era alrededor de un 30% más baja en relación con los hombres en edades de 20 a 50 años, siendo la diferencia un poco menor, en la capital Culiacán, al ser de alrededor del 20% para el mismo grupo de edad. Respecto a la participación política, en 2013, del total de diputaciones únicamente el 32% eran ocupadas por mujeres, mientras que en los cargos de sindicatura municipal apenas participaban con el 11%, y en lo referente a las presidencias municipales, un mínimo de 5% eran ocupadas por mujeres (Instituto Sinaloense de las Mujeres, 2016)

En lo que respecta a los delitos, en los informes disponibles en el sitio web de la Procuraduría General de Justicia del Estado de Sinaloa, en 2015 fueron cometidos contra las mujeres de la entidad, 48 homicidios dolosos, 129 culposos, y 171 violaciones, habiéndose cometido contra mujeres el 34% del total de los delitos reportados en 2015. Para la capital Culiacán, se reporta que en 2015, se recibieron 999 denuncias por violencia intrafamiliar, y 70 casos de abuso sexual o atentados al pudor. (Procuraduría General de Justicia del Estado de Sinaloa, 2016). Sin embargo en Sinaloa, los asesinatos de mujeres, no son tipificados como feminicidios, según lo encentra Cimac noticias al realizar un análisis de los reportes presentados por el Observatorio Ciudadano Nacional del Femicidio, encontrando a Sinaloa entre los 10 estados más violentos para las mujeres (Cimac Noticias, 2015)

Sin embargo, la brecha de género puede verse reflejada en muchas otras instancias, por ejemplo, en un estudio realizado sobre los cargos directivos ocupados por mujeres en los bachilleratos de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), se reporta que en la UAS la rectoría nunca ha sido ocupada por una mujer, y que en el momento del estudio sólo dos de 34 directivos eran mujeres. Dicho estudio concluye que aún en lugares que deberían ser

espacios de discusión, y que se consideran democráticos, existen obstáculos para que las mujeres ocupen puestos de liderazgo, considerando la presencia de las mujeres como secundaria y pensando sus actividades como complementarias a la de los hombres (González, Benítez y Aguilera, 2004). Lo más interesante del estudio son las declaraciones de las mujeres que habían sido candidatas a directoras de bachillerato, una de ellas señala que durante su campaña, uno de los maestros decía que “cómo era posible que una vieja lo fuera a mandar” (González, Benítez y Aguilera, 2004:110); otra de las entrevistadas señala, que con la doble jornada, ocupar un cargo directivo se torna más difícil para una mujer, que al tener tantas actividades termina por descuidar algunas como la familia. (González, Benítez y Aguilera, 2004). En éste mismo sentido, Santamaría considera que:

En Sinaloa salvo el papel centralísimo de la mujer como sujeto de adoración maternal y belleza cosificada, en realidad ha sido casi totalmente ignorada como como actriz estelar en la construcción de los escenarios de su entorno. Ciertamente no ha sido líder de los procesos sociales públicos que la sociedad considera más importantes y que casi siempre están asociados al poder económico, político, cultural y sexual (Santamaría, 1999:78)

Además de lo anterior, las mujeres sinaloenses enfrentan violencias simbólicas, muy arraigadas en la cultura de los habitantes de la localidad. Una de estas violencias es la “valorización” de su belleza, al respecto Santamaría (1999) considera que el culto a la belleza y el erotismo de las mujeres en estado es un tema dominante que sólo se compara con las alabanzas a los recursos naturales de la entidad. Pues siento un estado que cuenta con muchas riquezas naturales, aparece en los textos de los poetas como un tierra fértil, bella y opulenta, características que se adjudican también a sus mujeres, la relación de las mujeres con la naturaleza está particularmente presente en el estado, que valora en sus mujeres la maternidad, el trabajo doméstico (como formas de reproducción), y en especial la belleza.

Esta apreciación de la belleza en las mujeres, pasa para muchos como un alago, otros más hasta se sienten orgullosos de las mujeres hermosas que habitan Sinaloa, sin embargo, ello resulta opresivo y misógino, pues además de exigirles adaptarse a ciertos estándares de belleza, esa característica banal, es la más valorada en las mujeres, dejando de lado sus aptitudes o intereses, Santamaría señala que a las mujeres del estado sin exentarlas del trabajo doméstico y otras actividades productivas y reproductivas, se les exige el cuidado de su físico

y su apariencia, pues “mucho más para las mujeres que para los hombres el atuendo y la apariencia han sido un sello de distinción en la sociedad sinaloense” (Santamaría, 1999:113).

Este tipo de violencia hacia las mujeres, está tan interiorizada entre los sinaloenses, que lo ven como un rasgo cultural característico de la alegría y espontaneidad de los mismos, de tal forma, que incluso el mismo autor que en su obra intenta criticar la desigualdad de género entre hombres y mujeres haciendo un análisis del culto a las reinas de belleza en Sinaloa, cae en aquello que aparentemente rechaza, pues para Santamaría, las mujeres han aceptado lo que él considera una “invitación” a agradar al gusto de los hombres, tanto, que hasta compiten con otras mujeres, siendo más coquetas que las mujeres de otros lugares de la república y expresando el agrado por sus cuerpos a través de la vestimenta provocadora.

Al considerar de ésta manera la experiencia de ser mujer en la ciudad de Culiacán, se justifica la violencia y el acoso sexual, culpando a las mujeres de la imposibilidad de contener los impulsos agresivos de los hombres, y reduciendo el acoso sexual a una expresión cultural de la “admiración” de los hombres por la belleza de las mujeres. Así mismo, Santamaría (1999), plantea que “la mujer sinaloense en particular ha asimilado con arraigo la invitación a agradar tanto al gusto del hombre como a la competencia de la mujer” (1999:128). El autor disfraza de invitación, las normas que sobre los cuerpos y las subjetividades de las mujeres se inscriben, sin embargo, no se detiene a considerar que los estándares de belleza son impuestos por los hombres resultado opresivos para las mujeres, además de dejar de lado el hecho de que, siendo la característica más valorada en las mujeres, éstas la ven como una moneda de cambio en las relaciones de poder con los otros. Pesando también que esa belleza además de ser producida por los hombres, es para consumo de los mismos, al mismo tiempo que es misógina y opresiva con el cuerpo de las mujeres, resulta también en una norma heterosexista.

1.2.2. Las relaciones de género en las expresiones del narcotráfico.

Sinaloa es uno de los principales productores de alimentos a nivel nacional, ocupando en 2011 el primer lugar en exportaciones agropecuarias, siendo ésta una de las actividades económicas más importantes del estado, a pesar de ello, Ibarra plantea que Sinaloa sigue siendo una sociedad tradicional y subdesarrollada, falta de empleos y expulsora de migrantes,

por lo que surgen oportunidades riesgosas para trascender en lo económico (Ibarra, 2003). Esas oportunidades refieren innegablemente al narcotráfico.

Debido una presencia fuerte de esta actividad ilícita en la entidad, la violencia se vive de manera cotidiana. A través de una revisión del Institute for Economics and Peace y el Índice de Paz Metropolitano, Plascencia (2016) hace una reflexión sobre el vínculo entre violencia y cultura en el estado, señalando que por más de una década, el estado ha clasificado dentro de los más violentos, a excepción de 2003, y ha sido el segundo estado más violento en cuatro ocasiones. Señala también que el panorama es aún más desalentador en la capital del estado, Culiacán, pues de 2011 a 2013 la ciudad fue catalogada como la menos pacífica de todas, al llevarse a cabo en ella actividades relacionadas con el tráfico de drogas y una alta tasa de homicidios.

Además, esta actividad es mayormente llevada a cabo por hombres, y al tener lugar al margen de la legalidad, exentos de las normas, en donde la forma de resolución de conflictos es la violencia, exige de quienes participan de dicha actividad, una versión exaltada de la masculinidad, por lo tanto, “es común que en el mundo del narcotráfico se construyan las relaciones de género a partir de un conjunto de actitudes y comportamientos que discriminan y marginan a la mujer por su sexo” (Ovalle y Giacomello, 2006: 301).

Pues si bien las mujeres han ido cada vez más incursionando ésta actividad, se insertan en el negocio a través de ocupar las funciones más riesgosas y menos remuneradas, que para nada son reflejo de la idea de la rentabilidad del narcotráfico. Para ellas se reservan trabajos como empleadas domésticas, menudistas, empacadoras, cajeras, mulas, prestanombres y damas de compañía, éstas últimas a pesar de que aparentemente son bien remuneradas, están a merced de la voluntad de quienes les pagan (Ovalle y Giacomello, 2006). Es decir, en el narcotráfico, para las mujeres esta relegado un papel que sirve a las necesidades y facilita las funciones de los jefes, casi siempre hombres, y además de no recibir las grandes sumas de dinero que supondría se pueden obtener al incursionar en el narcotráfico, muchas de las veces son las mujeres quienes cargan con los riesgos y se convierten en los chivos expiatorios, que pagan las condenas por quienes tienen cargos mayores.

Una expresión muy difundida del narcotráfico y que está repleta de simbolismos que refieren a la configuración del género, son los corridos. Si pensamos además, como postula Valenzuela, que los narcocorridos son una especie de representación social, entendiendo que éstos “se apropian de una serie de símbolos contruidos desde las culturas populares y ya anclados en el imaginario colectivo” (2010:23.), podemos leer en ellos algunas claves para entender las relaciones de género existentes en Culiacán.

Valenzuela al hacer un análisis de las letras de los corridos, plantea una clasificación de las formas en que las mujeres aparecen en ellos: la mujer sacrificada, representadas principalmente por la madre, quien es sumisa, dedicada al cuidado y servicio de los demás, siendo las mujeres que cumplen éste papel las más privilegiadas por los hombres dentro del narcotráfico; la mujer valiente o la jefa, que trasgrede los espacios masculinos demostrando que la valentía y la capacidad no son exclusivos de los hombres, sin embargo, éstas mujeres entran al negocio a través de códigos impuestos por hombres y reproducen la violencia y el machismo; y la mujer trofeo, que es un objeto más de consumo, apreciada únicamente por sus atributos físicos, que al ser poseída por un hombre, éste adquiere prestigio, al verse en ella reflejado su poder adquisitivo (Valenzuela, 2010). La mujer trofeo es de la que más se habla en los corridos, un ejemplo de ello es “el enamorado”:

Destapa otra botella
quiero brindar por ellas
me traen enamorado
puras plebitas bellas
me gusta tener muchas
pa' no perder el tiempo
el mundo es para mi
se los digo contento

La banda norteña los carros del año
las mejores plebes las traigo a mi lado
pura buchanita del cellito rojo
me gusta cumplirme todos mis antojos
las playas las discos y los malecones
palenques y en tates apuesto millones
me sobran amigos por toditos lados
son gente muy buena de muy alto rango
y les digo a mi gente
Soy Enamorado

El enamorado, Los Titanes de Durango

Al leer la letra de éste corrido puede verse como las mujeres aparecen en él como un objeto más de consumo, comparadas con los autos, los conjuntos musicales, y las apuestas. Son vistas como un antojo que el poder adquisitivo de un hombre puede cumplir, éste tipo de representaciones de la mujer “alude a una transacción comercial y simbólica, en la cual el valor de cambio es su belleza” (Valenzuela, 2010:170). Estas transacciones hacen referencia a lo que Rubin (1986) define como “intercambio de mujeres”, término que expresa “las relaciones sociales de un sistema de parentesco especifican que los hombres tienen ciertos derechos sobre sus parientes mujeres, y que las mujeres no tienen los mismos derechos ni sobre sí mismas ni sobre sus parientes hombres” (:56). Al respecto de los corridos y el género, Valenzuela señala:

“Aun cuando no sea tratamiento exclusivo de los corridos, las relaciones de género manifiestan con crudeza la desigualdad emanada de la construcción sociocultural de hombres y mujeres...Resulta profusa la re-producción del machismo, la exaltación de la valentía como atributo masculino y la denostación femenina... (2010:164-176)”

Es así que a través de la figura del narcotraficante, al pensar en los hombres culichis, se los piensa como agresivos, valientes y machos, lo anterior no pensándolos necesariamente vinculados a esta actividad, sino que como bien apunta Lizárraga (2010), con el hecho de que el narcotráfico naciera en el estado, “sus habitantes fueron los primeros en dotarle y permearle con los atributos propios de su identidad y cultura” (Lizárraga, 2010:56).

1.2.3. La tradicional música de banda

La tambora, es una modificación de la banda de metales Europea que se introdujo por los colonizadores en todo México en el siglo XIX como referente cultural europeo, que a partir de la apropiación de los habitantes de cada villa, fue tomando formas según el contexto. En Sinaloa fue apropiada de tal manera que para fin de siglo, los conjuntos de músicos se habían esparcido por todo el estado, y eran ya una característica de la de región (Simonett, 2004).

La música cobró tal relevancia para la vida cultural de la región, que se convirtió en imprescindible para los eventos sociales, las bandas se separaban en tiempo de aguas y volvían a organizarse cuando se las requería para algún evento social, como funerales, bodas u otros festejos (Simonett, 2004). La importancia cultural de la música de banda continua aún en la actualidad, para Simonett “no es necesariamente el campo el que ha preservado

éstas costumbres; la música tradicional puede igualmente escucharse en la ciudad” (2004:197), y si bien éste género musical se ha desarrollado por y para los campesinos, el auge adquirido y su difusión cada vez mayor se ha dado por su incursión en las principales ciudades del estado.

Éste género musical es otro de los referentes obligados al pensar en Sinaloa, pues la tambora es uno de los rasgos culturales característicos del estado. La música es un indicador importante de la cotidianidad y las costumbres de una sociedad, según Burgos, “ha servido como una forma de expresión cultural de los pueblos y de las personas. A través de ella no sólo se expresa la creatividad y la afectividad, sino también muchos de los rasgos propios de una cultura y su evolución histórica” (Burgos, 2010:159), es por ello que me valdré de éste género musical popular para hacer explícitas algunas de las desigualdades de género ocultas en la cotidianidad y la cultura Sinaloense, ya que como señala Simonett, “Puesto que la música popular en general proporciona fuertes imágenes de identidades características, la música de banda es una fuente de identidad y orgullo” (2000:5)

La tradición musical Sinaloense, es una actividad mayormente masculina, pues la gran mayoría de los agrupaciones musicales están conformadas únicamente por hombres, Simonett señala que desde sus inicios la banda en los pueblos era un negocio familiar, y se preparaba a los muchachos desde su adolescencia, pues ésta actividad era fuente de orgullo, siendo las dinastías familiares importantes aún en el presente (2004). Al ser los ejecutantes y los compositores principalmente hombres, las mujeres se encuentran excluidas de tan importante actividad para la vida cultural.

A partir de la importancia de la música de banda en el estado, considero que es posible pensar sus canciones como una especie de representaciones sociales, como lo hace Valenzuela (2010) para analizar los narcocorridos al considerar que éstos retoman símbolos culturales del contexto, acordando que esto ocurre también con las composiciones de la tambora, presento algunos fragmentos de canciones que reflejan las normas de género presentes en el contexto en que se producen:

Desde Navolato vengo dicen que nací en El Roble
Me dicen que soy arriero, porque les chiflo y se paran
Si les aviento el sombrero ya verán como reparan.

Por dios que borracho vengo que me sigan la tambora
Que me toquen el "Quelite" después el "Niño Perdido"
Y por último el torito pa' que vean como me pinto.

Me dicen enamorado pero de eso nada tengo
Todos me dicen el negro un negro pero con suerte
Porque si me salta un gallo no me le rajo a la muerte.

Soy del mero Sinaloa donde se rompen las olas
Y busco una que ande sola y que no tenga marido
Pa' no estar comprometido cuando resulte la boda

"El sinaloense", Banda El Recodo.

Ésta canción popular que se ha convertido en un himno para los habitantes del estado, refleja el carácter que debería ostentar un hombre sinaloense, bebedor, parrandero, mujeriego más no enamorado, y bravío para enfrentar a la muerte. Éstas características hacen ver al sinaloense como como extrovertido, alegre y parrandero, al respecto, Nakayama considera que aún el desarrollo alcanzado en el estado no ha alterado dichas conductas y que el sinaloense continua viviendo en un ambiente mágico de tambora, apuestas y mujeres, siendo éstas últimas "el catártico para el sedimento acumulado en su psiquis" (1991:38).

Es de suma importancia detenerse a pensar que el hecho de ver éste carácter alegre y fiestero, como algo positivo, puede resultar peligroso, pues si bien los hombres en Sinaloa tienden a ser despreocupados y bromistas, detrás del carácter que se les imputa, se esconden violencias a las que pareciera dárseles importancia, o para las que existe incapacidad de reconocer. En un primer momento esto es violento (y hace ser violentos a los hombres mismos), debido a la exigencia de renunciar al miedo y menos preciar su vida para enfrentar a cualquier otro que cuestione su valentía o su hombría aún con el hecho de que esto pueda llevarlos a la muerte, sin embargo es necesario señalar que sobre todo violenta a las mujeres, que aparecen en segundo plano, como el objeto de deseo, o como un instrumento que cumple la función de liberar la tensión acumulada en los hombres por el carácter recio que se supone deberían ostentar. Estas formas violentas de representar a las mujeres son abundantes en la música de banda:

Yo soy el muchacho alegre que me amanezco tomando
Con mi botella de vino y mi baraja jugando.

Si quieres saber quién soy pregúntenselo a cupido
Yo soy el muchacho alegre del cielo favorecido.

Con una baraja nueva los quisiera ver jugar
A ver si conmigo pierden hasta el modito de andar.

Eres como la sandía tienes lo verde por fuera
Si quieres que otro te goce, pídele a Dios que me muera.

“El muchacho alegre”, Valentín Elizalde.

Qué bonito corre el agua desgranando la arenita,
así se desgrana mi alma por una mujer bonita.
Desde mi casa a la tuya, contados tengo los pasos,
yo prefiero verte muerta, que gozando en otros brazos.

“Por una mujer bonita”, La Arrolladora.

En estas letras, puede verse aquello que ya señalaba Rubin (1986) al hablar del tráfico de mujeres, sobre la asunción de que son únicamente los hombres quienes tienen el derecho de acceder a ellas. En estas canciones populares, las mujeres aparecen de nuevo como un objeto de consumo, a las que no se les concede la posibilidad de decidir sobre sus propios cuerpos y las interacciones que establecen con otro, en especial con los hombres, quienes asumen la posesión de las mismas hasta el punto de utilizar metáforas que refieren a la muerte como la única forma de disolver esa especie de contrato.

Además, la sexualidad y el goce de la misma aparecen como exclusivas de los hombres, negando la posibilidad de la expresión del deseo y la búsqueda del goce sexual por parte de las mujeres, “la sexualidad femenina preferible sería una que responde al deseo de otros, antes que una que desea activamente y busca una respuesta” (Rubin, 1986:62), esto es al mismo tiempo misógino y heterosexista, resultando para las lesbianas, al ser mujeres y homosexuales, en una doble discriminación, pues “mientras los hombres tengan derechos sobre las mujeres que las mismas mujeres no tienen, es lógico suponer que la homosexualidad femenina sufre una supresión mayor que la de los hombres” (Rubin, 1986:62).

El contexto que se describe con anterioridad, pone de manifiesto la exigencia de conformar identidades de género muy demarcadas por la diferencia, pues se reserva para los hombres una posición privilegiada, no sin antes exigirles, que sean trabajadores, duros y dominantes, pero sobre todo que sean ellos quienes funjan como proveedores o que ostenten una posición económica más alta que sus parejas, ésta última exigencia, en un contexto donde la capacidad adquisitiva y la apariencia son muy valorados socialmente, puede llegar a convertirse en un gran peso, sin embargo, aún con lo anterior, las normas de género resultan más opresivas para las mujeres, pues se espera de ellas un cuidado de su cuerpo, de su vestimenta, y de su apariencia en general, para el agrado de los otros, además de esperarse que sean ellas quienes se hagan cargo de las labores domésticas y del cuidado de los otros, esto último tiene un peso importante, pues en el estado se sigue valorando de especial manera la figura de la familia.

Debido a la valoración social de la institución familiar, se ejerce además sobre las mujeres, un control rígido sobre su sexualidad, pues mientras se incentiva a que los hombres tengan múltiples parejas sexuales, entre las cuales puedan decidir con quién contraer matrimonio, las mujeres deben aspirar a tener sólo una pareja con la cual establecerse, su belleza y su sexualidad parecieran ser una moneda de cambio que al poner a disposición de un solo hombre, les traerá beneficios económicos y socioculturales, pues además de tener “un futuro asegurado”, la sociedad en general y la familia en especial, demuestran su aprobación al respecto, siendo una unión motivo de felicidad y tranquilidad.

Ello se ve reflejado en la importancia que tiene la celebración de la unión en matrimonio de un hombre y una mujer. En la ciudad, éstos eventos tienen un peso social muy importante, el anuncio de los compromisos y las fotos de las fiestas, llenan las páginas de los periódicos locales, las novias además, realizan sesiones de fotografías antes y después de la boda, aún más, después celebrada la unión, se hacen públicos también de ésta manera los embarazos, pues es motivo de orgullo y de presunción, sobre todo si los eventos se realizan en los lugares más prestigiosos, pues como señalan Ovalle y Giacomelli, “el derroche, la opulencia [...] y el machismo son, entre otras, prácticas sociales continuamente asociadas al “narcomundo”; sin embargo, vemos que todas ellas son en mayor o en menor medida prácticas recurrentes en las culturas oficiales” (2006:299).

Debido al valor sociocultural del matrimonio y la maternidad, las mujeres desde la adolescencia, imaginan a qué edad contraerán matrimonio y cuándo habrán de convertirse en madres, ocurriendo estos eventos no mucho después de terminar la universidad, así, el acceder a una educación universitaria pareciera únicamente un requisito para acceder al matrimonio con la aprobación familiar, pues como se vio con anterioridad, las mujeres en el estado cada vez representan un número mayor en las aulas universitarias, mas ello no se ve reflejado en el ejercicio de sus profesiones. Sin embargo, aún con los inconvenientes de adscribir tales identidades de género, lograr convertirse en proveedores/esposos/padres, y cuidadoras/esposas/madres, significa acceder al reconocimiento, la valoración y el apoyo social y familiar, alcanzando una especie de estatus que no puede obtenerse de otra forma.

Alejarse de tales convenciones sociales, trae consigo como mínimo, la desaprobación social, pero sobre todo familiar, pues es la familia quien funge como institución encargada de instaurar el género en sus miembros. Entre más se alejen las personas de las convenciones sociales en torno al género, mayores serán las consecuencias familiares y socioculturales, mientras el acercarse a la edad promedio para contraer matrimonio sin una pareja estable provoca el acoso familiar, hacer del conocimiento familiar que se es homosexual puede generar rupturas, crisis emocionales y rechazo, pero hacerlo de conocimiento público y ostentar visibilidad puede significar enfrentar insultos, problemas con la autoridad e incluso agresiones físicas, y aún más si la orientación sexual distinta a la heterosexual modifica la performatividad de género, pues parecieran ser las mujeres masculinas y los hombre femeninos quienes enfrentar éstas consecuencias con mayor severidad.

1.3. Las expresiones de la lesbofobia

La homofobia es la consecuencia o el castigo social y cultural que impone la sociedad al de transgredir de manera real o simbólica las normas de género, ya que los roles asignados a hombres y a mujeres diferenciadamente implican una jerarquía, y una asignación obligatoria entre hombre/masculino/heterosexual y mujer/femenina/heterosexual (Cruz, 2002). Es pues una consecuencia del sistema sexo/género, que conlleva a tener una serie de actitudes como la creencia de una superioridad heterosexual que intrínsecamente es merecedora de un mayor estatus y derechos, y la deshumanización de quienes se perciben como diferentes, ello, a través de insultos o bromas, de la ignorancia y la negación a acceder

a información sobre otras expresiones de la sexualidad, y a través de la exclusión e invisibilización de quienes expresan otra orientación sexual, debido a que consideran estas diferencias como amenazadoras para un estilo de vida establecido que se ve cuestionado ante la existencia de distintas formas de orientación sexual. (Viñuales: 2002).

Para Viñuales, “cualquier prejuicio sobre el lesbianismo enmascara una profunda misoginia, ya que niega la posibilidad de experimentar la sexualidad” (2002: 111), se entiende entonces que la lesbofobia es también consecuencia del sistema sexo/género, por lo tanto está inscrita en el mismo fenómeno cultural que la homofobia, sin embargo, esta última es una respuesta al heterosexismo, mientras que la lesbofobia es consecuencia tanto del heterosexismo, como de la misoginia, presentando así una doble exclusión para las lesbianas, que se verán afectadas entonces tanto por actos de discriminación hacia mujeres como por la homofobia en general. Éste concepto tiene lugar al considerar que el término “homofobia” mayormente utilizado tanto en los textos académicos como en la cotidianeidad, invisibiliza la experiencia lésbica, al negar las diferencias de género en la construcción de identidades sexuales distintas a la heterosexual. Para Alfarache “la lesbofobia concreta la estigmatización de lo lésbico y puede ser definida como el mecanismo político de opresión, dominación y subordinación de las lesbianas en nuestra sociedad” (2012:125).

En consideración con lo anterior, debido a que este trabajo de investigación, busca visibilizar la experiencia de lesbianas en un contexto específico, y en aras de tener presentes las diferencias de género implícitas en la construcción de una identidad lésbica, y la doble exclusión como mujeres y homosexuales de las lesbianas, se hablará en el texto de lesbofobia, para ejemplificar el contexto de discriminación al que se enfrentan las entrevistadas durante el proceso de construcción de sus identidades, aun cuando se presenten ejemplos de consecuencias socioculturales de transgresión al género que vayan dirigidas a hombres, pues dichas experiencias tienen también consecuencias en la percepción del nivel de aceptación o discriminación que las lesbianas se hacen sobre su contexto.

Al tener en cuenta que en la producción cultural se leen rasgos de misoginia y heterosexismos, podría decirse que el contexto en el que se han construido es lesbofóbico. Pues si bien, el derecho al goce de la sexualidad en las mujeres aparece negado, la idea de que dos mujeres decidan libremente ejercer su sexualidad, y que lo hagan sin la participación

de un hombre, será culturalmente castigado, pues ello transgrede las normas de género establecidas.

El disfrazar la lesbofobia, y vestirla de respeto o aceptación hacia las personas dentro de la diversidad sexual, ocurre de manera frecuente. En los últimos meses, en la ciudad de Culiacán, han circulado una serie de videos, donde un grupo de jóvenes graban a un hombre homosexual de edad avanzada y de bajos recursos, al resultarles cómicas sus respuestas a las provocaciones de dichos jóvenes. Éste tipo de violencia es tan desapercibida, que incluso un periódico local publicó una nota para dar a conocer a tan “peculiar” personaje, la nota se titula “Conoce a Gilbertón de Tierra Blanca, ¡Puro veneno!” (El debate, sitio web, 2016), en la misma se dan a conocer sus videos más famosos, y se anuncia la nueva cumbia de los Alegres del barranco con una foto promocional de Gilbertón y los músicos, la cumbia dice:

Dicen que por tierra blanca, lo miran pasar descalzo
Tiene los dedos de trenza, nariz de tacón cubano
Gilbertón, Gilbertón, un joto muy enojón
Gilbertón, Gilbertón, un joto muy enojón

Se pasa haciendo corajes, peleando con los vecinos
Hasta les mienta la madre, aunque sean desconocidos
Gilbertón, Gilbertón, un joto muy enojón
Gilbertón, Gilbertón, un joto muy enojón

Cuando llega al MZ, él les dice a las cajeras
Bola de viejas cochinas, no sean tan arrastreras
Gilbertón, Gilbertón, un joto muy enojón
Gilbertón, Gilbertón, un joto muy enojón

Él se cree una señorita, aunque tenga 80 años
No le gusta usar, calzones pa' no tener que lavarlos
Gilbertón, Gilbertón, un joto muy enojón
Gilbertón, Gilbertón, un joto muy enojón

“*La cumbia de Gilbertón*”, Los alegres del barranco.

Pareciera ésta la única forma de “aceptación” que una persona perteneciente a la diversidad sexual puede gozar, hacerse popular y no ser rechazado, siempre y cuando, el hecho de ostentar una sexualidad diferente, sea motivo de burlas y diversión para los otros, ridiculizando y deshumanizando a quienes no son heterosexuales.

Las expresiones de la lesbofobia en Culiacán se hacen evidentes, pues a pesar de que existen pocas denuncias por discriminación hacia personas pertenecientes a la diversidad sexual, de 2010 a la fecha se han presentado únicamente diez quejas por discriminación ante la Comisión Estatal de Derechos Humanos de Sinaloa (CEDH, 2016), la lesbofobia puede verse en otras formas. En marzo de 2014 los diarios de la ciudad publicaron una lamentable noticia; en Guamúchil, Sinaloa, una adolescente de 16 años asesinó a su mejor amiga, con más 60 puñaladas. La supuesta causa de asesinato serían unas fotografías comprometedoras que habían sido subidas a la red, sin embargo esto nunca fue aclarado (El debate de Sinaloa, 2014).

En los sitios web de los diarios que publicaron la nota podían leerse comentarios que especulaban una relación que iba más allá de la amistad entre las adolescentes, como: “Una asesina descarnada [...] esta mujer tuvo un arrebató de odio, furia, pasión, amorío, celos, etc., una psicópata. No me sorprendería que detrás de este odio brutal, la agresora estuviera enamorada de la víctima quizá por no haber sido correspondida” (Excélsior, 2014), incluso se lee un comentario de odio: “la hubieran castigado con una violación masiva” (Excélsior, sitio web, 2014) que refleja claramente la aversión hacia la expresión de la sexualidad entre mujeres y la misoginia que implica el hecho de pensar que es una obligación de las mujeres el desear sexualmente a un hombre.

Las especulaciones llegaron a tal nivel, desviando la atención del hecho principal, que los diarios se dirigieron al padre de la difunta para preguntarle al respecto, siendo sus declaraciones: “Mi hija no tenía ningún tipo de desviación; le gustaban los chicos” (cafénegroportal, 2014). Lo anterior es una muestra de cómo la lesbofobia es tal en la ciudad, que la orientación sexual de las involucradas tuvo mayor relevancia que el hecho de que se haya cometido un asesinato, arruinando la vida de dos jóvenes y sus familiares.

Más recientemente, en octubre de 2015, fueron asesinados tres travestis en la ciudad, con un lapso de separación de dos semanas entre los crímenes. En el semanario de información río doce publica al respecto:

“El peligro de ser homosexual o travesti en Culiacán se había manifestado hasta hace algunos años, en abusos sexuales, amenazas, lesiones y extorsiones de parte de civiles y de las corporaciones policiacas. Ahora es la muerte violenta, a balazos, lo que se

une a la marginación que padecen dentro de la comunidad gay” (Río doce, sitio web, 2015)

A pesar de que según el subprocurador general de justicia, las averiguaciones previas al respecto indicaron que por lo menos en los dos primeros casos había una relación pericial y técnica (El debate, sitio web, 2015), al exigir el esclarecimiento de lo sucedido y cuestionar a las autoridades si se consideraba que los hechos fuesen crímenes de odio. El procurador general de justicia declaró: “No, son circunstancias totalmente diferentes, no hay una situación de fobia o de rechazo a estas personas” (línea directa portal, sitio web, 2015). Tras estas declaraciones, los crímenes siguen sin resolverse, siendo evidente que las autoridades no tienen interés en reconocer estos actos como crímenes de odio, negando la profunda discriminación detrás de los mismos.

Es necesario enmarcar estos acontecimientos dentro del contexto nacional, pues a pesar de ser México el segundo país con más crímenes de odio contra la diversidad sexual, “no existe una política pública integral que responda a las necesidades de este sector ni un pronunciamiento claro de las autoridades” (Careaga, entrevista, 2007). Más aún, es importante señalar que ola de violencia contra la comunidad LGBT tiene lugar justo en el momento de mayor visibilidad en Sinaloa, pues además de los tres asesinatos ya mencionados, en el mes de marzo se reportaron desaparecidos a un y una joven que activistas de la comunidad LGBT aseguran eran homosexuales, vistos por última vez en Culiacán, y que fueron encontrados 3 meses después en el río dentro de un automóvil (El Debate, 20016), y de manera más reciente, tras participar en la marcha de la diversidad en la ciudad de Mazatlán un joven fue brutalmente herido en rostro con una botella de vidrio (Noroeste, 2016). Este aumento de violencia ocurrió también en México tras la reforma al Código Civil en 2010 que permitía el matrimonio entre personas del mismo sexo, aumentando los asesinatos contra personas LGBT hasta casi duplicarse en los años 2011 y 2012, según el informe presentado por la Comisión Ciudadana Contra Crímenes de Odio por Homofobia (Letra S, Salud, Sexualidad y Sociedad, 20016), siendo expresiones éstas de lesbofobia reactiva, que busca hacer desistir a las personas LGBT de la búsqueda de una mayor aceptación y de la reivindicación de sus derechos, por la latente posibilidad de cambios sociales que ello implica, oponiéndose no sólo a la homosexualidad sino también a la libertad sexual, la equidad de género y los derechos de las minorías (Castañeda, 2006)

Es en este escenario que, de manera resiente y a pesar de estas normas opresivas de género, comienza a visibilizarse en el estado de Sinaloa la comunidad LGBT (lesbianas, gays, bisexuales, travestis y transgénero) a través de una serie de actividades que inician a principios de 2014 con la interposición de amparos individuales argumentando discriminación al prohibirles contraer matrimonio; la organización para interponer un amparo colectivo y la realización de la primera marcha gay en Culiacán en julio del mismo año, y que continúan con la resolución emitida del 24 de septiembre por la Suprema Corte de Justicia de la Nación que invalida las disposiciones del código civil del estado de Sinaloa, que prohíbe las uniones de personas del mismo sexo. Por supuesto, esto no ha ocurrido sin oposiciones. Ese mismo mes, Abimelesh Bello, pastor cristiano representando a la “comisión sinaloense para la defensa de la familia” religiosa, protestó en el congreso del estado contra las uniones del mismo sexo, exigiendo que se realizaran debates sobre el tema. Y aun cuando el Congreso del Estado, debería verse obligado a legislar sobre los matrimonios entre personas del mismo sexo, continúan posponiéndose, pues mientras la diputada del Partido Revolucionario Institucional, Sandra Lara, apoya y promueve la legislación sobre el matrimonio, el Presidente de la Junta de Coordinación Política del Congreso del Estado, únicamente declara que la iniciativa será revisada y que al ser discutida en el congreso generará polémica y dividirá decisiones.

A pesar de las dificultades y la inseguridad a la que se enfrentan, las acciones continúan dándose y comienzan a reconfigurar el espacio público de la ciudad de Culiacán con la emergencia de locales comerciales que se declaran “gay friendly” y las acciones por parte de la comunidad LGBT del estado, en búsqueda de la igualdad de derechos, continúan dándose, con la segunda marcha gay en Culiacán que se llevó a cabo en Junio de 2015, la organización de la tercera que tendrá lugar en agosto del presente año, además de la puesta en marcha del Primer Encuentro Estatal por la Diversidad Sexual, con el objetivo de promover y difundir los derechos de las personas pertenecientes a la comunidad LGBT, la primer boda entre dos hombres en la ciudad de Los Mochis, y más recientemente una denuncia interpuesta en la Comisión Estatal de Derechos Humanos, por parte de activistas de la localidad contra el gobierno del estado que es acusado por discriminación ante la negativa de legislar sobre los matrimonios homosexuales.

Es este contexto contradictorio entre una paulatina obtención de derechos para la comunidad LGBT y el clima de lesbofobia, que me llevan a cuestionarme sobre la experiencia de las lesbianas en relación con la lesbofobia, y la relación que ello tiene con la conformación de una identidad lésbica, que opta o no por una mayor visibilidad, y la posibilidad de reconfigurar el contexto lesbofóbico. Mi interés se centra en las configuraciones de identidades lésbicas debido a que al enfrentar una doble exclusión, son invisibilizadas tanto por la sociedad en general, como en las luchas que se gestan en el estado por la igualdad de derechos para las personas pertenecientes a la diversidad sexual.

II. IDENTIDADES LÉSBICAS, ¿UNA POSIBILIDAD DE SUBVERSIÓN DEL GÉNERO?

Cuando se propone un estudio que tiene como punto de interés la exploración de las identidades de personas pertenecientes a cualquier grupo social, es necesario abordar la discusión teórica que surge al pensar las identidades. Quienes se han dedicado al estudio de esta propuesta teórica, han señalado posibles inconvenientes que pueden derivar de los estudios sobre la identidad, éstos refieren sobre todo a que las identidades pueden representar un concepto esencialistas, y que al estar siempre demarcando una diferencia en torno a otras categorías identitarias resultan excluyentes, es por ello que hay quienes proponen buscar la deconstrucción de este concepto más que seguir el ya abundante interés en el estudio de las mismas. Sin embargo, hay quienes consideran que las identidades siguen representando una forma de transformación social y que el estudio de las mismas puede aportar conocimientos acerca de las formas de producción de significados que pudieran promover un cambio sociocultural.

2.1. Las identidades desde las políticas del reconocimiento.

Fraser (2008) señala que las luchas por la justicia social aparecen cada vez más en torno a las políticas de la identidad, que buscan de manera principal, una reivindicación del reconocimiento, y de manera secundaria en la redistribución social. Según la autora, cada vez más se lucha por una sociedad que acepte la diferencia, por un mundo que no exija la integración a la mayoría o el cumplimiento de las normas culturales dominantes, para poder acceder al respeto y al trato equitativo de quienes se perciben diferentes. Continua proponiendo pensar las luchas por el reconocimiento, desde la noción de justicia social, que considera tanto a quienes buscan reivindicar identidades injustamente devaluadas, como a las tendencias deconstructivas de dichos movimientos, que rechazan los esencialismos ligados a la concepción tradicional de las políticas de la identidad (Fraser, 2008). Sin embargo, como ésta autora plantea, para que exista justicia social, es necesario que se logre tanto la reivindicación del reconocimiento, como la redistribución “pues por separado, ninguno es suficiente [...] la tarea consiste en idear una concepción bidimensional de la justicia que puede integrar tanto las reivindicaciones defendibles de igualdad social, como las de reconocimiento de la diferencia” (Fraser, 2008:84).

En relación a las políticas de la identidad, Grossber critica el hecho de que una vez que entendemos que toda identidad es una construcción social, es decir, que las categorías identitarias nos son dadas con anterioridad a nuestra existencia, y que lo que pretenden es regular la misma, resulta irónico que entonces, organicemos las luchas sociales entorno a las mismas categorías que pretenden constreñirnos (Grossber, 2003). Sin embargo pensando en que es posible “un uso estratégico del esencialismo positivista en aras de un interés político escrupulosamente visible” (Spivak, 1987: 205), Golubov considera que dicho uso estratégico del esencialismo representa una posibilidad viable para la deconstrucción de las categorías identitarias o la subversión de las normas que las imputan, pues aunque se deban usar esos mismos esencialismos que nos restringen desde el poder, éstos son usados desde posiciones diferentes:

“Como las mujeres estamos en otro lugar (no en el lugar privilegiado del sujeto del discurso), el uso de categorías esencialistas está inevitablemente marcado por nuestra ubicación en esa otra parte...la crítica feminista, siempre simultáneamente dentro y fuera del discurso crítico aceptado, produce un discurso doble: trabaja dentro de los parámetros establecidos para desestructurarlos y utiliza sus armas para subvertirlos” (Golubov, 1994:124-125).

Considerando lo anterior, aun siendo contradictorio el buscar acceder a una institución como el matrimonio, creada por la iglesia como única forma legítima del ejercicio de la sexualidad, y utilizada por el estado como medida biopolítica que se encarga de regular la reproducción y la herencia de propiedades, funciones heterosexistas que niegan la posibilidad las uniones entre personas del mismo sexo y heteropatriarcales al regular la fuerza de trabajo de las mujeres y restringir su derecho a la propiedad, las luchas por el matrimonio igualitario, cobran sentido para muchas personas dentro de la diversidad sexual, pues resulta en una redistribución de recursos, que se piensa deberá estar acompañada de la reivindicación de las categorías identitarias que hasta ahora siguen siendo percibidas como negativas.

Sin embargo, estudiar los movimientos sociales que se centran en la defensa de las identidades, pensando a éstas últimas como un esencialismo que se usa de manera estratégica, resulta insuficiente, por lo que es necesario abordar otras perspectivas teóricas que se detienen a pensar las identidades, permitiéndonos entender la importancia y la utilidad del concepto, debido a los significados que se producen mediante las adscripciones identitarias.

2.2 Las identidades desde los estudios culturales

Los estudios culturales, al abordar las identidades, se interesan especialmente por la producción de significados en la sociedad contemporánea, a través del estudio de la cultura viva en las experiencias, y entienden la identidad como aquello que dota de coherencia y estabilidad, a las experiencias contradictorias, múltiples e inestables, sin por ello entenderlas como estáticas y deterministas (Aquino, 20013).

Para Giménez, el resultado de ver a las identidades como esencialistas, tiene que ver la difusión descontrolada de la noción de identidad y el uso inadecuado del concepto, pues ocasiona que ésta pueda pensarse desde el lenguaje y sentido común, y que llegue a entenderse como “una concepción sustancialista [...] según la cual ésta se define como un conjunto de propiedades y atributos específicos y estables, considerados como constitutivos de entidades que se mantienen constantes y sin mayores variaciones a través del tiempo [...] la noción de identidad es también una noción políticamente peligrosa, por su aptitud para integrar mitos políticos con fuertes resonancias pasionales” (Giménez, 2002:36). Sin embargo, considera que aún con sus limitantes y sus riesgos, las ciencias sociales no deberían prescindir del concepto identidad debido a que “sin su poder heurístico, analítico y desmitificador [...] no podríamos comprender ni mucho menos explicar las acciones y las interacciones sociales [...] sin elaborar enunciados implícitos acerca de la identidad de los actores en ellas implicados” (Pizzorno, 1998: 161-183)

Siendo la cultura un elemento central para entender la producción de significados, las identidades se construyen siempre en un contexto cultural.- Para Giménez (2005) no hay identidad sin cultura y no hay cultura sin identidad. Es por ello que entiende la cultura como “la organización social del sentido, interiorizado de modo relativamente estable por los sujetos en forma de esquemas o de representaciones compartidas [...] en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados” (Giménez, 2005: 5). Es así que conceptualiza la construcción de identidades como la interiorización de distintos repertorios culturales que tenemos al alcance en nuestra sociedad, y que a la vez generan identificación y diferenciación en relación con los otros, ya que la principal función de la identidad es marcar la diferencia entre un nosotros y los “otros” (Giménez, 2005).

Las identidades, al ser construidas a partir de la interiorización de la cultura, de los recursos que nos brinda y de los discursos que produce se ve influenciada por las normas sociales que la misma cultura dicta. Para Andrews (2002) las identidades narrativas al ser construidas efectivamente dentro de un contexto cultural amplio, también reproducen y están producidas por meta-narrativas de la cultura dominante que los individuos pueden aceptar o resistir.

Es entonces crucial tener en consideración el efecto del contexto en la construcción de las identidades, específicamente, al pensar en las lesbianas en Culiacán, que construyen sus identidades en un ambiente de normas opresivas de género, para poder entender de qué formas algunas de esas normas son rechazadas, o re-producidas por las lesbianas. En el mismo sentido, Hall encuentra que las identidades son una construcción suturada entre los discursos y las prácticas del contexto social o de los otros sujetos que nos hablan, intentando normalizarnos, ponernos en el lugar o el rol que la sociedad destina para nosotros; y los procesos y discursos que a través de las subjetividades que producen nos construyen como sujetos susceptibles de decirse (Hall, 2003:20), por lo que al construir identidades en un espacio lesbofóbico, en donde los referentes identitarios son mayormente negativos, las lesbianas podrán interiorizar la lesbofobia, adjudicando significados negativos a sus identidades, lo que pudiera tener efectos negativos en la visibilización de su orientación sexual, coartando el ejercicio pleno de la misma y afectando sus subjetividades.

Respecto al carácter discursivo de las identidades, Andrews (2002) establece que las identidades son esencialmente narrativas al estar nuestras actividades intrínsecamente ligadas al hecho de contar y escuchar historias. Plantea que conocemos las pautas culturales, a través de contar y escuchar nuestras historias, y en medida que contamos nuestras experiencias vamos dotándolas de coherencia y significado. Así, a través de contar las historias de nuestras vidas y vivir las historias que contamos nos convertimos en quienes somos, nuestro sí mismo es una historia que está siendo rescrita constantemente, por medio de ellas indicamos quienes hemos sido, quienes somos y en quienes quisiéramos convertirnos (Andrews, 2002:77-78).

Así mismo, la identidad deberá ser reconocida por los sujetos con los que se interactúa, de no ser así, dicha identidad no existirá social o públicamente, por lo tanto existirá en los individuos una lucha por el reconocimiento (Giménez, 2005). En referencia a

lo anterior, Hegel menciona que: “luchamos para que los otros nos reconozcan tal como nosotros queremos definirnos, mientras que los otros tratan de imponernos su propia definición” (Hegel en Gímenez, 2005: 14).

Las identidades entonces deben ser narradas para lograr el reconocimiento social, es necesario visibilizarlas para acceder a la interlocución con los otros, sin embargo, las luchas por el reconocimiento podrán no ser centrales cuando de identidades estigmatizadas se trate, pues al encontrar representaciones negativas en el contexto, más que priorizar el reconocimiento de las propias categorías identitarias y con ello la reivindicación de las mismas, podrá temerse al rechazo y la exclusión social, que tiene como efecto la invisibilización y por consiguiente crisis emocionales que se enfrentan según los recursos y el apoyo de los grupos sociales de que se dispongan. Es por ello que de manera posterior se recurre a teóricos que se detienen a pensar las especificidades de las identidades que son valoradas socialmente de manera negativa.

Lo anterior nos lleva a entender que como actores sociales, no conformamos nuestras identidades de manera libre, no podemos elegir simplemente dentro de los repertorios culturales que nos rodean, ya que la producción de significados de nuestras construcciones identitarias nos precede, es decir, las posibilidades de decidir quiénes seremos están culturalmente limitadas entre aquello que nuestro contexto considera como adecuado, permisible o “normal”, y lo que aparece como desviado, por lo que las construcciones identitarias de algunas personas, serán verdaderas batallas pues: “La identidad de un actor social emerge y se afirma sólo en la confrontación con otras identidades en el proceso de interacción social, la cual frecuentemente implica relación desigual” (Giménez, 2006:50), y por tanto, dentro de las estrategias identitarias extremas, será “ocultar la propia identidad para escapar de la discriminación, el exilio e incluso la masacre” (Giménez, 2002: 47).

Así mismo, pensando que las identidades se construyen a través de la interiorización de la cultura del contexto, Lamas tiene a bien apuntar que “la cultura la elaboran los sujetos a partir de sus procesos psíquicos y en relación con una serie de fuerzas a las que están sometidos en función de su posicionamiento social” (2003:347). Reflexiona a partir del hecho de que la cultura es un conjunto de significados compartidos, apenas conscientes e implícitos, que se asocian a tradiciones y costumbres particulares, acerca de la dificultad de la aceptación

de la diferencia, que estas pautas tan establecidas implica, “históricamente, a los seres humanos nos ha costado mucho trabajo reconocerles a los “diferentes” la misma legitimidad en tanto seres humanos en busca de un sentido para sus vidas. El reconocimiento de la diferencia nos conduce ineluctablemente a reconocer nuestra relatividad, nuestra no naturalidad” (Lamas, 2003:347). Ello confiere capacidad de agencia a los actores sociales, pues ellos mismos participan en la producción de las normas que les regulan, pudiendo, a partir de la aceptación de las diferencias, deconstruir las categorías que se nos infieren y así poder producir nuevos significantes sociales, que escapen a la jerarquización de las realidades.

En relación con lo anterior, los estudios que hablan sobre modernidad parecieran apuntar al hecho de que en este contexto, configurar identidades que permitan la deconstrucción de ciertas categorías opresivas, puede ser posible debido al hecho de que los marcos culturales en relación a los cuales se construyen las identidades, se están pluralizando debido a la cada vez mayor posibilidad de acceder a referentes culturales de otros contextos (a través del acceso a internet y las industrias culturales, por ejemplo), lo que posibilita formas diferentes de identificación, pues si desde nuestras primeras experiencias, nos encontramos con marcos culturales de significados, además de diferentes, contradictorios, nuestra subjetividad ya no puede ser construida en una base estable que se perciba como un hecho o un destino (Giménez, 2006), por ello “la dinámica de la identidad moderna es cada vez más abierta, proclive a la conversión, exasperadamente reflexiva, múltiple y diferenciada” (Sciolla, en Giménez, 2006:68-69).

A pesar de entender las identidades como construcciones que a partir del contexto cultural se encuentran en constante cambio, es complicado entender desde éstas perspectivas, que a pesar de la necesidad percibida de la defensa de la identidad por algunos movimientos sociales, pueda accederse a la equidad a través de las diferencias; pues el mismo Giménez, quien es un importante referente al hablar de identidades, estipula que éstas son la representación que los agentes sociales se hacen de su posición en el contexto social y de las relaciones que a partir de dicha posición se establecen con otros agentes, diferenciando éstas relaciones en dependencia con la posición como igual o diferente dentro del mismo contexto de las personas con quienes nos relacionamos (Giménez, 2006). Si bien Giménez (2006)

reflexiona sobre las relaciones de poder desiguales y el carácter excluyente de las identidades, pareciera negar la posibilidad de escapar de los efectos de adscribir una identidad, al no considerar las posibilidades de deconstrucción de las identidades como forma de acceder a la inclusión de los otros a partir de las diferencias, que es esencial para entender las luchas por la reivindicación social de las identidades.

Lo anterior puede llevar a pensar erróneamente, que quienes construyen una identidad, dentro de un marco cultural específico, necesariamente jerarquizan las diferencias, negando la posibilidad de acceder a experiencias que lleven a considerar que tales diferencias, no tendrían por qué conducir a posiciones diferenciadas y desiguales. Para entender esto, es necesario detenerse a reflexionar sobre el papel activo del sujeto en la construcción de las identidades, la posibilidad de la complejización de las identidades y el papel de la experiencia en la aceptación de las diferencias.

2.3 Identidades complejas y la importancia del sujeto y sus experiencias.

Entendiendo además la necesidad de pensar las identidades como construcciones complejas, Roccas y Brewer, reflexionan sobre el hecho de que si bien la mayoría de los estudiosos de las identidades coinciden en que las personas nos identificamos como miembros de más de un grupo, o pensamos nuestras subjetividades desde más de una categoría identitaria, quienes teorizan sobre las identidades no han puesto tanta atención a la naturaleza de las relaciones existentes entre esas categorías, la pertenencia a distintos grupos en una persona en particular, o los efectos que tiene adscribir distintas identidades sociales en las actitudes que comportamos (2002).

La identidad social compleja permite dar cuenta de que las pertenencias a diferentes grupos sociales (los diferentes aspectos de la identidad), no son del todo compatibles entre ellas, es decir, las personas identifican diferencias entre quienes conforman un determinado grupo social, y al mismo tiempo se identifican como diferentes a ellos, sin intentar eliminar, o dominar esas diferencias. Siendo así, el tener un mayor número de identificaciones (yo agregaría, que entre más contradictorias sean dichas identificaciones, al diversificar los grupos de pertenencia), le permite a la persona tener una actitud más inclusiva (Roccas y Brewer, 2002).

Lograr una identidad social compleja dependerá de pasar por una suerte de situaciones, como vivir en una sociedad con diferencias interculturales, pero sobre todo pertenecer a grupos sociales diferentes entre ellos, siendo lo más importante, ser consciente de dichas diferencias (Rocas y Brewer, 2002). Para complejizar la propia identidad se deberá, en conjunto con el reconocimiento de las diferencias entre grupos y la reconciliación de las mismas, dar cuenta de la arbitrariedad de las categorías que son atribuidas a los miembros de cada grupo, de la imposición de algunas y de la posibilidad de abandonarlas. El hecho de poder tener conflictos al abandonar un grupo de pertenencia, se hace menos complicado al sentirse identificado con una variedad mayor de grupos (Roccas y Brewer, 2002).

Para buscar entender la construcción de identidades complejas es importante dar un valor central a la noción de experiencia, desde ella, Scott (1992) establece, que es posible estudiar las identidades sin esencializarlas, para la autora es necesario pensarlas de manera conjunta a la experiencia, sin darlas por hecho, y buscar entenderlas como complejos procesos discursivos en los que las identidades pueden adscribirse, resistirse o aceptarse. Para lograr desesencializar las identidades es necesario pensarlas como procesos históricos que necesitan ser explicados.

Para poder analizar este tipo de experiencias identitarias Scott propone, a quienes buscan estudiar el cambio social a partir de los movimientos sociales por la reivindicación de identidades, que se realice una lectura literaria de las mismas, pues señala que:

“tratar la emergencia de una nueva identidad como un evento discursivo no es introducir una nueva forma de determinismo lingüístico ni privar a los sujetos de agencia. Es rehusarse a una separación entre la “experiencia” y el lenguaje, y en su lugar insistir en la cualidad productiva del discurso” (Scott, 1992:66).

Si pensamos entonces que las narrativa identitarias podrían verse como un texto literario, es necesario tener en cuenta que como señala Golubov, al leer un texto escrito desde una perspectiva particular, no es suficiente con el análisis de cómo quien escribe plasma su experiencia en el texto, sino que es necesario analizar la construcción del sujeto que enuncia dentro un contexto discursivo específico. Para la autora, la experiencia es “el proceso por medio del cual se constituyen los sujetos en su especificidad dentro de las fronteras históricas, geográficas, psíquicas y culturales que determinan su representación y autorrepresentación y no su producto” (Golubov, 1994:120-121).

Pues si bien las identidades se conforman a partir de los repertorios culturales del contexto, la interiorización de los mismos no es automática, si no que implica la participación activa del sujeto. Al respecto Dubet (1989) señala que debe dejar de pensarse al sujeto únicamente de forma objetiva, limitado a los determinismos contextuales y comenzar a pensar en la subjetividad implicada en la construcción de las identidades, y el punto de vista del actor respecto a sus propias identificaciones frente a los roles que le son atribuidos.

Considerando que las identidades refieren sobre todo a la subjetividad del sujeto, a sus reinterpretaciones de los repertorios culturales y los significados que a ellos les confiere, puede entenderse que los movimientos sociales por el reconocimiento no necesariamente refieren a la defensa de una identidad per se, si no de la exigencia del “derecho de construirla en un mundo de comunicaciones abiertas. Es así como el tema de la igualdad en la diferencia que atraviesa la mayor parte de los nuevos movimientos sociales deja de ser un absurdo sociológico (Dubet, 1989:543).

Los movimientos sociales que abogan por el reconocimiento de las identidades, persiguen no el hecho de tener un papel protagónico entre las múltiples categorías identitarias existentes, es decir, reivindicar una identidad no refiere a pensar que pertenecer a dicho grupo social tiene un valor superior que pertenecer a uno diferente, sino que el hecho de reivindicar la propia identidad refiere al sentimiento de exclusión y marginalización que el autoadscribir una identidad estigmatizada tiene como consecuencia (Dubet, 1989), pues “el abandono de un estatus y de una cultura por nuevos roles incluso deseados, no parece llevarse a cabo sino al precio, más o menos alto, de una crisis de pertenencia y de identidad” (Dubet, 1989:523). En éste sentido, buscar la reivindicación de una identidad refiere a pensar en la identidad como estrategia, que se pone en acción por los sujetos al sentir que “la identidad social está amenazada por la ausencia de recursos que se manifiesta en un sentimiento de impotencia, de desvalorización de si, y por el riesgo de no existir sino en los estereotipos negativos impuestos por los demás” (Dubet, 1989:538).

Por último, considero pertinente tener en cuenta como señala Giménez, que el estudiar las identidades, no se trata de describir de qué repertorios culturales se valen las personas pertenecientes a un grupo social, sino de entender por qué han sido esos repertorios en específico, pues no es el objetivo descubrir o determinar cuál es la verdadera identidad de

los grupos sociales, la tarea de las ciencias sociales, reside en comprender los procesos de identificación, sin juzgarlos, más que determinar cuál es la “verdadera identidad” de los mismos, buscando entender “¿cómo, por qué y a través de quiénes se produce, se mantiene o se cuestiona una identidad particular en un momento y en un contexto social determinado?” (Gimenez, 2002:42).

2.4 La relación entre género y sexualidad

Las normas de género implican una distribución inequitativa de recursos basadas en la jerarquización de las diferencias anatómicas, que resultan en la dominación de los hombres sobre las mujeres, expresándose ésta en la obligatoriedad de la heterosexualidad. Dicha obligatoriedad a su vez, se establece mediante la inscripción en el cuerpo de las normas binarias de género, estas normas son interiorizadas a través las enseñanzas en el hogar y en la escuela, de la estructuración del espacio, la imposición de un lenguaje corporal, expresiones y ademanes diferenciados para niños y para niñas; y por la cotidianeidad en general, mediante las prácticas culturales como la música, los chistes, los refranes y el cine, por ejemplo. Construyéndose así un *habitus* de género que nos lleva a naturalizar el dominio masculino, que al estar presente en el día a día de las convenciones sociales, “está suficientemente bien asegurado como para no requerir justificación: puede limitarse a ser y a manifestarse en costumbres y discursos que enuncian el ser conforme a la evidencia, contribuyendo así a ajustar los dichos con los hechos” (Bourdieu, 1996:15).

En el mismo sentido, Scott (1996:289) apunta que la posición de las mujeres en la vida social humana no está determinada por las prácticas de las mismas, sino por el significado que a través de la interacción social le es conferido a dichas prácticas. Es decir, el género es una construcción social, que la autora define como “un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos... es una forma primaria de relaciones significantes de poder”, que está compuesto por cuatro elementos 1) símbolos culturales que pueden resultar contradictorios; 2) normas que determinan y limitan la interpretación de dichos símbolos, es decir de lo femenino y masculino; 3) políticas y referencias institucionales que restringen el uso del género a la función del parentesco y 4) formas de entender la identidad subjetiva que hasta ahora se centra en el temor a la castración, lo cual limita y deslegitima identidades de género distintas a la heterosexual. Entendida de

esta forma, la construcción social del género tiene la función de perpetuar la masculinidad hegemónica, pues el género “es una forma primaria de relaciones significantes de poder... es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder (Scott, 1996, p. 291)”

A estos discursos opresivos, especialmente para quienes ostentan una sexualidad distinta a la proscrita, es a lo que Wittig (2006), llama el pensamiento heterosexual, refiriéndose a todos aquellos discursos normativos que presuponen que lo fundante de cualquier sociedad es la heterosexualidad. El pensamiento heterosexual refiere a todas aquellas disciplinas y teorías, que aún a pesar de los avances académicos que tienen en cuenta la importancia de la cultura en los fenómenos sociales y la búsqueda de la deconstrucción de lo natural, siguen entendiendo a hombres y mujeres como esencialmente diferentes, siguen viendo en esta cultura “un núcleo de naturaleza que resiste al examen, una relación excluida de lo social en el análisis y que reviste un carácter de ineluctabilidad en la cultura como en la naturaleza: es la relación heterosexual. Yo la llamaría la relación obligatoria social entre el «hombre» y la «mujer»” (Wittig, 2006, p. 51)”.

Una sexualidad distinta a la heterosexual, podría romper con esta negación del pensamiento heterosexual, dando cuenta de distintas categorías y producciones de significado diferentes, pondría de manifiesto la artificialidad de esa relación obligatoria y jerárquica entre hombre y mujer. Sin embargo, no por ello implicaría una transformación de las normas, pues como bien apunta Butler, no es posible afirmar que ciertas prácticas sexuales resulten en la configuración de géneros distintos, “sino que en condiciones de heterosexualidad normativa, vigilar el género ocasionalmente se utiliza como una forma de afirmar la heterosexualidad (2007:14).

Es necesario a pesar de lo anterior, tener en cuenta que la relación género/sexualidad no es directa y unidireccional, pues como señala Butler (2007) no es la heteronormatividad la que crea las normas de género, sino que es la jerarquía de género que implica la asignación de roles desiguales, la que está detrás de la heterosexualidad obligatoria, y por tanto, enuncia: “si la jerarquía del género crea y consolida el género, y sí ésta presupone una noción operativa de género, entonces el género es lo que causa el género, y la formulación termina en una tautología (Butler, 2007:13)”, Sin embargo para la autora es crucial:

“mantener una conexión entre la sexualidad y el género que no sea ni causal ni reductiva. Precisamente porque la homofobia suele operar mediante la atribución a los homosexuales de un género dañado, fallido, por no decir abyecto, llamando “afeminados” a los hombres gays o “masculinas” a las lesbianas y dado que el terror homofóbico hacia los actos homosexuales es, cuando se da, un terror a perder el propio género (“no volver a ser un hombre de verdad” y “no volver a ser una mujer de verdad (2002:13-14)”

En este sentido la autora estipula que el género es una atribución que nos precede, y por tanto no han de cumplirse las reglas que nos impone de la forma en que se espera, pues a quien intenta normar no podrá completamente encajar en el ideal al que se intenta obligar a acercarse. Es decir, que una identidad que rechaza la heterosexualidad obligatoria podrá develar la fragilidad de las normas heterosexistas, y aunque no necesariamente resulte en la subversión de las normas de género, propone formas diversas de expresión del mismo, pues al considerarse como se mencionó con anterioridad, como fallido, se abre la posibilidad de dejar de ser un hombre o una mujer. Es necesario, entonces, seguir pensando la relación entre el género y la sexualidad, pues aunque la relación entre la práctica de una sexualidad específica y el género “no está determinada estructuralmente... desestabilizar la presunción heterosexual de ese mismo estructuralismo requiere que consideremos a ambos dentro de una relación dinámica y recíproca. (Butler, 2002:14)”.

2.5 Identidades lésbicas.

Si bien “no hay garantía de que la exposición del carácter naturalizado de la heterosexualidad propiciará la subversión (Butler, 2002:8)”, Alfarache considera que las mujeres lesbianas son diferentes dentro de las estructuras del género, pues si bien la diferencia de género se construye en contraposición de las mujeres a los hombres, la autora considera que esta diferencia es secundaria para las lesbianas, pues “son diferentes, no sólo de los hombres.... sino del género en su conjunto. Las diferencias del resto de las mujeres son los hechos básicos de la condición de género, esto es, la heterosexualidad y la maternidad obligatorias” (Alfarache, 2003:106).

El hecho de ser lesbiana como experiencia distinta a la que nos es impuesta, que escapa a la heterosexualidad obligatoria, permite en primera instancia, romper con el pensamiento heterosexual, y abre la posibilidad de que a través del cuestionamiento de las

características que nos son atribuidas, se renuncie al género que se nos impone, pues como plantea Wittig (2006):

“para nosotras no puede ya haber mujeres, ni hombres, sino en tanto clases y en tanto categorías de pensamiento y de lenguaje: deben desaparecer políticamente, económicamente, ideológicamente. Si nosotros, las lesbianas y gays, continuamos diciéndonos, concibiéndonos como mujeres, como hombres, contribuimos al mantenimiento de la heterosexualidad (p. 54)”.

La identidad lésbica según (Rich, 1980) “implica el quiebre de un tabú y la el rechazo a una heterosexualidad compulsiva” (p. 649). Constituye también una forma de negar el derecho de los hombres a acceder a las mujeres, pero aún más, podría definirse según la autora como una oposición al patriarcado, un acto de resistencia.

En ese sentido, quien se identifica como lesbiana no es una mujer ni económicamente, ni políticamente, ni ideológicamente, ya que la constitución de una mujer se basa en la relación jerárquica de dominación con un hombre, dicha relación implicaría obligaciones personales, físicas y económicas, sin embargo, las lesbianas escapan a dichas dinámicas, al rechazar volverse o seguir siendo heterosexuales, (Wittig, 2006).

Al respecto, Mogrovejo apunta que la identidad lésbica es una elección, ya que ningún determinismo biológico o natural configura la sexualidad, no se nace siendo lesbiana, sino que se decide serlo, pues ser lesbiana “no es una perversión deliberada ni maldición fatal, es una actitud elegida en situación, libremente adoptada” (Beauvoir en Mogrovejo, 2009). En el mismo sentido, la autora propone que el rechazo de lo masculino que implica el ser lesbiana transgrede la idea de que el género y la sexualidad nos es dado de manera natural al momento de nuestro nacimiento, y al rechazar la relación con los hombres, y por tanto el sometimiento sexual y doméstico, se crean condiciones para la realización de proyectos de autonomía, cuando la identidad lésbica se piensa como un posicionamiento político ante el patriarcado (Mogrovejo, 2009).

Sin embargo, lograr renunciar al género no es tarea sencilla y dependerá de las experiencias y el análisis que de las mismas se haya podido realizar, pues como ya Butler (2007) identificó, existe miedo y la ansiedad por parte de algunas personas al dar cuenta de que son gays o lesbianas, este miedo es “el miedo a perder el lugar que se ocupa en el género

o a no saber quién terminará siendo uno si se acuesta con alguien ostensiblemente del «mismo» género (p.12). Es decir, el miedo a perder una identidad que nos posibilita como sujetos dentro de la estructura social.

Por ello, adscribir una identidad política, en búsqueda de la deconstrucción tanto de la identidad sexual como genérica, resulta complicado, sobre todo en contextos discriminatorios, sin embargo, existen estrategias identitarias que las lesbianas despliegan para escapar las normas heterosexistas, que si bien son un punto de partida, siguen reproduciendo los roles binarios del género:

Los roles de Butch-fem o masculina-femenina, han servido como estrategia de sobrevivencia, como ruptura identitaria y punto de partida para la construcción de ese corpus lesbiano que todavía tenemos pendiente... no escapan de una construcción binaria, asentada en el cuerpo masculino-femenino. ¿Será posible construir un cuerpo, un género o una sexualidad más allá de la oposición binaria hombre-mujer? (Mogrovejo, 2006: 6).

Teniendo lo anterior en cuenta, las estrategias que de inicio sirven para develar la falsa naturalidad de la relación género/sexualidad, podrían dejar de cumplir este propósito, pues “las prácticas subversivas corren siempre el riesgo de convertirse en clichés adormecedores a base de repetirlas y, sobre todo, al repetirlas en una cultura en la que todo se considera mercancía, y en la que la «subversión» tiene un valor de mercado (Butler, 2007:26)”.

. Las estrategias identitarias para la subversión del género estarán siempre bajo la amenaza de convertirse en un mecanismo utilizado por el sistema al que tratan de transgredir, convertido dichas estrategias en un producto de consumo que sirva a sus intereses, aun así, la adscripción a una identidad sexual politizada es un recurso viable (Butler, 2007). Sin embargo es importante tener siempre en cuenta que si los recursos identitarios y su exposición pública son necesarios, Butler señala que:

“estas nociones deben someterse a una crítica de las operaciones excluyentes de su propia producción: ¿quiénes han tenido la oportunidad histórica de “salir” y se lo han podido permitir?, ¿a quién representa y a quién excluye el término y con qué acepción?, ¿acaso tiene la reivindicación universal del término “salir del armario” una connotación de clase que no está explícita?, ¿para quién presenta el término un conflicto insoluble entre afiliación racial, étnica o religiosa y política sexual?, ¿cuáles son los usos determinados del

término que autorizan ciertas políticas y que suprimen o dejan a otras en un segundo plano? ¿cuáles son esas políticas? (Butler, 2007:4).

Reflexionando sobre las problemáticas de las políticas de las identidades, en el caso particular de las identidades sexogenéricas, Preciado señala que para poder subvertir las normas de género es necesario deconstruir las identidades, no pensando en proponer nuevas categorías más inclusivas, o “la creación de una nueva naturaleza”, sino terminar con esos supuestos que legitiman a unos y no a otros, a través de pensarnos como sujetos fuera del orden establecido y propone una contrasexualidad:

En el marco del contrato contrasexual, los cuerpos se reconocen a sí mismos no como hombres o mujeres sino como cuerpos hablantes, y reconocen a los otros como cuerpos hablantes. Se reconocen a sí mismos la posibilidad de acceder a todas las prácticas significantes, así como a todas las posiciones de enunciación, en tanto sujetos, que la historia ha determinado como masculinas, femeninas o perversas. Por consiguiente, renuncian no sólo a una identidad sexual cerrada y determinada naturalmente, sino también a los beneficios que podrían obtener de una naturalización de los efectos sociales, económicos y jurídicos de sus prácticas significantes (Preciado, 2002:12-13).

2.6 Los efectos del estigma sobre la politización de las identidades lésbicas

Al buscar comprender la construcción de las identidades lésbicas de algunas mujeres, en un contexto particular, será necesario para el análisis, considerar en qué situaciones, desde qué puntos de enunciación y a través de qué experiencias, algunas de ellas logran adscribir una identidad politizada, o acceden a deconstruir sus identidades, logrando a través de ello representar una forma de subvertir la norma, sin dejar de tener en consideración que como se menciona con anterioridad, abandonar los roles socialmente aceptados, puede conducir a una crisis de pertenecía, debido a la estigmatización de ciertas identidades (Dubet, 1986).

Para Goffman, cuando un individuo es estigmatizado, existen dos posibilidades, 1) que este suponga que los demás conocen su condición de diferente en el momento justo en que entran en contacto con él, es decir, que su estigma es evidente, y 2) que el individuo estigmatizado tenga certeza de que su estigma no puede ser leído de inmediato por los otros, existiendo la posibilidad de ocultarlo (Goffman, 2006).

Es en la segunda situación en la que una lesbiana que no ha salido del closet se encuentra, y entendiendo las desventajas que implica el que los otros lleguen a conocer su

estigma, tenderá, según el autor, a poner en juego una actuación cuidadosamente diseñada para que esto no suceda pues, “tener consciencia de la inferioridad significa que uno no puede dejar de formularse conscientemente cierto sentimiento crónico del peor tipo de inseguridad, y esto trae como consecuencia ansiedad”(Goffman 2006: 24)

Tratándose la homosexualidad de una cuestión desacreditable, es decir, que el estigma no es siempre evidente de manera inmediata, el problema no radicará en la tensión generada en el momento de la interacción social, sino en cómo manejar la información que lo hace consciente de su estigma, se deberá decidir si ocultarla o compartirla, y además con quién y bajo qué circunstancias se hará una u otra cosa, así para el autor que puede decirse que prácticamente tenemos tantos “sí mismos” como grupos sociales a los que pertenezcamos y de los cuales nos parezca importante su opinión sobre nosotros (Goffman, 2006).

El mantener oculto un estigma se logra cuidando cada aspecto de la actuación puesta en escena, Goffman (1981) plantea, por ejemplo, que el escenario que enmarca a estas actuaciones, es por lo general fijo y el actor puede dejar su actuación una vez que lo abandona, sin embargo, una persona homosexual puede llegar a sentir que en la mayoría los escenarios debe ocultar su estigma y tendrá que continuar con la actuación la mayor parte del tiempo. Sin embargo, es imposible pensar que no hay un solo momento en el que la estigmatizada no pueda respirar y dejar de ocultar dicho estigma, Goffman introduce entonces el concepto de “consumo secreto” que se refiere a la posibilidad de cumplir con las normas mientras se considera que estás siendo visto por aquellos que han de juzgarte y, sin embargo, romper estas reglas en la vida privada.

Pese a lo anterior, este consumo secreto remite de nuevo a la homosexualidad a un ámbito privado, reforzando la lesbofobia entendida como el miedo a que la homosexualidad sea reconocida socialmente. Goffman, respecto a la discriminación, afirma que:

“Creemos por definición... que la persona que tiene un estigma no es totalmente humana. Valiéndonos de este supuesto practicamos diversos tipos de discriminación mediante la cual reducimos en la práctica, aunque a menudo sin pensarlo, sus posibilidades de vida ...En nuestro discurso cotidiano utilizamos como fuente de metáforas e imágenes términos específicamente referidos al estigma, tales como inválido, bastardo, y tarado, sin acordarnos, por lo general, de su significado real” (Goffman, 2006, p. 15).

Este tipo de discurso es el que Cornejo Espejo (2012) denomina homofobia “simbólica”, la cual tolera la homosexualidad pero la remite a la vida privada, y se expresa a través del lenguaje en forma de chistes, bromas, insultos, ridiculizaciones, etcétera, gozando de tal legitimación social que incluso los homosexuales participan de ella.

La lesbofobia, tanto simbólica como internalizada, representan un problema debido a que la gradual aceptación de la homosexualidad se debe en parte a la lucha de los movimientos LGBT por el reconocimiento de sus derechos, pero está también relacionada con los cambios en la forma de pensar que otros movimientos sociales han logrado en las personas. Siguiendo a Castañeda (2006:13), “el feminismo, la militancia creciente de las minorías, el énfasis en la diversidad como fundamento de la democracia, la visión cada vez más amplia de los derechos humanos y aun tendencias académicas como el postmodernismo, han contribuido a este proceso de integración social”, sin embargo el factor que considera más importante es la visibilidad cada vez mayor de los homosexuales en la sociedad y en los medios masivos. Ya que la visibilidad ante los grupos sociales a los que se pertenece, “cambia la percepción de las personas al confrontar sus prejuicios y reflexionar sobre su actitud al conocer la homosexualidad por una persona real y no por las ideas preconcebidas”. (Castañeda, 2006:32).

Que una lesbiana decida visibilizarse puede resultar complicado, debido a la resistencia al cambio que la lesbofobia internalizada implica y que puede deberse a varios factores: 1) las personas homosexuales desde pequeños, e incluso antes de conocer su orientación sexual, están expuestas al discurso heterosexista; 2) que a través de bromas, chistes, chismes, ridiculización, , buscan mantener a la homosexualidad al margen de la validación social; 3) tienen una actitud diferente dependiendo de la situación y el contexto en el que se encuentren. “En su trabajo puede parecer heterosexual, en su familia asexual, y sólo expresar su orientación sexual cuando está con ciertos amigos. (Castañeda, 1999:21).

Sin embargo, así como existen impedimentos para superar la lesbofobia internalizada y construir una “identidad homosexual”, que entendida por Babluena (2006) refiere a aquella que apuesta por el reconocimiento, el descloset y la autodefinición y es generadora de sentido social y de acción como principal arma frente al modelo de relación social y sexual heteronormal, también hay factores que la favorecen, uno de ellos es el papel que juegan las

personas cercanas al “desacreditable” en quienes el estigma no influye para su aceptación, para el autor, la aceptación o rechazo es una gama de posibilidades más que un blanco y negro, y el grado de aceptación, dependerá de qué tanto se conoce a la persona “en lugar de pensar en un continuo de relaciones donde ubicaríamos en un extremo un tratamiento franco y adaptado a las circunstancias, será más conveniente pensar en una variedad de estructuras en las cuales los contactos se producen y se estabilizan ... y, sin embargo, en todo el problema del manejo del estigma influye el hecho de que conozcamos o no personalmente al individuo estigmatizado (Goffman, 2006:71).

Según Emerson, Campillo y Ruiz (2007), la identidad homosexual sería una identidad más entre múltiples identidades y podría adquirir un carácter subalterno o dominante, lo que depende de la coherencia que los significados internalizados por el individuo tengan entre sí y del acceso que tenga éste a una red social que le permita reconocerse como homosexual. El sujeto que no ha conseguido superar la negatividad asociada a la cuestión homosexual será más propenso que otros a la construcción de una identidad homosexual subalterna y oculta.

A partir de lo anterior, se tendrá en cuenta que el proceso de construcción de las identidades lésbicas se verá influenciado por los significados culturales y los efectos que identificarse como lesbiana puedan producir en un contexto cultural específico, así como las reacciones que otros puedan presentar ante dicha información, siendo el tema central de interés “llegar a establecer cómo la reacción social conforma el establecimiento de una determinada identidad sexual y cuáles son sus características”(Viñuales, 2000: 47).

2.7. La pertinencia de los referentes teóricos en relación al objeto de estudio.

Los referentes teóricos que se presentan con anterioridad, nos permitirán entender las luchas emergentes en el contexto de Culiacán, que persiguen principalmente la legislación del matrimonio igualitario como forma de reivindicación de las identidades LGBT, no como un movimiento social esencialista y contradictorio, sino dentro del marco de las políticas del reconocimiento (Fraser, 2008), al pensar en la redistribución social como un elemento fundamental en conjunto con la reivindicación de las identidades como forma de obtención de justicia social. Entendiendo a su vez, que la búsqueda de la reivindicación de una categoría identitaria no conlleva necesariamente a la exclusión de otras identidades y a la

jerarquización de las relaciones sociales, sino que tiene como objetivo la persecución del derecho a construir las propias subjetividades, más que buscar un protagonismo frente a otras categorías identitarias, y que utiliza la identidad como estrategia frente al sentimiento de desvalorización que los estereotipos negativos generan, de forma que la igualdad en la diferencia se haga posible (Dubet)

Lo anterior, recuperando un concepto de identidad que al tener en consideración el papel activo del sujeto, que no simplemente interioriza de manera automática los repertorios culturales, sino que a través de sus subjetividades los piensa y cuestiona (Dubet, 1989), permite considerar la posibilidad de complejizar las identidades mediante la aceptación de las diferencias, que se logra a través de las experiencias que un contexto diverso proporciona (Rocas y Brewer, 2002), aun cuando el contexto no sea diverso o inclusivo, en la actualidad para algunas personas es posible acceder a la diversidad y reconocer las diferencias, a través de internet y las industrias culturales, que acercan otras realidades a nuestros contextos.

Esto, sin dejar de tener en cuenta, los efectos que el contexto cultural tiene sobre la conformación de las identidades, buscando comprender de qué formas son rechazadas o reproducidas las normas de género existentes en este contexto específico, así como los repertorios culturales de los que se valen para construir una identidad lésbica en Culiacán (Giménez, 2006), considerando las representaciones negativas que existen respecto a las lesbianas en la ciudad y su peso en las subjetividades de las entrevistadas (Hall, 2003).

Las teorías de las identidades que se retoman, permitirán explorar la construcción de las identidades lésbicas de las entrevistadas, teniendo en consideración que estas son atravesadas por las normas de género producidas en el contexto de Culiacán. Pues al ser el género una construcción sociocultural que regula las subjetividades de hombres y mujeres de manera diferenciada (Scott, 1996), implica una heterosexualidad obligatoria (Wittig, 2006), y en el contexto específico en el que se desarrolla la investigación, las normas de género resultan marcadamente misóginas y lesbofóbicas, teniendo de manera innegable diversas influencias sobre las subjetividades de quienes intentan escapar de las categorías identitarias que dicho contexto imputa.

Las identidades lésbicas serán entendidas, a través de los planteamientos teóricos que las postulan como una forma de resistencia a las normas de género, que limitan las

subjetividades de las mujeres homosexuales, al ser éstas diferentes dentro de la estructura misma del género, cuando rechazan sus condiciones básicas, que refieren a la heterosexualidad y la maternidad obligatoria (Alfarache, 2003). Conformar una identidad lésbica, representa entonces una forma de oposición al patriarcado que rompe con la heterosexualidad compulsiva, |y que abandona la categoría mujer al rechazar la relación jerárquica de dominación con los hombres, que desestabiliza la estructura de género (Wittig, 2006).

La tarea central a partir de lo anterior, consiste en develar las dificultades que el contexto, en el que la categoría identitaria “lesbiana” es representada de manera negativa, y el peso del estigma sobre la vida cotidiana (Goffman, 2006) tienen sobre las subjetividades de las entrevistadas. Buscando descubrir si es posible renunciar a la categoría mujer, en este contexto específico, al comprender los efectos de la socialización que las lesbianas han tenido como mujeres, y que en Culiacán implican para las últimas, la exigencia del cuidado de la apariencia como la forma primordial de valorización por los otros, la demanda del cumplimiento de los roles de cuidado y afecto, y el matrimonio y la reproducción como formas de obtener aprobación social y familiar. Ya que lo anterior, pudiera intensificar las crisis que conllevan el abandono de las categorías socialmente aceptadas (Dubet, 1986), que al mismo tiempo pondrá en acción estrategias para reducir dichas crisis provenientes del rechazo.

Finalmente, teniendo en consideración las crisis que las implicaciones emocionales y la latencia de la exclusión social representan a la subjetividad de quienes buscan conformar una identidad estigmatizada, al poner en marcha estrategias que aminoran dichas consecuencias, y que resultan en una contradicción identitaria entre lo que se desea ser y lo que se nos exige que seamos, se pretende comprender, las formas, los motivos y los referentes identitarios que permiten mantener o cuestionar una identidad (Giménez, 2004).

III. CONSTRUCCIONES IDENTITARIAS DE LAS LESBIANAS EN CULIACÁN

El presente capítulo tiene la intención de develar el potencial transgresor de las identidades lésbicas que se expone en el apartado teórico, teniendo en consideración los efectos que el contexto en el que se desarrolla el proceso de construcción de dichas identidades, puede tener sobre su politización , y por consiguiente, sobre el potencial transgresor de las mismas.

Para Vergara (2013), el acceder a los recursos que permiten a las lesbianas, resignificar de forma positiva su identidad y enunciarse como tales de manera política, constituye un proceso de cuatro etapas, que no siempre ocurre de manera secuencial ni están jerarquizadas, a las que ha definido como 1) El gusto prohibido en la heterosexualidad: que hace referencia a las experiencias que las lesbianas viven con una sensación de prohibido, o con temor de ser descubiertas traspasando el límite de lo socialmente permitido; 2) la ginoidentificación: que comprende la construcción redes de apoyo de lesbianas, espacios de sororidad, reconocimiento y encuentro con otras mujeres; 3) formación/información: la posibilidad de acceder a información, de construir trayectorias de formación sobre temas lésbicos y feministas, formar parte de colectivos de apoyo y politización; y 4) Inicio de la vida lésbica: que comprende el momento en que a partir de resignificar sus experiencias, se autoidentifican como lesbianas (Vergara, 2013:50-55).

A largo del capítulo entonces, se busca identificar cuáles son las estrategias, que las lesbianas que han sido entrevistadas, ponen en marcha para atravesar las etapas que la construcción de sus identidades lésbicas implican y de qué formas dichas identidades representan una transgresión para la cultura de género del contexto específico en que tienen lugar. Para tal fin, se exponen las narraciones que sobre su experiencia, han compartido siete lesbianas que se autoadscriben como tales, organizadas a partir de categorías que se proponen para analizar las narraciones que serán expuestas, tales categorías son: fronteras identitarias; grupos de pertenencia; lesbofobia; el clóset y acciones afirmativas.

3.1. Fronteras Identitarias.

Como se ha establecido con anterioridad, las teorías de las identidades, estipulan que éstas se construyen buscando demarcar las diferencias con los otros (Gimenéz, 2005), sin embargo, como señala Dubet, son sólo las identidades socialmente aceptadas, las que se construyen en torno a la diferenciación con los otros, en aras de abandonar el anonimato, mientras que la reivindicación de identidades estigmatizadas busca escapar de los estereotipos negativos que son impuestos por los otros (Dubet, 1989).

Al ser las identidades lésbicas, estigmatizadas, se reflexiona sobre las dificultades de abandonar una categoría identitaria socialmente aceptada, y las aparentes contradicciones de sus diferenciaciones e identificaciones con la alteridad (lo gay y lo heterosexual), así como los efectos de la cultura de género que permea la construcción de las identidades de las entrevistadas, y las formas en que ellas buscan afrontar las situaciones a las que el contexto les expone, a partir de los significados que sobre ellas mismas producen y son por producidos.

3.1.1. Descubrirse diferente

Para Viñuales (200), el proceso de dar cuenta de que se es lesbiana puede resultar doloroso, pues cuestiona el sistema de valores en el que han sido socializadas. En un contexto que castiga todo tipo de sexualidad distinta de la heterosexual, las lesbianas, son conscientes en mayor o menor medida, de que al actuar conforme a sus deseos están transgrediendo las normas sociales. Las narrativas que construyen las entrevistadas, sobre el momento en que se autoidentifican como lesbianas, muestran que hacen consciente una diferencia que, al concebir en un primer momento como negativa, intentan negar o escapar de ella. Las entrevistadas ubican este acontecimiento en el transcurso de la adolescencia, cuando a través de la interacción con otras mujeres se dan cuenta que sienten algo más que amistad por alguna de sus amigas:

“En la secundaria, en tercero de secundaria... conocí a una niña, a una niña de mi bolita de secundaria y como que sentía algo especial por ella, y ya después supe qué era lo que sentía, pero sentía algo especial pues, yo lo sentía como apego, como si fuera mi mejor amiga, pero no sentía eso, sentía otra cosita” (Andy, entrevista, 2005)

“en la etapa de... cómo se podría decir... a los 15 yo me empecé a dar cuenta que me atraían personas del mismo sexo, pero igual uno hace como que... como que eso está mal y no, o sea, záfate de eso, no va” (Caro, entrevista, 2015)

“esto es diferente, esto es diferente y ya cayéndome todo encima de que ya había sentimientos, eso estaba mal, sí eso estaba mal” (Allison, entrevista, 2015)

Con respecto a la coincidencia en las narraciones de las entrevistadas, sobre el hecho de dar cuenta de éstas diferencias en la adolescencia, a través de enamorarse de una amiga o compañera de la escuela, Pichardo considera interesante dar cuenta que el esencialismo de las identidades es tan importante culturalmente “que la mayor parte de las mujeres que mantienen relaciones homosexuales realizan una relectura de sus historias personales para buscar en ellas algún deseo o atracción homosexual en forma de esencia primigenia” (2008:127), así lo hace Kris:

“Desde que tengo uso de razón, desde el kínder yo ya andaba... de alguna manera tuve novia en el kínder, tuve novia en la primaria, en la prepa, en la universidad, toda mi vida he andado de novia, no yo me di cuenta en el kínder, pero cuando yo dije ¡ah canijo!, ¿qué es esto, qué es lo que está pasando? Fue como a los 11 años más o menos, ¿por qué a mí me gusta fulana siempre, por qué siempre me ha gustado fulana y no fulano?” (Kris, entrevista, 2015)

La pregunta que Kris se hace sobre la causa de su orientación sexual, ella se contesta asumiendo que su diferencia es innata, pues la importancia que brinda nuestra cultura a los esencialismos, y la estigmatización del lesbianismo del contexto, provoca que algunas de quienes atraviesan el proceso de autoidentificarse como lesbianas, piensen que están haciendo algo incorrecto, e intenten negarlo u ocultarlo. Ello puede ser la causa de que consideren su sexualidad como algo con lo que han nacido, pues de ésta forma la sociedad no podrá reprocharles el que hayan elegido transgredir las normas, su homosexualidad, es tan natural como la heterosexualidad.

Sin embargo, hay quienes a través de sus experiencias, pueden encontrar y aceptar que ser lesbiana ha sido una decisión, que de alguna forma han dado cuenta del papel que la sociedad les había impuesto, y han decidido rechazarlo, probablemente sin tener plena consciencia de “las implicaciones políticas de lo que empezó como una necesidad personal, pero en algún punto no ha sido capaz de aceptar las limitaciones y las opresiones vertidas sobre ella por el rol más básico de la sociedad: el rol femenino” (Radicalesbians, 2009:75). Ejemplo de ello es lo que me comparte Caro sobre cómo fue el darse cuenta de que era lesbiana., Ella narra que se encontraba confundida sobre su orientación sexual, y consideraba necesario experimentar, para entender qué era lo que quería. Al mantener relaciones con

hombres atravesó por situaciones que le ayudaron a decidir que era lesbiana, una de esas situaciones fue un episodio de violencia con su novio:

“pero pasó esa situación y...sí me dio un repele los hombres, de hecho fui a pláticas porque yo no podía dormir wey, porque o sea, cómo puede ser que alguien que te dice que te quiere te pueda hacer tanto daño, es un repelen un repele, la neta ¡un coraje! Yo no podía ver a un hombre pues, era un repele, y no sé si eso también me dio como el impulso, de decir no esto no es lo mío, me dio miedo en un momento dado y dije no o sea nada que ver con ellos... y luego porque hubo ocasiones de... pues con él fue con quien tuve mi primera relación sexual, y hubo momentos en que yo sentía que nada más me utilizaba en ese aspecto, entonces, fueron varias cosas, que se puede decir que me ayudaron” (Caro, entrevista 2015).

Como señala Hall (2003), las identidades se conforman a través de las negociaciones entre las representaciones que los otros se hacen sobre nuestras existencias, y nuestras propias identificaciones, creando así lo que el autor denomina como una sutura, como referencia al dolor que puede generar el abandonar las categorías que nos son impuestas y que nos confieren aprobación por los demás, para adscribir otras, que si bien logran equilibrar nuestras subjetividades, pueden generar un rechazo por parte de los otros, al no ser socialmente aceptadas.

Es al enfrentar esta situación que se buscan formas de negociar nuestra propia subjetividad y las identificaciones que se espera aprehendamos, así, las entrevistadas negocian una identidad diferente, que al entender como natural, biológicamente adquirida, buscan homologarla con la heterosexualidad, para de esa forma evitar el estigma que el ser lesbiana conlleva. Dicha negociación, que busca evitar el rechazo, puede verse también en las formas de autonombrarse a través de categorías que sean menos estigmatizadas socialmente, que el termino lesbiana, como se ve a continuación.

3.1.2. Gay, homosexual, o lesbiana.

Si bien las identidades se construyen conforme a las fronteras que delimitan unas de otras, en el caso de las entrevistadas, esas fronteras distinguen su identidad, en un primer momento, sobre todo de la heterosexualidad, pues si bien, la mayoría de las entrevistadas al preguntarles por su orientación sexual se identificó como lesbiana – una de ellas dijo ser homosexual y una más bisexual –, a lo largo de las entrevistas podían pasar de identificarse como lesbianas, a hacerlo como gays y homosexuales sin aparente conflicto, homologando dichas categorías identitarias. Cuando pregunté por su orientación sexual, al inicio de la

entrevista, Piti me contesta: “Totalmente gay, homosexual, lesbiana, lo que sea” (Piti, entrevista, 2015)

La expresión “lo que sea”, hace evidente que pudiera identificarse con cualquier categoría que fuese distinta a la heterosexualidad, con toda expresión sexual que se encuentre fuera de la norma. Sin embargo, también pudiera deberse al peso negativo que la palabra “lesbiana” lleva implícita, “Cuando una mujer oye que ésta palabra se ha cruzado en su camino, sabe que está pisando fuera de los límites. Sabe que ha cruzado la terrible frontera de su rol sexual” (Radicalesbians, 2009:77), mientras que “lo gay” tiene una connotación más amigable y culturalmente aceptada. Lo anterior también pudiera significar una desimplicación política, pues pareciera que las entrevistadas no encuentran la necesidad de reivindicar la identidad lésbica como una experiencia doblemente opresiva y distinta a la homosexualidad en los hombres.

El homologar las identidades lésbicas con la heterosexualidad, pudiera resultar contradictorio, pues como apunta Grossber (2003) es irónico que organicemos las luchas sociales en torno a las categorías identitarias que pretenden constreñirnos. Sin embargo, Golubov considera que dichas categorías, a pesar de ser esencialistas, pueden ser utilizadas de manera estratégica, pues al ser enunciados desde posiciones diferentes a las dominantes, éstas categorías pudieran significar la subversión de las normas o la deconstrucción de las categorías identitarias (Golubov, 1994). En el mismo sentido, al señalar que las exigencias de los movimientos sociales por el reconocimiento, tienen que ver con el derecho de construir con autonomía la propia identidad en un contexto que cada vez ofrece más posibilidades de identificación, es que se hace coherente la posibilidad de la igualdad en la diferencia (Dubet, 1989).

Aún con lo anterior, las lesbianas en Culiacán, parecieran obviar esas diferencias, y en aras de lograr la aceptación de los otros, la mayoría de las entrevistadas intentan en la medida de lo posible adaptarse a las normas del entorno. Ello debido a los estereotipos negativos que en su contexto existen sobre las lesbianas, pues como señala Dubbet (1989) abandonar los roles socialmente aceptados conduce a una crisis identitaria, debido a los estigmas que sobre algunas identidades se vierten.

Alfarache (2009) hace una distinción entre lesbianas y mujeres homosexuales, diferenciando a quienes han logrado politizar sus identidades de quienes no, a partir de considerar que una vez que se accede a los referentes feministas, para las lesbianas no es posible definirse a partir de cualquier otro referente identitario, mientras que las mujeres homosexuales, pueden adscribirse a lo gay u homosexual al no conocer las implicaciones políticas de visibilizar el término lesbana, sin embargo, Viñuales (2000) aclara que no existe una única manera de experimentar el lesbianismo, pues “para algunas es un determinismo biológico, para otras [...] una perspectiva personal y psicológica de las relaciones que, como otras, brinda la posibilidad de ser feliz; y para otras, el lesbianismo es un posicionamiento político” (2000:53).

En el caso específico de las lesbianas que participan de esta investigación, la falta de referentes identitarios positivos, la dificultad de acceder a grupos feministas y el contexto misógino y heterosexista en que construyen sus identidades, parece impedirles encontrar el sentido político de identificarse como lesbianas, y diferenciar su experiencia de la de hombres homosexuales. Ello, sin embargo, no elimina tales diferencias y no impide que su experiencia lésbica cuestione las relaciones de género características de la ciudad.

3.1.3. Cultura de género

En la interacción de las lesbianas, con los y las otras, se da una compleja combinación de rechazo, reproducción y modificación de los roles de género y las relaciones de poder que éstos producen. Las relaciones de poder que se rechazan tienen que ver con la violencia y la opresión de las mujeres al tener que ajustarse a los pensamientos masculinos y tener que atender las disposiciones de los hombres, que si bien, son sólo dos de las entrevistadas que han convivido con hombres como parejas sentimentales, las lesbianas en general hemos sido socializadas como mujeres, y han experimentado estas relaciones de poder a través de las relaciones con padres, hermanos, maestros, compañeros, o cualquier figura que las remita a una posición desigual. Las experiencias que se presentan a continuación son ejemplo de la jerarquía de género que aún permea las relaciones de pareja heterosexuales en el contexto de Culiacán y, que sin embargo, son reflejo de cómo se construyen las interacciones sociales en general, que no escapan de permear las relaciones que las lesbianas construyen:

“él no me dejaba trabajar, no me dejaba ir a las fiestas, empezó... de ese lado de... ay el niño bien lindo al lado literal así machista, de que no vas a hacer esto, no vas a salir, con quién vas, y ya pues eso a mí no me empezó a gustar y ya terminamos... lo dejé, porque él me golpeó una vez, y fue cuando dije yo ya no voy a aguantar más, porque era muy celoso” (Caro, entrevista, 2015).

“El estúpido dicho del mexicano, ay ya sabes cocinar ya te puedes casar, ¿esa mamada qué?... Es exagerado, yo cada día lo veo más, más te lo juro, en lugar de ir para adelante vamos pa’ atrás. Ya me voy porque tengo que ir a hacer cena, ah y tu marido está manco o tu hijo qué pedo o que rollo pues” (Kris, entrevista, 2015).

A pesar de que las mujeres cada vez más son un número mayor en las universidades, se incorporan al trabajo remunerado y forman parte de la vida pública y la política en la entidad, se sigue esperando que cuando establezcan una relación sentimental, sea con un hombre y que sean éstas quienes se encargan de las labores domésticas y que sea él quien representa la autoridad en el hogar. Las lesbianas a las que he entrevistado concuerdan en pensar que esas relaciones de poder son diferentes en parejas del mismo sexo:

“los deberes de hogar son de los dos, o sea, ninguno es chacho del otro, y por el lado de mis amigos heterosexuales, que son más, es de que, ay no es que el Óscar otra vez ensucio, pues que lo lave el culero si ya sabe que está bien difícil quitar la mancha, no pa qué, no lo va a hacer, o sea, solitas pues, solitas se ponen en el papel de yo aquí soy la chacha pues...Tiene mucho que ver... el rollo homosexual y el rollo heterosexual... siendo homosexual, vamos a suponer dos hombres... la pregunta estúpida de siempre, quién es el hombre y quién es la mujer en la relación, pues ninguno porque somos hombres, no nos gustan las mujeres, sino pues anduviera con una mujer, entonces los dos somos hombres y los deberes son de los dos” (Kris, entrevista, 2015).

“creo que también ya depende de las personas, porque sí, me ha tocado, bueno, los hombres son como que, ay no mamen, no vas a salir con esa falda, ¿neta vas a salir, se te ven las chichis?... no sé pues, si me han tocado oír muchas veces escuchar eso en amigos o en conocidos pues o de que, ah, que se ve bien picara la morra... y yo que ni al caso pues, si ella se quiere vestir así que se vista así, y siento que acá, no sé, como que en el rol homosexual es como que, nunca me ha tocado que una mujer le diga a su novia, ¡te ves bien puta con esa falda!, o no salgas así” (Sofía, entrevista, 2015)

En estos relatos puede leerse cómo en la ciudad, las normas de género implican una vigilancia de la sexualidad en las mujeres, pues es ésta su moneda de cambio para lograr contraer matrimonio, su cuerpo, sus afectos y su disposición al cuidado de los otros, habrán de ponerse a disposición de un hombre que a cambio de lo anterior y de manera ideal, les procure un bienestar económico, aún a pesar de que en la actualidad es sumamente

complicado sustentar económicamente a una familia con el ingreso de una sola persona, significando que las mujeres deberán trabajar, se sigue educando a hombres y mujeres para cumplir estos roles específicos.

En uno de los testimonios de las entrevistadas, puede verse que la socialización en las normas de género, tiene un peso tal en nuestras identidades, que las mujeres crecen pensando en una vida en pareja, y el tener hijos como la meta máxima en la vida. Esto es consecuencia de un contexto en el que el reconocimiento social y familiar para las mujeres se logra a través del matrimonio y la reproducción, siendo esto diferente para lesbianas, que aun cuando aparentemente, despolitizan sus identidades, rechazan ese ideal de vida impuesto por el contexto, a través de la persecución de metas que tienen que ver con un desarrollo personal y profesional que a ellas le resulta más pleno:

como que crecemos, queriendo llegar a otra parte, y de alguna manera las personas heterosexuales, no digo que todas, pero muchas, crecen diciendo yo algún día me voy a casar... algún día voy a tener una familia, y nosotros no crecemos pensando algún día me voy a casar, o algún día voy a tener hijos, entonces como no tenemos ese objetivo, o ese lugar a dónde llegar, desarrollamos otros pues... como... yo quiero estudiar en Argentina, no pues yo me quiero ir a hacer mi maestría en Alemania, de alguna manera tenemos otras metas pues, entonces... no nos desarrollamos, o no nos preparamos para una vida en pareja o... sí pues para vivir, para vivir eso que muchas parejas heterosexuales sí viven” (Andy, entrevista, 2015).

Sin embargo, la cultura de género, que propicia relaciones de poder desiguales, es internalizada de tal manera en todas las personas, que las lesbianas no escapan de reproducirla, en algunos de sus relatos puede verse como reproducen roles masculinos, esto puede deberse a que la masculinidad como construcción cultural dentro de las normas de género “remite a esa posición social de poder y prestigio que ocupan ciertos individuos con base en la diferencia sexual y que amplía su campo de acción, su ámbito de decisión individual y sus oportunidades de poder” (Guevara, 2002:4), algunas de las entrevistadas, si bien han rechazado la opresión que les ocasionan las normas de género, parecieran buscar acceder a esa posición privilegiada reservada para los hombres:

“A mí me gusta pagar... como que me da, a veces como que me hace sentir de que yo tengo el poder... No sé, como que es un rollo psicológico extraño... Tal vez por eso te digo de que yo soy más ruda y tomo ese rol pues, o sea de, a ok pues, yo también puedo, si un hombre puede hacer eso, si un hombre te va a pagar o lo que sea yo también puedo hacerlo” (Piti, entrevista, 2015).

“no soy como que muy muy femenina y mis parejas si han sido un poquito más femeninas que yo pues... a mi si me gusta pasar por ellas, es como que, ah no, yo paso por ti, o sea y te voy a llevar a tu casa, no sé, es como que... das protección o no sé, no sé porque” (Sofía, entrevista, 2015).

Sin embargo, con base a las experiencias de establecer relaciones sentimentales significativas, mediante la convivencia cotidiana, pareciera que las actitudes que pudieran ser leídas como masculinas (asumir la responsabilidad de los gastos, de la protección de la pareja, y el buscar un complemento femenino en las parejas) son dejadas de lado. Las tareas domésticas se comparten, los gastos del día a día se reparten y los roles sexuales desaparecen. Piti, quien había declarado que le gustaba tomar el rol masculino, tanto el cotidiano como en lo sexual, comenta que ello cambió cuando conoció a una chica feminista con la que estableció una relación sentimental, y que constantemente la cuestionaba sobre sus actitudes:

“en general pues o sea, cambié mi forma de pensar y dejar de tomar el rol masculino, y ser dos mujeres, y sí cambió lo de... ah yo te pago pues, ya fue más de las dos, ya aportábamos más, o sea pues cada quien lo suyo, entonces pues la intimidad también era, pues qué somos dos mujeres entonces sí fue así” (Piti, entrevista, 2015).

Si bien es complicado tener consciencia de género y cuestionarse constantemente por las propias acciones, hay experiencias cotidianas que pueden llevarnos a dar cuenta de que estamos cayendo en una contradicción al reproducir la opresión que aparentemente rechazamos. Es necesario poder entender cuáles son esas experiencias que permiten la transformación de nuestras prácticas al hacernos ver que pueden resultar opresivas tanto para nosotras mismas como para las otras.

3.1.4. El ambiente gay

La interiorización de las normas de género, tienen repercusiones también en la construcción de un ideal de las relaciones sexo-afectivas, “Las mujeres, homo y heterosexuales, han sido educadas y socializadas en una sexualidad vinculada a la afectividad, a la idea del amor romántico, de la media naranja y, por extensión, hacia la monogamia” (Pichardo, 2008). Estas diferencias de género con los hombres homosexuales parecen afectar la percepción que se tiene de “lo gay”, siendo ésta otra frontera identitaria que distingue las identidades de las entrevistadas al interior de la diversidad sexual:

“aparte que bueno... el rollo de... el ambiente gay es un pasadero de babas pues, más hablando de... del lado de los hombres, es más común el encuentro sexual casual, y cómo que te metiste con ese si yo me lo estaba cogiendo pues... de ahí viene mucho tipo de odios” (Kris, entrevista, 2015).

Sin embargo, no sólo se adjudican éste tipo de actitudes a los hombres homosexuales, también se rechazan el tener múltiples parejas entre mujeres, pero sobre todo se ve de manera negativa, el hecho de no respetar la monogamia de las parejas propias, y la discriminación al interior de la “comunidad”:

“ya me había dado cuenta del ambiente, del ambiente de que... sobre todo de las chavas pues, muy problemáticas, no voy a generalizar pero ese ambiente en especial, eran de que... se ponían con una chava y luego le bajaban a otra y siempre el pleito y siempre el drama, a mí me daba flojera pues, yo me llevaba con ellas para la fiesta, me caían bien pero nunca me metí en esos rollos” (Andy, entrevista, 2015).

“Sí pues, hay homosexuales adinerados que se gastan su quincenita en un bar, que traen un pantalón un poquito de menos calidad entre comillas, que traen esto, que traen lo otro, que se juntan con fulano, hay homosexuales que están en el rollo del narcotráfico, hay mujeres, mujeres que arman pedo porque son buchonas y la chingada o sea, y son lesbianas entonces... somos seres humanos de alguna manera, todos somos iguales de alguna manera, pero si nos vamos a ser homosexual, a esa rama de... hay más discriminación dentro que fuera... se da mucho el, los celos, el yo controlo, el... es mía, aunque haya sido de todas ahora es mía... se da mucho la roladera de morras, mucho no tienes idea, y de la que mangana andaba hablando pestes ahora es su novia y es el amor de su vida, o sea, te quedas así como que ay no mames, es bien rara la gente jaja” (Kris, entrevista, 2015).

La vigilancia sobre la sexualidad de las mujeres en el contexto de Culiacán, implica una educación que reprime los deseos, priorizando la idea del amor romántico sobre el ejercicio de la sexualidad y el erotismo, lo que significa una diferencia fundamental entre la experiencia de los hombres y las mujeres homosexuales, pues a pesar de que las entrevistadas se adscriben a la categoría identitaria “gay” al ser esta más aceptada socialmente que el término “lesbiana”, las entrevistadas tienen una concepción del “ambiente gay” como algo negativo, debido al rechazo de la “promiscuidad”, tanto de gays como de lesbianas, y de lo que consideran un “irrespeto” a la pareja, vista como propiedad privada, además de relacionar lo denominan “el ambiente” con el consumismo, el clasismo y la discriminación hacia quienes son muy “obvias”, considerando que “el ambiente” es para quienes cumplen con las características del estereotipo de “lo gay” socialmente aceptado, que refiere al poder

adquisitivo, y el ajuste a los roles de género manteniendo los estándares de belleza socialmente deseados.

Tanto la falta de espacios críticos que permitan dialogar, no únicamente sobre los efectos sexuales del ser lesbiana, sino las implicaciones de género que ser lesbiana conlleva, como la socialización en un contexto heteropatriarcal, propician la (re)producción de las normas de género del contexto, ejemplo de ello es la concepción de la pareja como propiedad privada, la percepción negativa del ejercicio libre de la sexualidad y la masculinización de las formas de relacionarse con sus parejas (al buscar parejas más femeninas, la percepción de que las mismas necesitan de su protección y la heterosexualización de las relaciones).

Lo anterior pareciera implicar que las identidades construyen las lesbianas en Culiacán no cuestionan las normas de género del contexto, sin embargo, Butler (2009) plantea que para poder transgredir el poder, en este caso en forma de normas heterosexistas de género, es necesario que quienes se propongan este reto cumplan en primera instancia con ciertas características que les permita ser reconocidos., Retomando a Spivak, recuerda que quienes no pueden acceder al monolingüismo, es decir, a las normas propuestas por la estructura de poder, “no tienen posibilidad de hacer valer sus derechos en códigos reconocidos” (2009:331).

Desde la perspectiva de la traducción cultural, performar una identidad de género a la que no se tiene derecho (una negación doble del derecho como mujeres y como lesbianas en este caso particular) “significa traducir al lenguaje dominante, pero no para ratificar su poder, sino para ponerlo en evidencia y resistir a su violencia diaria y para encontrar el lenguaje a través del cual reivindicar los derechos a los que uno no tiene derecho todavía” (Butler, 2009:332).

Es así que la subversión o transgresión al poder, en este caso, a las normas heterosexistas de género, se logra a través de la performatividad, pues Briones explica que como plantea Butler “la capacidad de agencia no radica en negarse a repetir, sino en repetir de manera tal que se vayan desplazando las normas que regulan la repetición”. Por lo que las lesbianas en Culiacán, como subalternas, estarían (re)produciendo las normas de género, posibilitando la transformación de las mismas, pues como establece Butler (2007):

“La «presencia» de las supuestas convenciones heterosexuales dentro de contextos homosexuales, así como la abundancia de discursos específicamente gays de diferencia sexual (como en el caso de butch y femme como identidades históricas de estilo sexual), no pueden entenderse como representaciones quiméricas de identidades originalmente heterosexuales; tampoco pueden verse como la reiteración perjudicial de construcciones heterosexistas dentro de la sexualidad y la identidad gay o la repetición de construcciones heterosexuales dentro de las culturas sexuales gay y hetero, bien puede ser el punto de partida inevitable de la desnaturalización y la movilización de las categorías de género” (2007:95).

Es así que la reproducción de las normas de género por las lesbianas en Culiacán, en sus interrelaciones, podría verse como estrategia para hacerse escuchar, es decir, como forma de apelar al monolingüismo cultural del género, pues al performar su identidad desde la masculinidad instituida, pueden acceder al poder, ya que, entendiendo la masculinidad a través de Guevara (2002), como una posición social relacional, que “es una dimensión del orden genérico que remite a esa posición social de poder y prestigio que ocupan ciertos individuos con base en la diferencia sexual y que amplía su campo de acción, su ámbito de decisión individual y sus oportunidades de poder (2002:4)”. Es así que las lesbianas se dotan de capitales simbólicos que les posibilitan abandonar una posición que limita sus capacidades, y se permitan acceder a recursos y a realizar actividades que para ellas están prohibidas, haciendo evidente que es la socialización y no la biología, lo que restringe nuestro papel en la sociedad.

3.2. EL clóset.

Una vez que las entrevistadas pueden autoadscribirse como tales, se enfrentan a la necesidad de compartir esta información, y a la toma de decisiones de con quiénes hacerlo o no. Pues al tratarse de revelar una identidad estigmatizada, se preverá la posibilidad del rechazo de los otros, y se buscará compartir dicha información, sólo con quienes se cree, aceptaran la diferencia (Goffman, 2006). Ya que, tanto el rechazo como la aceptación, de las diferentes personas que resultan significativas para las lesbianas tendrá un importante efecto en el proceso de resignificación de lo lésbico.

El “salir del clóset” tiene lugar únicamente en contextos heteropatriarcales, pues atravesar un proceso de autoaceptación y declaración de la propia identidad sexoafectiva no tendría sentido en un sistema social no heterosexistas. Éste proceso entonces, “responde a la necesidad de tomar posición frente a un medio homofóbico, salir del clóset es reclamar

derechos y libertades” (Mogrovejo, 2000:75). Para Mogrovejo (2000) la mejor definición del proceso de salir del clóset lo propone McDonald:

“proceso de desarrollo a través del cual las personas gay se dan cuenta de sus preferencias afectivas y sexuales y escogen integrar este conocimiento a sus vidas personales y sociales; salir del clóset involucra adoptar una identidad no tradicional, reestructurar el concepto propio, reorganizar el sentido personal de la historia, y alterar relaciones propias con otros y con la sociedad, todo esto refleja una serie compleja de transformaciones cognitivas y afectivas al igual que cambios de comportamiento” (McDonald en Mogrovejo, 2000:75).

Los testimonios, presentados a continuación, narran las estrategias tanto de ocultación como de la revelación de la propia identidad, así como las experiencias que promueven o que inhiben las intenciones de visibilizar la propia identidad, por parte de las lesbianas hacia sus grupos de pertenencia.

3.2.1. El miedo a la salida

El proceso de reestructurar la propia identidad, y enfrentar las posibles modificaciones de las relaciones con los otros, no pocas veces genera en quienes lo atraviesan crisis emocionales, pues al estar inmersas en un contexto lesbofóbico, la anticipación de los posibles resultados negativos, provoca estados de ansiedad, incertidumbre y miedo, retrasando dicho proceso y conduciendo a poner en marcha una serie de estrategias para ocultar la orientación sexual.

“me volví más hermética todavía, lo menos posible que pudiera estar en mi casa, porque yo decía me van a notar, se van a dar cuenta que me gusta una mujer, y no puedo o sea, yo... buscaba una alternativa de escape de mi casa, sólo llegaba a dormir [...] hasta que llegó un momento en que mis papás también de que: ¡ey qué pedo ya ni te vemos!, pero por lo mismo del pinchi miedo de: ¿y sí se dan cuenta? [...] o sea yo siempre me evadía pues, siempre pensando que estaba mal por mis papás, porque si yo veo a alguien agarrado de la mano niños o niñas, no pienso que está mal obviamente, pero con mis papás siempre he sido como que, con mis papás siempre pienso que está mal por el qué dirán” (Caro, entrevista, 2015).

La anticipación de las consecuencias negativas que pudiera significar el salir del clóset, también llevan a considerar de qué formas pudieran aminorarse. La crisis que atraviesa parece causarles un sentimiento de culpa en relación a la percepción de no cumplir las expectativas sociales, provocando en ocasiones, buscar una adaptación de la propia conducta a lo que la sociedad considera aceptable (Radicalesbians, 2009). Esto es lo que Andy tiene en consideración antes de pensar en salir del clóset:

“mi plan era decirle a mi mamá, pero ya que me viera formada por así decirlo, ya con mi uni terminada, con un trabajo seguro [...] yo quería que viera que no era una etapa pues, que no era inmadurez, que no era querer llamar la atención, sino que era algo que yo soy pues, y que... que me viera con la decisión” (Andy, entrevista, 2015).

La socialización de género por la que han pasado las mujeres genera una sensación de ser responsable de los sentimientos de terceros, provocando, en este caso, buscar una compensación para una situación, que se anticipa, causará malestar a los seres queridos, aún si ello significa ocultar por periodos largos de tiempo una parte fundamental de la propia subjetividad, provocando sentimientos de angustia ante la posibilidad de ser descubiertas en sus intentos por ocultar su orientación sexual.

3.2.2 La salida voluntaria

Quienes han tenido la posibilidad de resignificar su identidad y autoadscribirse como lesbianas, percibiéndolo como algo positivo para ellas, sienten la necesidad de compartir su nuevo concepto propio con aquellos con quienes interactúa y le resultan significativos. En primera instancia buscan compartirlo con personas que consideran expresarán aceptación.

“yo creo que fue el no sentirme extraña rara o fuera de lugar, que me dio la seguridad para abrirme con... mis amiguitas niñas, porque has de cuenta que en la prepa éramos seis, cuatro niñas, mi amigo gay y yo [...] entonces pues primero fue entre nosotros y después fue como... no pues hay que decirle a las plebes, y ya, salimos del clóset con ellas”

“a los 16 fue cuando ya salí con mis amigos de la prepa, fue cuando les dije, saben que, creo que me gustan las mujeres, y ellos lo tomaron así como, sabes qué, que chilo y ya”

Sin embargo, la decisión de compartir esta realidad con las familias no es igual de popular entre las entrevistadas, sólo una de ellas se decidió a revelarlo a su familia, a los 17 años, cuando al experimentar sentimientos hacia otra mujer, decidió que para ella no era una opción ocultar algo que le hacía feliz, y decidió contarlo a través de una carta:

“Regresé a la casa, mi mamá estaba sentada en la sala con el papel... pero llegué yo o sea, con los pinches pantalones así hasta las axilas así bien puestos, y le dije: ¡qué onda ma!, sin titubear sin... agacharme, qué onda ma le dije, qué pasó hija cómo te fue, ¿oye leíste lo que te pedí?, sí ya lo leí varias veces me dice, ¿y qué piensas?, mi mamá estaba con la boca abierta porque yo la estaba cuestionando a ella, yo no me estaba escondiendo, mi voz no estaba quebrada, yo no estaba apenada pues, jamás me

he sentido apenada, jamás he sentido... el bochorno de ay van a decir que... nunca, nunca... no porque sea bien valemadrasta, sino porque mis papás siempre me enseñaron que yo debo quererme mucho, y si los demás no me quieren pues que no me quieran pero yo sí me quiero mucho”

Las experiencias de vida que le han permitido construir un autoconcepto positivo, y la certeza de contar con el amor y el apoyo de su familia, le han llevado a construir una identidad lésbica tendiente a la visibilidad. Sin embargo, no todas las lesbianas cuentan con los mismos recursos y el apoyo de una red social, para lograr una significación positiva y coherente de su subjetividad como lesbianas, que según Emerson, Campillo y Ruiz (2007), son los elementos necesarios para lograr una identidad tendiente a la visibilización. La mayoría de las entrevistadas perciben una falta de apoyo de sus redes sociales, principalmente de la familia, lo que las obliga a poner en marcha una serie de estrategias para evitar que den cuenta de su orientación sexual; estas estrategias sin embargo, parecieran ser desarmadas ante la mirada vigilante del género de las madres, lo que se aborda a continuación.

3.2.3. La salida forzada

Un contexto con normas opresivas de género, heterosexista y lesbofóbico, significa también un sistema vigilante del género, como elemento afirmativo de la heterosexualidad obligatoria (Buttler, 2007). Cuando se sospecha de un otro diferente, se le vigila de cerca para poder confirmar que las normas de género se estén cumpliendo a cabalidad, y de ser que descubra en una falta, se le reprocha y castiga:

“mi mamá no sé cómo, sacó una cartas, y me habla al trabajo así llorando, y me dice: [...] no me digas que tu novio [...] es Marisela [...] yo sentí que se me paró el mundo [...] me puse bien mal”

“voy viendo a mi mamá sentada frente a computadora y yo... no puede ser esto, y me dijo ¡eres lesbiana!, y no pues me quedé en blanco totalmente... y el drama total, ¿qué hice mal? No sé qué, qué te faltó, lalalá... que es una cochinada... y pues yo me quedé en blanco totalmente, porque yo no estaba preparada para eso”

“ya me estaba cazando, entonces un día [...] estábamos en mi cuarto, yo tenía la puerta con seguro [...] abrió con llave y nada más abrió la puerta pero no se metió, no nos vio, pero me quedé: inga tú, mi mama ya sabe, ya me cachó, y me acuerdo que no me quería salir del cuarto, era como que... me quiero quedar a vivir en este cuarto [...] me voy a hacer indigente o a ver qué hago”

Ésta vigilancia del género, se lleva a cabo por la familia, pues es una de sus tareas principales como institución, que se encarga de la reproducción de los seres humanos, que deberá convertirlos en “seres sociales con personalidad y con identidad propias, estructuradas en torno a los ejes de género, clase, etnia” (Lagarde, 2005:369). Siendo la madre la principal responsable de ello, pues es ella “una de las instituciones centrales de la sociedad y la cultura patriarcales” (Lagarde, 2005:372).

La salida forzada del clóset, además de ser una invasión violenta de la privacidad, significa forzar el proceso de resignificación de la identidad y la asimilación de las posibles transformaciones de las relaciones con los otros, generando una vez más sentimientos de desolación al sentir el rechazo de los seres queridos, y la percepción del deber mantener oculta la orientación sexual.

3.3. Lesbofobia.

La lesbofobia es la principal razón de la aparente despolitización de las identidades de las lesbianas en Culiacán, y de la heterosexualización de las mismas. El hecho de estar expuestas a la lesbofobia cultural, y a los relatos de personas cercanas respecto a la lesbofobia física por la que han pasado otras lesbianas (una especie de amenaza que les constriñe a reservar su expresión sexual al ámbito de lo privado), lleva a las lesbianas a internalizar éstos discursos, provocando sentimientos de auto-devaluación, temor, represión de sentimientos y sensación de estar desventaja o excluidas (Castañeda, 2006), reflejado en el hecho de que la mayoría de las lesbianas al dar cuenta de su orientación sexual han intentado negarla, tomándoles tiempo, pero sobre todo crisis emocionales, dejar de considerar que es algo negativo de lo que deberían de intentar escapar o negar.

A continuación expongo las experiencias en relación a la lesbofobia que las entrevistadas me han compartido, los efectos que éstas han tenido en la construcción de sus identidades, en la visibilización o no de las mismas, y las negociaciones que han logrado en torno a ella.

3.3.1. Lesbofobia cultural

Por lesbofobia cultural entenderé todas aquellas manifestaciones de rechazo que la sociedad expresa contra quienes cuestionan las normas de género del contexto específico, que puede

incluir violencia verbal, chistes, bromas, o exclusión, y que tiene como propósito que las identidades lésbicas permanezcan invisibilizadas:

“iba caminando por la carretera y me dicen: ¡ey morro!, Y yo no volteé, ¡morro!, Y ya seguí caminando, pero estaba bien flaca y estaba medio mamadilla porque iba al gimnasio, y me siguen, ¡ey morro!, y ya volteo y me le quedé mirando y dice: ¡ah es morra!, oye pareces morro, y yo ¿ah?... yo iba bien dormida... pareces morro me dijo... y seguí caminando y le dije ¿qué? Estaba bien dormida, ¡que pareces morro morra!, y yo ah, pero nunca me detuve, seguía caminando, ¿no te da vergüenza? y yo nel le dije, y ya seguía caminando, te estoy hablando y yo mande le decía, qué pasó, pero con unos huevos el bato y yo bien dormida si hubiera tenido ganas de tirarle pedo ni podía, estaba bien jetona la neta, y ya me dice... te estoy hablando que no sé qué, y ya me paré y le dije ¿qué quiero oiga le dije?, que pareces morro, está bien, ¿y? ¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema pues?, ¿no te da vergüenza? ¡No me da señor! ¿Qué pasa? No que no sé qué, por eso la gente no sé qué, crucé la carretera y ellos no podían porque había mucho tráfico, seguí caminando pues, literalmente pues los ignoré, si les di 5 segundospreciados de mi vida en contestarse sus estupidez, pero yo no me voy a poner a pelear por eso pues” (Kris, entrevista, 2015).

Los testimonios de las entrevistadas al respecto, tienen que ver con recriminaciones en torno a su apariencia o actitudes, al ser consideradas por los otros como masculinas, es decir, son intentos por hacerlas ver que siempre que abandonen las actitudes que de ellas se esperan (como ser sumisas y mantener los estereotipos de belleza), serán señaladas y ridiculizadas en público, con el afán de que desistan de ello, aún más si a eso se suma que intenten tomar posiciones que les están reservadas a los hombres.

Aunque en las entrevistas aparecen variadas manifestaciones de lesbofobia, la mayoría declara no haber sido afectada por ella, a pesar de haber narrado con anterioridad episodios de lesbofobia hacia ella. Esto podría deberse a lo que Plascencia (2016) menciona, al hacer un análisis de la relación entre cultura y violencia en Sinaloa, donde encuentra que a pesar de ser uno de los estados más violentos, las personas parecen no percibirla, análisis que concluye preguntándose sobre los aspectos culturales con que los y las sinaloenses definen o aceptan la violencia. Teniendo lo anterior en consideración, pudiera ocurrir que las entrevistadas al llevar su cotidianidad en un contexto de violencia generalizada, como recurso ante tal situación la hayan normalizado.

“No, nunca me ha pasado, pues no andaba así... Ah de que me miraban así raro pues sí, hasta me dijeron cosas yo creo supongo, no me acuerdo pero sí o sea...”

emm... pero yo creo que nunca nada tan... yo creo que nunca pasó más de miradas.” (R.A., entrevista, 2015).

“la neta no sé, discriminación no me ha tocado a mí personalmente que me discriminen como en aquel tiempo, o sea que llegue a recibir ofensas... verbales, pues ya no las he recibido, no me acuerdo cuando fue la última ofensa que tuve así... de que yo sienta como muy de alguien feo tampoco y tampoco he tenido así como que historias de amigas que me cuenten así como que, no, que me ofendieron en algún lugar por haber estado yo ahí con mi pareja, no la neta, no” (Sofía, entrevista, 2015)

Esta falta de reconocimiento de la lesbofobia, o la percepción de que la discriminación en la ciudad ha ido disminuyendo, puede deberse también a lo que R.A., señala en su narración, la aparente aceptación, tiene como condición la invisibilización del lesbianismo, al remitirlo al ámbito de lo privado:

“creo que somos un ranchito todavía que... sí siento que en Culiacán todavía esta eso de... se sabe que existe, se sabe que hay mucho pero no se habla de eso o sea... siento que Culiacán está lleno de mi mamá, mi mamá está por todos lados así como que, has lo que quieras pero no vengas y me digas nada, o allá tú, pero no quiero saber, es como que veo a alguien pero me volteo” (R.A., entrevista, 2015).

“está bien cabrón, esa chamba está bien cabrona, para que la sociedad tenga un poquito más de criterio lo primero que tenemos que empezar a hacer es informarlos, de por qué o cómo, cómo viven, qué hacen, qué es un homosexual, porque violadores hay un chingo y no necesariamente homosexuales, y es de lo primero de lo que te tachan. Yo tengo una amiga que es maestra de educación física en un colegio de monjas, súper lesbiana, se le nota, lo derrocha, pero no ha dicho nada entonces ella tiene su trabajo todavía, como no se ha destapado, no hay pedo, o sea, mientras no digas nada, no hay pedo, o sea, se le nota...tú la ves y dices ah es lesbiana obviamente, pero mientras no diga nada no afecta... a mi amiga yo le digo... nel wey, que mal estas, pero bueno te están pagando bien y gracias a eso tú tienes tus anhelos, tu casa, tu carro y pues... ok si eso es lo que te hace feliz, si quieres vivir así pues... yo no podría, ni un minuto” (Kris, entrevista, 2015).

Como puede verse en su testimonio, Kris da cuenta de que lo anterior también es violento con las lesbianas, pues al relegar sus relaciones sexoafectivas a la vida privada, las deja sin poder compartir sus experiencias y sin poder tener el mismo uso de los espacios públicos que las demás personas. Aún más, la invisibilización de las lesbianas “genera una falta de referentes que dificultan las posibilidades de identificarse y deriva en aislamiento, imposibilita la creación de una identidad colectiva común y, por extensión, la creación de las redes de movilización colectiva” (Pichardo, 2008: 131). Por si fuera poco, lo anterior dificulta

la modificación de la percepción social de la homosexualidad, dificulta la aceptación de la misma.

Es de suma importancia exaltar que Kris expresa una consciencia política al renunciar a los privilegios que el anonimato concede en un espacio heterosexista, mostrándose firme en la necesidad de visibilizar las subjetividades subalternas, y mostrarse indispueta a renunciar a su derecho de construir y performar una identidad coherente con su subjetividad. Sin embargo, no todas han podido acceder a los recursos y las experiencias que posibilitan lo anterior, pues en un contexto vigilante del género, son constantemente expuestas a recordatorios de lo que puede pasar si deciden escapar a las normas.

3.3.2. Lesbofobia física.

Los relatos que narran a continuación Kris y Sofía, tienen que ver con llevar a un nivel aún más grave la lesbofobia y tornarla en agresiones físicas, si bien son situaciones que no les ocurrieron personalmente, son actos violentos que les advierten que ellas mismas podrían pasar por situaciones similares:

“una amiga que... pasó ya tiempo, estábamos en la universidad creo, ella tenía una novia y creo que, en su casa, en la casa... se dieron cuenta, no sé cómo las cacharon o qué, pero a mi amiga, la mamá de su novia la encerró, o sea no la dejó salir de la casa, de la casa de la muchacha y creo que la, la cacheteo o no sé qué y le cortó el cabello, le cortó el cabello como niño y así como que ¡bestia! me quedé, no, no puede ser posible pues, a mí me contó, me quede así de que, no manches, y me acuerdo que estaba bien agüitada pues, estaba llore y llore porque pues no manches, que le corte... le pegó y aparte le cortó el cabello” (Sofía, entrevista, 2015).

“antes era un antro aquí y no las dejaron entrar porque parecían batos[...] bien amargadas se vinieron a sentar aquí con nosotros [...] y ya se agarraron una de la otra, se abrazaron, se besaron, y llegó un policía: y que no sé qué, que marimachas y la chingada, ¿tu mamá ya sabe que andas así en la calle besándote?, sí ya sabe, uh pues que vale madre es, con mi mamá no se meta y la chingada, y se armaron las trompadonas, y yo así de que, ¡ingatumadre!, la aventaron a la caja... el dueño de este lugar es gay, y como que se percató del pedo [...] y se metió: ey qué paso, cuál es el problema pues, y yo por acá oye pues no las acaban de dejar entrar a tu antro y a lo mejor ni estaba enterado el bato, y ya se armó la trifulca, y se terminaron llevando a los dos...” (Kris, entrevista, 2015).

Éste tipo de agresiones busca castigar a las lesbianas que se han atrevido a ser más visibles, yendo más allá de lo tolerado por la sociedad. Al mismo tiempo, las humillaciones por las que se les hace pasar envían una advertencia a las otras: no seas demasiado evidente.

Como todas las formas de expresión de la lesbofobia, busca frenar la paulatina visibilización que las lesbianas han ido alcanzado en la ciudad y hacer evidente el rechazo social hacia la homosexualidad.

3.3.3. Lesbofobia emocional

Los relatos que a continuación presento son referentes a las experiencias de lesbofobia que las lesbianas han atravesado por parte de sus familias al hacerse de su conocimiento su orientación sexual, o los casos en que son expuestas por los familiares mismos ante las sospechas de que sus hijas son diferentes: Éste tipo de lesbofobia, es una forma de manipulación emocional que busca hacer creer a las lesbianas que sus acciones son causantes de tristeza, vergüenza y humillación para sus seres queridos, con el objetivo de hacerlas desistir de sus acciones o lograr que las mantengan ocultas.

“yo la neta llegaba si medio comía y ya me iba a dormir, era como una total extraña, nadie me dirigió la palabra [...] si a mi mamá como le pegaba un arranque, iba y me buscaba al cuarto y: ¡prefiero que hubieras sido una puta que andes con mujeres, si tu tuviste novios ahora cómo me dices que te gustan las mujeres!, [...]te apendejó esa plebe cómo puede ser posible que tu tan inteligente te dejes mangonear... mi mamá me ha ofendido de todas las maneras posibles, y cada vez que pasa eso, y hasta la fecha me hace comentarios cabrones y sigo aguantando, y cada vez que pasa eso, me pongo bien mal” (Caro, entrevista, 2015).

“tuve muchos problemas con mi mamá, me decía muchas cosas ofensivas, hasta con mi hermano pues, cuando ellos saben, me empiezan a decir muchas cosas [...]y siempre era ese golpe pues, no importa lo que hagas de todas maneras siempre sacaba ese tema, cuando me regañaba por algo siempre terminaba como... no sé... como reclamándome pues” (R.A., entrevista, 2015)

Éstas situaciones, producen crisis identitarias y emocionales en las lesbianas, mismas que inhiben tanto la visibilización de las identidades lésbicas, como su politización, pues como sostiene Villar (2008), el relegar a las mujeres al ámbito privado y al hogar, sumado al control social y familiar sobre su sexualidad, impide que las lesbianas puedan sentirse parte de un grupo social y sexual más amplio, lo que “obstaculiza la formación de redes de apoyo, de conciencia, de formación de colectivos e impide poder mostrar ante la sociedad la existencia de su práctica sexual” (Villar, 2008:65).

Esto se corresponde con lo que plantea Dubet (1989) respecto a la posibilidad de utilizar la identidad como estrategia para la movilización, el autor señala que no son los

actores en crisis quienes tienden a movilizarse, sino quienes encuentran medios de integración para proponer una estrategia, al encontrar los recursos para tal acción, la identidad no cambia en su contenido sino en su percepción, siendo las personas con identificaciones más fuertes y percibidas de manera más positiva las que tienden a la acción, posibilitando la mejora de la posición del grupo o el actor (Dubet, 1989:527).

3.3.4. Lesbofobia internalizada.

Ésta es una consecuencia de los anteriores tipos de lesbofobia, sobretodo de la lesbofobia emocional, que tienen como efecto un daño en la subjetividad de las lesbianas, para Castañeda (2006) tiene que ver con los efectos que el discurso heterosexista tiene sobre las homosexuales, e incluso a la apropiación de dicho discurso, generando sentimientos de auto-devaluación, sensación de estar siempre excluido o en desventaja, desconfianza, temor a ser descubierto, represión sistemática de deseos y sentimientos.

“yo ya me aceptada, yo ya podía decir, sabes qué, soy lesbiana... o sabes qué me gusta esa muchacha, pero muy en el fondo lo seguía viendo como algo malo porque o sea mi mamá me decía un montón de cosas, entonces como que me metió eso en la cabeza de que eso es algo malo, igual y desde chiquita, desde chiquita te enseñan de que eso es algo malo, de eso ni se habla pues” (R.A., entrevista, 2015).

“yo salí con ella... y todavía con la inseguridad pues, pero en mi la inseguridad implicaba todo, de que... por ejemplo yo siempre he sido muy tímida, entonces también mi forma de ser y todo eso, como que me encerraba en miedos y muchas cosas, entonces yo cuando salí con esa muchacha fue así como que ¡ingasumadre! Todavía sentía que estaba mal, y salimos al parque y todo normal, pero yo sentía así como que no ¡está mal, está mal!” (Piti, entrevista, 2015).

Los efectos de la lesbofobia tienen un efecto negativo en su proceso de autoaceptación, que a pesar del hecho de no poder negar que son lesbianas, y estar seguras de que lo que sienten por otras mujeres no es pasajero, siguen pensando por un largo tiempo que la homosexualidad es algo negativo, y cuando han logrado resignificar esta parte de su subjetividad, parecen asumir que las demostraciones públicas de afecto no son necesarias, que éstas deben reservarse al ámbito privado, y parecen evitar cualquier forma de visibilización al tener en consideración lo que esto puede ocasionar en sus padres.

Esos efectos pueden llegar incluso más lejos, afectando de tal forma la autoestima de las lesbianas que pueden llegar a la depresión. Ese es el caso de R.A., quien a raíz de los

problemas familiares que el hecho de ser lesbiana le generan, busca terapia psicológica y posteriormente psiquiátrica:

“todo eso lo estaba tratando sola [...] entonces sí yo sentía avances en mí, pero de pronto llega mi mamá y me dice: ¡sabes qué, ve tienes 24 años no has hecho nada, blablablá así te vas a quedar y tu vida así va ser!, y fue así como inga tú o sea... yo sola estoy avanzando y tu llegas y me dices que no he hecho nada y eso me jalaba y me jalaba, hasta que era así como que ah a la madre pues me voy a ir a tomar me voy a ir a salir y pues yo lo que quería era no llegar a mi casa [...] llegué bien peda a la casa y me pegó el sermón de la vida mi mamá...y en la mañana me despierto, y me pega otro sermón gigante así no... entonces yo ¡harta! Así, era como ¡aah ya!... era como la cereza del pastel, de ¡tanto que traía! Ya ahí la bomba explotó y voy a un hotel del centro, y me agarro una botella de tequila y agarro mis pastillas de la depresión, me tomo... unas 15 o 20 pastillas yo creo y me emborracho... primero me emborracho para agarrar valor, deja el valor o sea, porque sabía que estaba mal pero ocupaba apendejarme para hacerlo, entonces agarro las pastillas y agarro la cerveza y... y ya, fue como ya, el cuerpo ya está muy cansado y yo también ya estoy muy cansada y hasta aquí.... Pero no, resulta que me estaban buscando mucho que, me encuentran, Estefanía va por mí al hotel, me lleva a la cruz roja, me salvo de esa” (R.A., entrevista, 2015).

Éstas crisis emocionales tan profundas, son consecuencia de un sentimiento prolongado de exclusión y rechazo, sobre todo cuando ese rechazo proviene de personas emocionalmente significativas, como la familia, pues como consecuencia del estigma, “uno no puede dejar de formularse conscientemente cierto sentimiento crónico del peor tipo de inseguridad, y esto trae como consecuencia ansiedad” (Goffman 2006: 24).

3.4. Los grupos de pertenencia

El apoyo y la aceptación de las personas significativas para las lesbianas, tiene importantes efectos en el proceso de resignificación de la identidad, pudiendo agilizar, retrasar o negar la posibilidad de una autoidentificación positiva como lesbiana y la construcción de una identidad tendiente a la visibilidad. En éste apartado, expongo las narraciones que las entrevistadas me han compartido respecto a las reacciones de sus seres queridos ante su procesos de reconstrucción identitaria y los efectos ellos han tenido en dicho proceso.

3.4.1. El papel de la familia.

La opinión de la familia sobre la homosexualidad, y la reacción de la misma ante el hecho de ser lesbianas, es uno de los factores más importantes en la decisión de las lesbianas sobre el ser visibles o no, y sobre en qué aspectos de su vida compartirán la información acerca de su

orientación sexual, pues como se aprecia con anterioridad, pareciera ser la principal causa de la lesbofobia interiorizada y los problemas de autoestima de las entrevistadas.

En las experiencias que me han sido compartidas, expuestas con anterioridad, fueron la mayor de las veces las madres quienes, ante la sospecha de la diferencias en sus hijas, invaden su privacidad y las confrontan para confirmar su orientación sexual, haciendo reclamos ante la confirmación de su sospechas, acompañados de violencia emocional que tiene la intención de revertir o negar la realidad de sus hijas, pues como “el núcleo de la relación madre-hija es lograr que la madre implante en la hija la feminidad” (Lagarde, en Alfarache, 2000:193), pareciera entonces que buscan evitar a toda costa la vergüenza social de haber fallado en su papel de madres. Esto puede verse en la narración de Caro, de lo que sucede cuando su madre la llama para preguntarle si tenía novia y no novio como ella pensaba:

“yo le dije es que tenemos que hablar y mi mamá se puso a llorar, es cuando digo yo estoy haciendo las cosas mal, es cuando recae en mí el: no mames qué estoy haciendo, sí me explico, mi mamá se puso bien mala, bien grave, fue a dar al hospital, mi mamá si le llega a pasar algo, yo hubo un momento que dije, la dejo, prefiero ser infeliz que le pase algo a mi mamá, mi mamá me manipuló muchísimo y me sigue manipulando [...] la última que me hizo, que nos peleamos bien fuerte, que me empezó a ofender y eso, sabes que le dije yo ya no te voy a aguantar ya, le dije, o sea a pesar de todo lo que me estaba ofendiendo ella no iba a dejar de ser mi mamá y no la iba a dejar de querer pero yo creo que tu sí, y me estás haciendo mucho daño, y me salí y me empezó a decir un chorro de cosas y me corrió de la casa, yo ahorita estoy viviendo en la casa de la mamá de Marisela”

Las dependencias afectivas y la idea de tener una responsabilidad sobre el bienestar de los otros, pone en marcha la necesidad de sobrecompensar a la familia en otros aspectos, a partir de cumplir las expectativas principalmente respecto a la educación, el empleo, o apoyo económico. Esta sensación de lastimar a los que se quiere también influye en la decisión sobre la visibilidad:

“siempre traté de ser lo más respetuosa que he podido ser con mis papás o igual también conmigo pues, de que pues... no me gustaría que le dijeran a mi mama: no que vimos a tu hija besándose con tal morra, no sé pues igual no soy como que muy afectuosa, no sé si por eso o qué, pero no soy afectuosa en público, no, si acaso un abrazo así, pero hasta ahí” (Sofía, entrevista, 2015).

Para Caro parece ser muy claro que ninguna otra cosa le impide vivir de manera libre, sintiéndose en equilibrio con quien realmente es, y visibilizando su identidad, ella lo dice así “el día que lo acepten mis papás voy a salir con un cartelón que diga soy gay”. Para Pichardo (2008) “la actitud de rechazo produce grandes problemas en la comunicación y un gran sufrimiento por parte de los afectados”, pudiendo llegar al extremo de la depresión, como vimos con anterioridad.

La mayor influencia en las subjetividades de las entrevistadas, el motivo principal de llegar a valorar de manera negativa sus identidades, y pasar por crisis identitarias y emocionales, es la lesbofobia emocional que sus familias les infringe, ya que al descubrir la orientación sexual de sus hijas, dan cuenta de que han fallado en su función de instaurar las normas de género en ellas. Pues como señala Scott (1996) es a través del parentesco que se construye el género, como institución homóloga al estado heteropatriarcal, cuya función es reproducir en sus miembros, la moral que sirva a los intereses del estado, y el control de las mujeres para mantenerlas al margen del poder y la política. Para Lagarde (2005) es la madre la principal encargada de interiorizar las normas de género en sus hijas, pues es la madre, la institución histórica que se encarga de la reproducción de la sociedad y de la cultura, a través de construir durante el periodo formativo de los y las hijas un modo de vida acorde a las normas sociales y culturales del contexto, a través de lo cual contribuye a mantener el orden hegemónico, convirtiéndose en funcionarias del estado. Lagarde señala que la forma de lograr la instauración de las normas es a través del lenguaje:

“con su voz, con sus dádivas y con sus cariños, con castigos y negativas, con su lengua materna [...] interioriza –en rituales de poder político de la madre sobre el hijo, en los que éste despliega también su poder –, el control de su cuerpo: del hambre, de los esfínteres, del sueño, del erotismo. La madre interioriza afectivamente en el hijo, de manera esencial, la norma: lo prohibido y lo permitido...” (Lagarde, 2005:379)

Lo anterior señala que las madres instauran el orden social en sus hijas mediante los afectos, y por el afecto mismo, pues pareciera que las madres buscan su bienestar a través de lograr que éstas cumplan las normas del contexto, pues son conscientes de que el transgredirlas, trae consigo consecuencias; además, ellas mismas han sido socializadas dentro de dichas normas sociales, llevándolas a considerar que romper con las normas de género es inmoral. Son las madres entonces que se encargan de vigilar el género de sus hijas, con tal

preocupación, que al sospechar un cambio en las mismas, transgreden su privacidad para confirmar sus sospechas, reclamando e insultando a sus hijas una falta que parecieran percibir contra ellas mismas, pues dan cuenta de su fallo en tarea que más se valora socialmente en las mujeres, el ser madres.

Al ser socializadas como mujeres, las lesbianas que enfrentan esta situación, debido a sus dependencias afectivas, y siendo expuestas a los reclamos, insultos y chantajes de sus madres, atraviesan crisis emocionales tan fuertes que pueden conducir a la depresión. Lo anterior se suma a la lesbofobia interiorizada, potencia los significados negativos que han atribuido a sus identidades como lesbianas, crea sentimientos de culpa y exclusión, llegando a afectarles de tal manera, que buscan compensar la situación mediante la satisfacción de los deseos de sus madres en otros aspectos de su vida, como la heterosexualización de sus relaciones sentimentales, que pareciera ser un factor en la gradual aceptación de su orientación sexual por parte de las familias, siempre y cuando ésta se mantenga en el ámbito de lo privado.

Además de lo anterior, el rechazo que sus madres expresan a manera de insultos y amenazas, una vez que confirman su orientación sexual, merma su seguridad, daña su autoestima y genera sentimientos de culpa. Es relevante señalar que, a excepción de uno de los relatos, son las madres quienes de manera invasiva, descubren la orientación sexual de sus hijas, pues “en condiciones de heterosexualidad normativa, vigilar el género ocasionalmente se utiliza como una forma de afirmar la heterosexualidad” (Buttler, 2007:13), que en dicho contexto se torna obligatoria, y debido a que son ellas las que culturalmente se designan como encargadas de instaurar la feminidad en sus hijas (Lagarde, en Alfarache, 2000), el lesbianismo en ellas aparece como una falla de su labor como madres. Las reacciones de rechazo entoces, tienen que ver con una extensión del estigma y los significados negativos que existen sobre el lesbianismo, que se transfieren a ellas como madres de una lesbiana, a manera de castigo por la falla en su labor de instaurar los ideales de género en sus hijas.

Lo anterior genera en las madres de las lesbianas la puesta en acción de chantajes emocionales que pretenden modificar o mantener oculta la orientación sexual de sus hijas, se les intenta convencer de que están confundidas o que están pasando por una etapa, se les

insulta y se les culpa de la desilusión, el sufrimiento emocional y la vergüenza que causan a la familia. Debido a que las lesbianas hemos sido socializadas desde nuestra infancia como mujeres para hacernos cargo del cuidado de los otros, el malestar emocional de las madres, hacer sentir culpables a las entrevistadas, tanto, que debido a la presión, llegan a tomar la decisión de mantener en el ámbito de lo privado lo referente a su orientación sexual, pues “existe una mayor presión social en las mujeres lesbianas, que provoca que su vivencia pase a ser menos expresada públicamente (Pichardo,2008:170).

Sin embargo, en algunos casos, después de un tiempo las familias aceptan en alguna medida la orientación sexual de sus hijas, para Viñuales (2000) ésta aceptación tiene que ver con la estabilización de la vida afectiva de las lesbianas, pues a pesar de realizarse con otra mujer, se da un vínculo afectivo, duradero y estable que se considera exclusivo de las parejas heterosexuales.

“Entonces yo pienso que mi mamá ya se dio cuenta de que yo respetaba a mis amigas y a mis novias yo les daba su lugar, con ella o en otro lugar, ya ahí fue cuando se dio cuenta de que ah esta morra va enserio... pues yo pienso que ahí fue cuando se tumbó el rollo de las etapas y todo ese rollo porque cambió mucho, cambio más la seguridad, la fluidez del tema en la casa también, cambio todo, para bien” (Kris, entrevista, 2015).

En el caso de otras entrevistadas, lo que parece haber propiciado el acercamiento por parte de sus familias es el hecho de pasar por situaciones difíciles, como enfermedades o la muerte de un familiar cercano que, si bien ocasionan que se priorice el amor hacía sus hijas, dejando de lado el hecho de que son lesbianas, no implica la aceptación de la homosexualidad en ellas, sino que aparentemente se establece una especie de trato en el que la familia tolera el hecho de que su hija es lesbiana, siempre y cuando éste hecho no se haga público, ni se hable demasiado del tema. Esto sucede a R.A., que después de caer en depresión tiene un intento de suicidio, viéndose obligada a pasar unos días internada en el hospital psiquiátrico, y tras éste acontecimiento, siente un cambio notorio en su madre:

“habla con ella una psicóloga, ya fue como que, ya me di cuenta qué es lo que está pasando [...] fue cuando mi mamá fue cambiando, yo creo que ocupaba alguien con bata que hablara con ella, porque yo hablé muchas veces con ella, muchas veces que si quería ayuda o terapia y no o sea, súper negada y súper cerrada, yo creo que ahí la agarraron a fuerza , y también me sirvió mucho que la mamá de Estefanía la agarró y habló mucho con ella, le dijo muchas cosas, y ahí como que le fue cayendo el 20...

estuve ahí como unos 10 días encerrada, y ya cuando salgo, totalmente otra, totalmente otra persona... este salgo súper... este... ya le dije a Estefanía que ya venías o... ya nombraba el nombre de Estefanía, y ya permite que vaya a mi casa, o sea ya totalmente otra persona pues, e igual y ya me dijo lo mismo pues, yo te voy a aceptar, te voy a querer, eres mi hija blablablá... pero... no me cuentes nada no, o sea completamente cerrada, pero ya ahí va poco a poquito, ya mínimo se puede hablar del tema, ya puedo llegar con ella y hablar del tema” (R.A., entrevista, 2015)

Sin embargo, ésta aparente aceptación pone en riesgo la posibilidad de visibilizar las identidades lésbicas de las entrevistadas, frenando la creación de referentes identitarios positivos para otras lesbianas que estén en el proceso de resignificar su identidad en la ciudad, y dificultado también la conformación de colectivos, debido a que al percibir la “aceptación” familiar, algunas de las lesbianas, parecen aferrarse al sentimiento de bienestar que y prefieren conservar la estabilidad familiar, a pesar de tener que ocultar su identidad en muchos otros ámbitos de su vida. Como menciona Andy, pareciera ya no ser necesario luchar por más libertades, “no es como que yo quiera gritarles ¡soy lesbiana! si saben está bien, si no saben pues está bien, o sea, la que me interesaba que supiera y me aceptara es mi mamá” (Andy, entrevista, 2015).

3.4.2. La comunidad en la red.

Si bien las entrevistadas han narrado que los primeros a quienes han decidido contarlas sobre orientación sexual son a sus amigos, esto ocurre una vez que de alguna forma han aceptado para sí mismas su diferencia, y se han autoadscrito lesbianas; sin embargo, antes de llegar a ello, surgen ciertas dudas que debido a la desinformación que existe en su contexto sobre la homosexualidad, la falta de referentes identitarios, y la poca visibilidad de personas homosexuales en la localidad, son complicadas de resolver por sí mismas, enfrentan además a la dificultad de encontrar otras personas con intereses similares. Estas dificultades, para algunas de las lesbianas se resuelven a través del acceso de la comunidad en red y la cada vez mayor visibilidad de las lesbianas en los medios de comunicación y las industrias culturales:

“empecé también como que a buscar, bueno ya empecé a buscar en internet, entonces me empecé a meter así a chats, [...] me entraba como cierta curiosidad entrar a chats de homosexuales y era como que , vamos a ver qué pasa aquí, y empecé a hablar así con muchachos y muchachas... y yo así o sea todo normal, era como que, sentía curiosidad de hablar con personas del mismo sexo y que también tuvieran las mismas

preferencias que yo tal vez, porque todavía yo no sabía qué es, cómo definirme pues, era como que, no entiendo qué me pasa, entonces” (Sofía, entrevista, 2015).

“el internet o las redes sociales nos han acercado mucho más a la comunidad, en mi experiencia [...] a mí me resultó muy beneficioso porque conocí personas muy buenas, que siguen estando en mi vida, a pesar de que las conocí a los 16 años, y no sé qué hubiera sido de mí si no hubiera conocido a esas personas pues, si no hubiera tenido como... su experiencia, si no me hubieran contado su experiencia, no sé si me hubiera sentido... alejada, no sé cómo hubieran sido mis... las relaciones con las niñas pues, cómo hubiera llegado la primera persona, no sé, no sé qué hubiera sido” (Andy, entrevista, 2015).

La importancia que tiene para éstas lesbianas el poder establecer contacto con personas similares a ellas, aunque sea de manera virtual, tiene que ver con el hecho de que dar cuenta de una orientación sexual diferente, puede resultar angustiante o complicado, y la forma de sobrellevarlo de manera positiva es a través de la posibilidad de construir una narrativa que ayude a entender y explicar el procesos por el que se a traviesa, eso a su vez se logra al encontrar “el soporte emocional y los términos necesarios para construir dicha narrativa de forma positiva” (Viñuales, 2000:60). Para las lesbianas en Culiacán, puede resultar difícil acceder a ésta posibilidad si no es de forma virtual debido a la poca visibilidad lésbica en la ciudad, por lo que el acceso a internet juega un papel importante en la construcción de las identidades de éstas lesbianas, ya que “pone a disposición de todas aquellas mujeres que tienen relaciones con otras mujeres no sólo una identidad lésbica, sino todo un catálogo de prácticas, imágenes, redes y lugares virtuales y reales de encuentro”(Pichardo, 2008:128).

Cabe señalar además, que las entrevistadas recurren a contactar a otras lesbianas por medio de internet, en chats lésbicos, debido a que al descubrirse diferentes, se consideran aisladas debido que no han conocido a otras lesbianas con anterioridad, y al no tener información previa sobre el ser lesbianas, debido al tabú que en el contexto existe sobre ello, recurren a la comunidad virtual para resolver sus dudas y acceder a información al respecto. Una vez iniciado el proceso de autoaceptación, comienzan a conocer a gays y lesbianas, sobre todo a través de fiestas y conocidos, éste ambiente lúdico donde coinciden gays y lesbianas, propicia la conformación grupos de amigas que se convierten en el principal soporte para las lesbianas en los momentos de mayor vulnerabilidad.

3.4.3. La comunidad local

El acceso a internet y las industrias culturales, también parecen haber facilitado el acercamiento de las entrevistadas a otras lesbianas y gays de su contexto, pues a través de compartir gustos por un dueto musical de mujeres, que aparentemente eran pareja, Kris contacta a otras lesbianas en Culiacán:

La primera vez... que yo convoqué a alguien, porque yo convoqué a alguien, fue cuando yo me hice súper fan de t.A.T.u. [...] una amiga y yo pegamos unas pinchas hojas de tamaño carta, con engrudo, por todo pinchi Culiacán, y les pusimos: ¿te gusta t.A.T.u.? Y no sólo me refiero a su música, y la chingada, contacta este Messenger y vamos a agarrar cura y vamos a hablar del grupo y conocer gente, me salió en tres minutos la idea, fuimos y teclamos en un cyber, imprimimos como unas 20 hojas y las fuimos y las pegamos en cuestión de 30 minutos, ya estaba pegado todo [...] 20 minutos, 30 minutos más o menos, abrimos el Messenger y teníamos como 17 solicitudes más o menos, y qué onda ¿vamos a vernos en la noche ya? El chiste es que nos quedamos de ver en la catedral, allá en los escalones, y de pronto nos veíamos en los escalones, y de pronto éramos más [...] y nos vinimos y nos sentamos aquí en la banquita y haz de cuenta que era el punto de reunión de alguna u otra manera, de chavas que se enteraron por la hoja, y otras que llegaron solas o iban invitadas de alguien (Kris, entrevista, 2015).

Esto posibilitó la conformación de redes de apoyo que aportan sentido de pertenencia, lo que para la entrevistada significó un espacio de aceptación donde no hay que esconderse más, en el que se comparten experiencias y que proporciona un sentimiento de seguridad:

“así fue como empecé a conocer gente, empecé a salir, de una u otra manera me fui haciendo como un poquito popular en el rollo gay porque yo era la que, no hay pedo, vamos a la casa, o sea en mi casa podían ser ellas, no había pedo [...] pero en mi casa yo podía ver como salían, se sentían libres, ni siquiera en la calle eh, yo notaba eso, en la calle yo las veía siendo ellas, pero en mi casa, ya con la libertad de que ah no hay pedo con tu mamá, [...] se sentían libres, que decían, ah llegué a mi base, como cuando juegas a las tentadas, a un lugar seguro” (Kris, entrevista, 2015).

Para las entrevistadas encontrar otras personas con sus mismas características, que afrontaban situaciones similares, fue crucial para resignificar de manera positiva el hecho de ser lesbiana, “me fui abriendo y fui conociendo más gente y fue como que bueno... pues no es tan malo después de todo” (R.A., entrevista, 2015). Sin embargo, al llevarse a cabo dentro de un contexto lesbofóbico, los encuentros se dan a través de códigos que buscan mantener el anonimato y se contienen en público manifestaciones que puedan confirmar a los otros la

propia orientación sexual, manteniéndose en el ámbito de lo privado la expresión libre de la verdadera identidad.

3.5. Acciones Afirmativas

A pesar de encontrarse en un contexto heterosexista y violento, que constriñe las identidades lésbicas al ámbito de lo privado, a través de los tipos de lesbofobia que se mencionaron con anterioridad, las lesbianas quienes me han compartido sus experiencias, negocian con las normas que les restringen, logrando, a través de una serie de estrategias, acciones afirmativas que, en el contexto específico en que se construyen, son por demás valiosas.

3.5.1. Búsqueda de la independencia

El hecho de que sean las propias familias quienes más interfieren en la construcción de una identidad lésbica positiva, lleva a cuatro de las entrevistadas, a buscar una independencia que les permita sentirse en libertad y les brinde la posibilidad de afrontar los posibles escenarios de rechazo.

“yo siempre he tenido la mentalidad de una persona independiente, por lo mismo de que no hay esa relación con mis papás, desde la prepa, yo busqué un trabajito de fin de semana, entré a la universidad y lo mismo, yo entrado a la universidad me independicé completamente [...] yo veía la manera de que fueran lo menos responsables hacía mí, en el aspecto económico lo menos responsables que pudieran ser de mí [...] porque si no tienes el apoyo de tu familia no tienes el apoyo de nadie”

Aún con lo anterior, la independencia afectiva es un poco más complicada de lograr, y por más que se viva fuera de la casa de los padres, y no se dependa económicamente de ellos, el sentirse rechazadas sigue afectándoles: “es mi mamá...si me lo dice otra persona me vale madre, pero cada vez que ella me dice una palabra, me dice algo que toca esa parte de mí que mal me pongo y hasta la fecha” (Caro, entrevista, 2015). Sin embargo, lograr una independencia afectiva, y entender que la integridad y la aceptación personal deben priorizarse, parece tener un efecto en el modo en que la familia procesa la noticia, pero sobre todo en la decisión de expresar libremente la propia orientación sexual en todos los ámbitos de la vida. Éste es el caso de Kris, la única de las entrevistadas que se considera completamente abierta, y que al salir del clóset con su mamá, lo hizo con seguridad, a pesar de que su madre tratara de convencerla de que se trataba de una etapa, ella se mantuvo firme al tener la certeza que por lo que estaba pasando era algo positivo para ella:

“ah bueno le dije, pues quién sabe, pero yo ahorita me siento así, y pues yo quería decírtelo porque yo ya vi en internet cómo está el rollo y la neta está muy cabrón y pues yo sé que tú me vas a apoyar... no sí miya que no sé qué, se acabó [...] Mucha gente dice ay es que tú la tuviste muy fácil, ¡yo lo hice fácil!, o sea no es que la tuviera fácil, yo me encargué de no andar batallando, de ser sincera desde el principio, y de ser firme, y sobre todo de... poner a mi pues, a mi primero, antes que mis miedos, antes del qué van a pensar, a mí, a mi primero” (Kris, entrevista, 2015).

Cuando algunas de las entrevistadas sienten que la situación con sus familias es muy complicada o violenta, y no perciben una posibilidad de cambio, toman la decisión de romper con esas relaciones por lo menos de manera momentánea al salirse de sus casas:

“me fui a vivir a Durango gracias a todo ese pleito que tuve con mi mamá, y que salí del closet y todo eso [...] y duré unos meses, y allá fue así como que me liberé y todo, en todos los aspectos, y pues cuando regresé fue así como ya sé lo que soy, ya sé lo que siento”. (Piti, entrevista, 2015).

“un día eran tantos los problemas que me salí de mi casa pues, le dije, sabes qué no tengo yo porque estar aguantando en mi propia casa que alguien me esté ofendiendo tanto pues, ahí en ese entonces yo ya me había aceptado” (R.A., entrevista, 2015).

En este sentido, la independencia significa romper con los estereotipos de género que ven a la mujer como indefensa, y necesitada de la protección de alguien más, Caro específicamente hace referencia al hecho de no necesitar a un hombre para obtener lograr estabilidad económica: “es como mi ejemplo a seguir, tiene una súper empresa, viven bien chingon, la señora por el lado económico se ha partido la madre, pero ellos tienen lo mejor, [...] que ella no ocupa de un hombre” (Caro, entrevista, 2015). El ser independientes también posibilita rechazar las expectativas de vida que la familia tiene para sí, y la violencia expresada ante su lesbianismo, y salir a buscar referentes identitarios positivos, que ayuden a resignificar su identidad.

Al dejar de depender de la familia, buscan romper con la institución que se encarga de instaurar las normas de género en sus subjetividades, rechazando con ello no sólo la relación con un hombre, sino buscando romper las relaciones de poder desiguales que cualquier relación pueda significarles. Siendo la búsqueda de independencia, el acto de resistencia más importante.

Es sobre de sus madres, de quienes buscan desidentificarse, pues a través de las experiencias de las entrevistadas, pareciera que el ser lesbianas implica negarse a repetir los roles que socialmente se les imputa y que ven materializados en sus madres. Pues a pesar de buscar una estabilidad sexoafectiva con sus parejas, para acceder a la aceptación, se niegan a anteponer las necesidades de los otros a las suyas, y sobre todo, buscan lograr su realización personal y profesional antes de pensar en la maternidad, que además se niegan a experimentar en sus propios cuerpos. El rechazo de convertirse en sus propias madres, puede leerse como lo que Rich (1980) entiende en un acto de resistencia y de oposición al patriarcado, ya que ello representa un acto político (consciente o no), de negación a cumplir con el papel que el estado heteropatriarcal confiere a las mujeres como futuras madres.

3.5.2. Visibilidad

En un espacio donde la homosexualidad es aparentemente tolerada, mientras se mantenga en el ámbito privado, tener muestras de afecto en público representa una negativa a invisibilizar la realidad de las lesbianas; y en una ciudad pequeña como Culiacán, donde es frecuente encontrar conocidos, significa salir del clóset en todos los grupos de pertenencia. Debido a que es poco probable obtener anonimato en las calles de la ciudad, las situaciones que las entrevistadas atraviesan con sus familias, y la negativa de las mismas a que otras personas conozcan la orientación sexual de sus hijas, es sólo Kris quien dice no tener problema con tener muestras públicas de afecto y reprimirlas únicamente cuando se siente amenazada:

“la agarro de la mano, le agarro la nalga si se deja... le doy un besito, yo soy muy afectiva, me gusta mucho abrazar a mi novia, darle besos, decirle cosas, jugar, en donde sea. Ay mucha gente que me dice, ey respeto, y yo no veo ninguna falta de respeto, sinceramente, pues... pero, está bien, ósea me voy a moderar porque te causa conflicto pues, yo no tengo ningún problema, yo a mi novia la puedo besar en mi casa o... a la tuya si no te das cuenta jaja ah mentira” (Kris, entrevista, 2015).

En lo que refiere a la apropiación del espacio público, en la ciudad hay un solo lugar que a la vista de todos funge como espacio de reunión, y popularmente reconocido como punto de encuentro de gays y lesbianas. Los encuentros en ese lugar, comienzan de manera espontánea, cuando se convoca a una reunión de lesbianas de manera discreta, a partir de utilizar como forma de reconocimiento, el hecho de gustar de t.A.T.u., un dueto ruso de música pop de mujeres que se hacían pasar por lesbianas, la reunión se lleva a cabo en un

punto concurrido de la ciudad, la plazuela Álvaro Obregón que se localiza en el cuadro central, a lado de la catedral de Culiacán:

“una amiga y yo pegamos unas pinchas hojas de tamaño carta, con engrudo, por todo pinchi Culiacán, y les pusimos: ¿te gusta tatú? Y no sólo a su música, y la chingada contacta este Messenger y vamos a agarrar cura y vamos a hablar del grupo y conocer gente, me salió en tres minutos la idea [...] en 20 minutos, 30 minutos más o menos, abrimos el Messenger y teníamos como 17 solicitudes más o menos, y qué onda ¿vamos a vernos en la noche ya? [...] El chiste es que nos quedamos de ver en la catedral, allá en los escalones [...] y nos vinimos y nos sentamos aquí en la banquita y haz de cuenta que era el punto de reunión de alguna u otra manera, de chavas que se enteraron por la hoja, y otras que llegaron solas o iban invitadas de alguien, y hasta la fecha siguen diciendo, sí ahí se llevaban los jotos y ahí se llevaban los punkeros, y ahí como que se hizo como una pequeña comunidad”

La banca a la que Kris hace referencia, fue removida por remodelaciones de la plazuela, sin embargo, la zona se sigue pensando como punto de reunión de gays y lesbianas, y los locales comerciales como cafés, restaurantes y bares, se han convertido en “gay friendly”. A partir de un acto que comienza como algo lúdico, se posibilita la creación de redes de apoyo, la sensación de estar en comunidad, y posteriormente una zona que brinda hasta cierto punto seguridad, y la posibilidad de encontrar a personas con los mismos intereses, para quienes comienzan a configurar una identidad lésbica.

A pesar de que la invisibilidad representa dificultades para la creación de grupos de encuentro, de lucha, y la falta de referentes identitarios positivos, Pichardo (2008) señala que puede convertirse “en una forma de resistencia que les permite sobrevivir y colarse por los huecos de un sistema heterosexista que – en mayor o menor medida – aplica herramientas de castigo a quienes se salen de él” (2008:130). Para Piti, que desea convertirse en una empresaria en la ciudad, la visibilidad representa un problema:

“yo en lo personal pues no estoy taaan abierta, sí en mi círculo social, pero... a lo mejor ponle que tengo una creencia así de que... de la discriminación, entonces yo siento que... ah pues me va a afectar en ciertas cosas... por ejemplo, si quiero ser alguien muy importante o lo que sea, pues hay personas a las que les molesta la homosexualidad, por eso como que lo oculto un poco” (Piti, entrevista, 2015).

3.5.3. Pensar el Futuro.

Para quienes consideran tener un presente complicado, y deciden reservar la expresión de su orientación sexual a lo privado de manera momentánea por efectos de la presión social, imaginan un futuro en el que eso pueda ser diferente, y al mismo tiempo que buscan conservar su independencia y priorizan su realización personal sobre los mandatos sociales del matrimonio y la maternidad, se mantiene firmes en la necesidad de dialogar sobre el tema, de hacer ver a los que son significativos afectivamente que no habrán de cambiar por la voluntad de otros:

“me gustaría seguir preparándome, ya en lo profesional, me gustaría todavía llegar a, viajar, si puedo estudiar, seguir estudiando, pero si me gustaría primero que nada, mi empresa bien formada, antes de pensar en hijos si me gustaría decir, ah, bueno , mi hijo es mi negocio, y ya está bien como para yo pensar si yo quiero tener hijos, cuántos hijos quiero tener o depende pues, pero primero me gustaría adoptar por el hecho de [...] darle la oportunidad a un niño que le quitaron su oportunidad pues... y pues sí, si me miro en pareja, y siento que en la casa mi familia me va a terminar aceptando de una u otra manera me van a terminar de aceptar” (Sofía, entrevista, 2015).

Si bien la idea de un futuro diferente es alentadora, hay quien considera que una existencia más plena es algo que debe buscarse desde el presente, siendo congruente consigo misma al no negar la propia identidad, aunque ello pueda significar algunas pérdidas:

“En el futuro yo me veo feliz, [...] siempre plena y me encanta, no pienso dejar de serlo, y he tomado decisiones muy difíciles de alguna manera, para poder seguir siendo feliz, porque me gusta ser feliz, sentirme feliz, sentirme a gusto conmigo misma y a mi alrededor, eh... y yo creo que el futuro principalmente me veo feliz.” (Kris, entrevista, 2015).

Es a partir de esa búsqueda del bienestar emocional, con la plena consciencia de que llegar a lograrlo, implica atravesar crisis identitarias y emocionales, de buscar la congruencia entre las reflexiones y críticas que se hacen de las condiciones sociales y las propias acciones que pueden significar un cambio, a pesar de que ello implique la transformación de las relaciones interpersonales, que Kris puede acceder a tomar los recursos que el contexto le ofrece para significar de manera positiva su identidad, al mismo tiempo que es capaz de cuestionar y confrontar las convenciones sociales que discriminan y deshumanizan su experiencia lésbica.

3.5.4. Consciencia de opresión

La congruencia y la negativa de ceder ante las presiones sociales a mantener la propia identidad oculta, el hecho de buscar la formación de redes de apoyo, el intercambiar experiencias, y la sensación de una necesidad de visibilizarse, parecen dotar a Kris de una consciencia de opresión que le permite analizar la realidad del contexto en que vive, entendiendo el peso de la lesbofobia para ella y para otras, la dificultad de hacerle frente y la necesidad de crear colectivos que promuevan la discusión, que propongan acciones y que sirvan de referente a quienes atraviesan por el proceso de la autoidentificación como homosexual:

El rollo de los homosexuales en Culiacán es el siguiente, no hay cultura, hace falta fomentarla, no es fácil fomentarla, tenemos muchas cosas en contra, Culiacán es una ciudad muy católica y retrógrada, hay gente con poder en... Culiacán, gente homosexual, gente con poder que tiene un micrófono, que tiene gente, que no habla, ósea ese es el pedo, hay mucha gente que tiene un micrófono, mucha gente conocida, mucha gente popular en Culiacán que podría alzar la voz y no lo hace... es gente ya grande de la que yo te hablo, entonces a lo mejor ellos traen un rollo más a la antigua pues, para qué hablar, tu vive tu vida, ósea, es lo que me han dicho a mí, no wey es que no se trata de mí, yo voy a vivir mi vida y yo sé quién soy yo y yo voy a salir de mis problemas, pero hay gente allá afuera que está sufriendo discriminación. [...] Cada día yo veo cosas que me gustan y que no me gustan del ambiente gay y comento y tengo opinión, eh... si hubiera algún tipo de movimiento, pero un movimiento físico, no por las redes sociales, como vienen siendo las marchas, como vienen siendo los movimientos en masa pues,... no en red social, sino algo de vamos a hablar de esto y la chingada, vamos a concientizar a los padres de homosexuales que están en la negación, o vamos a hacer algo por la gente, ahí yo le entro pues, pero eso de darle like, y asistiré... y ósea, no siento que haga mucho.

El atravesar por dicha situación con las madres, que se extiende por lo general al resto de la familia, lleva a las lesbianas a evitar la visibilidad, pues siendo Culiacán una ciudad pequeña, el anonimato en las calles es poco probable. Sin embargo, a pesar de la aparente despolitización de las identidades que estas situaciones parecieran conllevar, las entrevistadas encuentran formas de resistencia. Pues mediante el contacto con otras lesbianas y gays, a través de internet, el acceso a un número cada vez mayor de referentes identitarios en las industrias culturales, y sobre todo el conocer y entablar amistades con gays y lesbianas en la ciudad, comienzan a resignificar de manera positiva sus identidades, pues como señalan Emerson, Campillo y Ruiz (2007), una identidad homosexual positiva dependerá en gran

medida del acceso que se tenga a una red social que le permita reconocerse como homosexual.

Las identidades de las lesbianas se construyen a partir de la necesidad personal de escapar a los roles de género impuestos, que les resultan opresivos. Esto puede verse en su insistencia de lograr la independencia familiar y económica, la necesidad de demostrar que pueden desempeñar papeles que para las mujeres resultan vedados, el desarrollo de planes futuros que se concentran en su desarrollo personal y profesional antes de considerar unirse en matrimonio, y las dudas que surgen sobre el convertirse en madres o no, así como la negativa de ser ellas quienes conciban a sus hijos.

Es sobre todo una de las entrevistadas que señala la necesidad de construir espacios críticos no únicamente en las redes virtuales, sino comenzar a formar colectivos que permitan la discusión y la formación en temas de relevancia para las lesbianas, que aporten de manera positiva a quienes atraviesan situaciones de vulnerabilidad y buscar incidir en las políticas públicas de la localidad. No sin señalar que es el miedo lo que detiene a las lesbianas en la reivindicación de sus identidades y sus derechos, ya que formar parte de colectivos lésbicos llevaría implícita su visibilización y un contexto lesbofóbico tendría consecuencias negativas para ellas.

Y si bien las lesbianas a quienes he entrevistado no anuncian expresamente la adscripción a una identidad politizada, sí narran elementos que pueden insertarse en el proceso de politización que propone Vergara (2013). Su proceso comienza al dar cuenta de la atracción y afectos que tienen por otras mujeres, que provoca un sentimiento de culpa al saberse orientadas hacía lo prohibido, lo que en primera instancia las lleva a negar o intentar escapar de aquello que conciben como negativo, para en un segundo momento, a través de compartir sus experiencias y dudas con otras lesbianas que contactan por medio de internet, al acceder a las experiencias de quienes han pasado por situaciones similares, comienzan a aceptarse como lesbianas, aunque como se mencionó con anterioridad, debido al rechazo de sus familias, y la percepción de la lesbofobia que existe en el contexto, ésta identificación parece no terminar de completarse, pues debido al peso negativo de la palabra lesbiana, parecieran buscar otros términos que no resulten tan confortativos, como gay u homosexual, que son categorías identitarias que han cobrado más visibilidad y aceptación social.

Las lesbianas entrevistadas escapan de manera consciente o inconsciente de las normas de género de la ciudad, rompiendo con la apropiación que hace los otros sobre ellas, “sin embargo, si bien las lesbianas escapan a la apropiación individual, no lo hacen de la apropiación colectiva” (Vergara, 2013:44), Más como señala Mogrovejo (2000) aun cuando las lesbianas no constituyen un tercer sexo, no rompen con la binariedad de género, sí cuestionan su validez al punto de perder su sentido, pues retomando el concepto de Lauletis, señala que una lesbiana es “alguien situada fuera del contrato heterosexual, excedente a las categorías de género, y posicionada en un espacio propio, contradictorio, en el aquí y ahora, que necesita ser afirmando pero no resuelto, excéntrica al sistema” (Mogrovejo, 2000:47)

Es pertinente cerrar señalando que ser lesbiana en un contexto de misoginia y heterosexismo es un acto de resistencia, sin importar la forma de vivirse como tal (Clarke, 2009), pues cada cual tiene el derecho de construir una identidad que le permita lograr una estabilidad emocional, y no necesariamente habrá de confrontar situaciones que le lleven a cuestionar tanto el contexto como a sí misma. Sin embargo, es necesario pensar en formas de descentralizar las colectivas lesbofeministas, y el acceso al feminismo como tal, para que quienes tienen la intención de ir más allá de simplemente vivir su sexualidad, y encuentran la necesidad de cuestionar y buscar interpelar las desigualdades en su contexto, puedan acceder a los elementos que permitan configurar una identidad politizada, crítica, que les haga sentirse coherentes consigo mismas y las dote de herramientas para enfrentarse a un contexto hostil.

IV. REFLEXIONES FINALES

Es este apartado se busca pensar el efecto de la lesbofobia en la identidad de mujeres lesbianas de Culiacán. Esta es sin embargo, una tarea complicada que, más que concluir o establecer una única respuesta, irá develando, a lo largo de la misma, diversos cuestionamientos que se tendrán en consideración como forma de dar continuidad a la investigación. Será necesario también, al tiempo que se exponen los aportes de éste ejercicio, mostrar sus limitaciones para fortalecer y ampliar el entendimiento de las problemáticas que aquí se han abordado.

A partir del acercamiento al campo, a través de los supuestos teóricos sobre identidad, se hace evidente la necesidad de complejizar el concepto, al entender las identidades desde la multidisciplinariedad, pues sólo así pueden aprehenderse las complejidades y contradicciones, que desde la cotidianeidad implican las adscripciones identitarias. Es elemental, entonces, acercarse al estudio de las identidades teniendo en cuenta el rol activo del actor frente a los referentes culturales a los que tiene acceso (Dubet, 1986), y leer estas producciones subjetivas como un texto literario que en el que prima el papel las experiencias (Scott, 1992), permitiendo comprender las contradicciones que se presentan al adscribir categorías identitarias que son aparentemente excluyentes entre sí, y a que su vez posibilitan la complejización de las identidades a partir de la aceptación de las diferencias al interior y exterior de los grupos de pertenencia.

Así mismo, cuando se habla de identidades estigmatizadas, es necesario tener en cuenta que, como señala Dubet, éstas no se construyen buscando escapar del anonimato sino a partir de la necesidad de existir fuera de los referentes negativos y la marginalidad, y el adscribirlas implica crisis emocionales, pues se abandonan categorías identitarias socialmente aceptadas (Dubet, 1986). A partir de lo anterior, las identidades no pueden pensarse ya como producciones de una sola vía, es decir, adscribir una identidad estigmatizada es un proceso de construcción/deconstrucción de las subjetividades (afectos, experiencias, y pensamientos), que conduce al cuestionamiento de los repertorios culturales que la conforman, y de las normas sociales que las rigen, es ahí donde reside la riqueza del estudio de las identidades como productoras de significados con el potencial de transformación del contexto.

Sin embargo, no es posible dejar de lado que, aun cuando estas identidades representan un potencial transformador, se puede caer en contradicciones al recurrir a las normas culturales de las que se intenta escapar. Al tratarse de identidades estigmatizadas, quienes las adscriben se enfrentan a la exclusión social y a las sanciones culturales que implica el abandono de las categorías identitarias socialmente aceptadas. Este rechazo social, lleva consigo la modificación de las relaciones sociales y afectivas, generando sensaciones de abandono, ansiedad e incluso depresión en las personas estigmatizadas. Esta realidad no puede enfrentarse de manera permanente, y es en la búsqueda de la aceptación que se presentan contradicciones identitarias, cuando, las normas son cuestionadas y transgredidas en algunos sentidos, pero reproducidas en otros. Es decir, para estos sujetos no es posible romper de manera total con las convenciones sociales establecidas, pues se pierde su inteligibilidad en el contexto y se ponen en riesgo los lazos afectivos con los otros.

Las lesbianas en la ciudad de Culiacán se enfrentan a un contexto en donde las normas de género restringen la sexualidad de las mujeres, regulan la estética femenina, relegan a las mujeres a los espacios privados, y otorgan una importancia especial al matrimonio heterosexual y la reproducción, a través del ritual de la boda y la celebración de los embarazos. Ello resulta en diversos tipos de lesbofobia, cuya intención es evitar que estas normas establecidas se vean cuestionadas. Los efectos de la lesbofobia, se ven reflejados en la construcción de las identidades de las lesbianas de diversas formas, ocasionando que éstas representen una compleja mezcla entre transgresión y reproducción de las normas de género del contexto.

En un primer momento, las entrevistadas pasan de identificarse como lesbianas a hacerlo desde la categoría “gay”. Esto debido a que, en el contexto, la palabra “lesbiana” tiene las mismas connotaciones negativas que los peyorativos usados a manera de ofensas, como “marimacha” o “machorra”, que hacen referencia a mujeres masculinas, tanto por su apariencia como por sus actitudes, pero por el contrario, la palabra “gay” no tiene la misma carga que “joto” o “maricón” que refieren a hombres afeminados, sino que representa la imagen estereotipada de la conservación de la estética desde el género correspondiente o la hipermasculinidad-feminidad según se trate de hombres o mujeres homosexuales, así como la idea de un poder adquisitivo superior, que en la ciudad, a partir del surgimiento de establecimientos gayfriendly, ha comenzado a ser más aceptada. De igual manera, al pensar

en el momento de toma de conciencia de su homosexualidad, en general, han considerado que han nacido con una sexualidad diferente y que ésta es tan natural como la heterosexualidad.

Omitir las diferencias de género al homologar sus experiencias con las de hombres homosexuales, bajo el uso del término “gay”, así como la justificación biológica que sobre su sexualidad hacen en sus narraciones, dejando de lado el carácter de rechazo al patriarcado que suponen las identidades lésbicas cuando son una decisión consiente del abandono de los roles de género asignados a las mujeres, pudiera implicar en sí, la despolitización de sus identidades, la deslegitimación de su potencial transgresor, pero revela en cambio, las estrategias que son puestas en acción en un contexto lesbofóbico, para la evitación el estigma.

Aún más, las lesbianas marcan una diferencia con los heterosexuales al afirmar que las relaciones de poder que se dan al interior de las parejas de lesbianas son menos desiguales, pues si bien éstas pueden adoptar actitudes masculinas con sus parejas, también expresan que no buscan controlar las decisiones sobre la vestimenta y la sexualidad de las mismas, por ejemplo, y que tanto las tareas del hogar como los gastos cotidianos son compartidos equitativamente.

La lesbofobia, tiene un peso particular en la decisión de mantener ocultas sus identidades, y no hacer visibles las expresiones de su sexualidad en el espacio público, impidiendo tanto la construcción de referentes identitarios positivos para otras lesbianas, como los efectos positivos de la visibilidad lésbica en la percepción de los otros sobre la homosexualidad. Pero a pesar de los diversos intentos del contexto para invisibilizar su orientación sexual, las lesbianas logran encontrar espacios, construyen redes de apoyo y comparten sus experiencias con sus círculos sociales más cercanos, transformando así la percepción de la homosexualidad de algunas personas.

Es, sin embargo, la lesbofobia emocional infringida por las familias, especialmente por las madres, que tiene el mayor efecto negativo en el potencial transgresor de las identidades de las lesbianas en Culiacán, pues al amenazar la disolución de los lazos afectivos con la familia, ocasionan crisis emocionales que conducen a estas mujeres a intentar mantener la aceptación de los familiares a través de la invisibilización de su orientación sexual, la conservación de las estéticas impuestas a las mujeres, la búsqueda de una pareja

estable, planes de unión y reproducción, que representan la heterosexualización de las relaciones lésbicas.

Aún con lo anterior, existen elementos que demuestran la conciencia de opresión y las acciones de resistencia política que el ser lesbiana en este contexto implican, pues a pesar de buscar establecerse con una pareja, o el deseo de conformar una familia, las lesbianas priorizan sus proyectos de realización personal y profesional. Estableciendo para ello la condición de cumplir las metas que se han propuesto antes de unirse con sus parejas, marcando una diferencia con hombres y mujeres heterosexuales, que a partir de las presiones del contexto, pudieran considerar el matrimonio y la conformación de una familia como la meta máxima en la vida. Al mismo tiempo que consideran opciones de compromiso diferentes al matrimonio, rechazan la maternidad a través de la negación de ser ellas quienes conciban a sus hijos, pensando en la adopción como la opción más viable para formar una familia.

La forma más importante de resistencia que han encontrado las lesbianas es la búsqueda de la independencia, que rompe con los ideales de una mujer frágil y sumisa, que está a expensas de las decisiones de otro. Ésta búsqueda de independencia se vuelve aún más significativa cuando dan cuenta que implica el rechazo de llegar a representar el papel que han cumplido sus madres, como una ruptura con la figura que, a través de la socialización en los afectos, se encarga de instaurar el género en ellas. Las lesbianas rechazan convertirse en sus madres, como un acto político.

Sin embargo, la socialización que como mujeres han pasado, que las lleva a tener en consideración los efectos que sus acciones pueden tener para quienes quieren y las quieren, pues la importancia que se otorga al bienestar de los otros, frena la posibilidad de visibilización de las identidades lésbicas, pues en una ciudad en donde la obtención de anonimato en los espacios públicos es casi nula las entrevistadas prefieren no hacerse notar, como forma de asegurar la tranquilidad de sus padres. Por otra parte; la vigilancia de la sexualidad de las mujeres, que se hace en contexto, conducen a la romantización de las relaciones de pareja y la reproducción de roles masculinos; así como la importancia que se otorga a la unión en matrimonio y la familia, las conduce a la heterosexualización de sus relaciones.

Las experiencias de las entrevistadas, entonces, pasan por las etapas de politización de las identidades propuestas por Vergara (2013), de forma parcial y de manera individual antes que colectiva. Es así que a pesar de pensar las identidades lésbicas como una forma de abandonar la opresión que la categoría mujer conlleva a partir del rechazo de la relación jerarquizada con los hombres (Wittig, 2006), algunos efectos de la búsqueda de la instauración de las normas de género en ellas permanecen, e implican entonces contradicciones en la construcción de las identidades lésbicas, al reproducir de manera parcial las normas de género. Las experiencias en torno a la construcción de las identidades lésbicas, aquí presentadas, no pueden entenderse como el abandono a una categoría que desde muchos ángulos les es impuesta, sino como la búsqueda por lograr escapar a los efectos que para cada quien resultan más opresivos, no por ello deben leerse como intentos fallidos, sino como actos individuales de resistencia que tienen el potencial de hacerse colectivos, a partir del acceso a algunos recursos, principalmente, es evidente la necesidad de lograr redes con colectivas lesbofeministas.

Pues como señala Mogrovejo (2000) si bien las lesbianas no constituyen un tercer sexo, y no rompen con la binariedad de género, sí cuestionan su validez, ya que “alguien situada fuera del contrato heterosexual, excedente a las categorías de género, y posicionada en un espacio propio, contradictorio, en el aquí y ahora, que necesita ser afirmando pero no resuelto, excéntrica al sistema” (Mogrovejo, 2000:47)

A partir de lo anterior, se establece que el proceso de construcción/deconstrucción de las identidades lésbicas es sumamente complejo y emocionalmente demandante, es un ir y venir contradictorio, que no puede limitarse a calificarse como politizado/despolitizado, transgresor o reproductor de las normas, y que en contextos heterosexistas y misóginos, representan desde la búsqueda personal de la felicidad un acto de resistencia político.

4.1 Aportes

La contribución principal de este ejercicio de investigación ha sido exponer las experiencias de las lesbianas en una región del norte de México que ha sido poco explorada, a partir de lo cual se hace evidente la necesidad de buscar comprender las particularidades de dichas experiencias en otras regiones del país, como forma de tener en consideración los motivos y las necesidades de las lesbianas, en torno a la politización de las identidades y la

colectivización de las resistencias. Pues estas experiencias particulares, no pueden ser leídas desde los marcos teóricos con que se interpreta la existencia lésbica en contextos en que las luchas por los derechos y la construcción de espacios para la discusión de las implicaciones de género que ostentar una sexualidad diferente implica, han venido desarrollándose por muchos años. Y que por lo general, son grandes urbes que permiten en cierto grado el anonimato en el proceso de resignificación de la propia identidad.

Es necesario pensar en la descentralización de las colectivas lesbofeministas y de la posibilidad del acceso al feminismo como tal, pues ello propiciaría la conformación de nuevos espacios de discusión y representaría el acceso a los recursos necesarios (tanto de información como redes de apoyo) para la politización de las identidades lésbicas y la unificación de los esfuerzos.

4.2. Limitaciones:

Con la finalidad de lograr aprehender la realidad de la experiencia lésbica en el contexto de Culiacán, es conveniente poder diversificar las narrativas respecto a los procesos de construcción/deconstrucción de la identidad de lesbianas en la ciudad. Sería enriquecedor acceder a los testimonios de lesbianas de distintas edades, así como considerar su nivel educativo y su nivel socioeconómico, como una forma de entender las intersecciones que atraviesas sus identidades.

La limitación más importante, sin embargo, refiere a la necesidad de incluir referentes teóricos que permitan entender tanto las identidades como la existencia lésbica, a partir de las especificidades del contexto en el que son producidas, pues si bien, se ha recurrido a las perspectivas *queer* en aras de escapar a la esencialización de la identidad y la subversión del género, estos referentes están construidos en un contextos en el que lo anterior puede hacerse posible, debido a que el proceso de construcción/deconstrucción de las identidades se enfrenta en condiciones diferentes a situaciones como la desigualdad marcada de clase, la violencia de género, la vigilancia de la sexualidad en las mujeres y la construcción cultural de la familia.

Es entonces necesario, en un segundo momento de la investigación, poder leer las experiencias que aquí se exponen en torno a las identidades lésbicas, a través de los referentes teóricos del lesbofeminismo decolonial, con el objetivo de lograr un análisis más completo y

acertado de cómo la existencia lésbica en estos contextos representa formas de resistencia y transgresión a normas opresivas de género.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alfarache, A., 2000, *Identidades lésbicas y cultura feminista: una investigación antropológica*, México, Plaza y Valdés.
- Alfarache, A., 2009, *Las mujeres lesbianas y la antropología feminista de género*, Omnia, disponible en, <<http://www.caladona.org/grups/uploads/2009/08/las-mujeres-lesbianas-y-la-antropologia-feminista-de-genero-a-alfarache.pdf>>
- Álvarez-Gayou, J.L, 2000, *Homosexualidad*, capítulo, en J. y S. MacCary, comps., *Sexualidad humana*, México, El Manual Moderno, pp. 295-312.
- Andrews, Molly, 2002, “Narrative and life history” en Molly Andrews, Shelley Day Shlater, Corinne Squire, Amal Treacher, comps. *Lines of Narrative*, Londres: Routledge.
- Aquino Moreschi, A. (2013). La subjetividad a debate. *Sociológica (México)*, 28(80), 259-278.
- Arce, J. M. V., 2010, *Jefe de jefes: corridos y narcocultura en México*, México, El Colegio de la Frontera Norte.
- Beltrán, A., 2015, “Asesinatos de hombres vestidos de mujer no son por odio o fobia”, *Línea directa portal*, Culiacán, Sinaloa, 16 de noviembre, en <<http://www.lineadirectaportal.com/publicacion.php?noticia=270759#.Vko8dTLC-1s.twitter>>, consultada el 29 de abril de 2016.
- Beltrán, I., 2016, “Conoce a "Gilbertón de Tierra Blanca" ¡Puro veneno!”, *El debate*, Culiacán, Sinaloa, 21 de abril, en <<http://www.debate.com.mx/culiacan/Conoce-a-Gilberton-de-Tierra-Blanca-Puro-veneno-20160421-0030.html>>, consultado el 29 de abril de 2016.
- Bourdieu, P. (1996). *La dominación masculina*.
- Burgos, C., 2013, *Narcocorridos, una expresión musical en Sinaloa*, capítulo, en Guevara y Mojardín, coord., *La violencia en Sinaloa: materiales para una psicología cultural*, Universidad Autónoma de Sinaloa, Facultad de Psicología, pp. 159-180.

- Butler, J. (2002). Críticamente subversiva, Sexualidades transgresoras: Una antología de estudios queer. Icaria. Barcelona.
- Butler, J. (2007). El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad (Vol. 168). Ediciones Paidós Ibérica.
- Butler, J., 2009, Performatividad, precariedad y políticas sexuales. AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana, Vol. 4, núm. 3, pp.321-336.
- Castañeda, M., 1999, La experiencia Homosexual. Paidós, México, D.F.
- Castañeda, M, 2006, La nueva homosexualidad, Paidós, Barcelona.
- Cornejo, J, 2012, Componentes ideológicos de la homofobia, Límite, vol. 7núm. 26 (2012):85-106. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83625847006> (Fecha de consulta: 27 de octubre de 2014).
- Clarke, C., 2009, Lesbianismo: un acto de resistencia, capítulo, en Mérida, ed., Manifiestos gays, lesbianos y queer, Barcelona, Icaria editorial, pp. 75-82.
- Cruz, S., 2002. Homofobia y masculinidad, El cotidiano, vol. 18, núm. 113, pp. 8-14.
- El debate, 2015, “Aparece otro "Travesti" muerto”, El debate, Culiacán, Sinaloa, 11 de octubre, en, <<http://www.debate.com.mx/culiacan/Aparece-otro-Travesti-muerto-20151011-0017.html>>, consultado el 29 de abril de 2016.
- El Debate (2016) “Encuentran sin vida en una canal a joven desaparecido”, El Debate, Sección Policiaca, Culiacán, Sinaloa, 9 de junio, en <<http://www.debate.com.mx/policiacas/Encuentran-sin-vida-en-un-canal-a-joven-desaparecido-20160609-0148.html>>, consultado e 22 de junio 2003.
- Emerson, L; Campillo, M., y Ruiz, S., 2007, La construcción de la identidad homosexual masculina: Estudio de casos desde el modelo de narrativa, Procesos psicológicos y sociales, vol.3 núm. 1 y 2 (2007): 1-39. <http://www.uv.mx/psicologia/files/2013/06/La-construccion-de-la-identidad-homosexual-masculina.pdf> (Fecha de consulta: 10 de noviembre de 2014).

- Excélsior, 2014, “Guamúchil en shock por el asesinato de Anel; recibió 65 puñaladas”, Excélsior, Sección Nacional, Ciudad de México, 26 de marzo, en <<http://www.excelsior.com.mx/nacional/2014/03/26/950654#view-1>>, consultado el 29 de abril de 2016.
- Fraser, N. (2008). La justicia social en la era de la política de identidad: redistribución, reconocimiento y participación. *Revista de trabajo*, 4(6), 83-99.
- Giménez, G, 2002, Paradigmas de identidad. *Sociología de la identidad*, 35-62.
- Giménez, G, 2005, La cultura como identidad y la identidad como cultura, México, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.
- Giménez, G, 2006, Materiales para una teoría de las identidades sociales. Instituto de Investigaciones. Sociales de la UNAM.
- Goffman, E., 1981, La presentación de la persona en la vida cotidiana, Amorroutu, Buenos Aires.
- Goffman, E, 2006, Estigma, Amorroutu, Buenos Aires.
- Golubov, N., 1994, La crítica literaria feminista contemporánea: entre el esencialismo y la diferencia. *Debate feminista*, 116-126.
- González; Benítez; y Aguilera., 2004, Las mujeres en los cargos directivos en las preparatorias de la Universidad Autónoma de Sinaloa, capítulo, en de la Torre; Ojeda; y Maya., coord., *Construcción de género en sociedades con violencia*, México, Miguel Ángel Porrúa, pp. 105-116.
- Grossberg, L., 2003, Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso en Cuestiones de identidad cultural, 148-180.
- Guber, Rosana (2001), *La etnografía: método, campo y reflexividad.*, México. Editorial Norma.
- Guevara, E., 2002, La masculinidad como posición social: un análisis desde la perspectiva de género, *Omnia*, 1-6.

- Hall, S., 2003. Introducción. ¿Quién necesita identidad?, capítulo en Hall S. & Du Gay, P., comp, Cuestiones de Identidad Cultural, Argentina, Amorrortu, 13-39.
- Ibarra, G. 2003, Sinaloa, tiempo histórico y globalización: espuma viajeras. Escuela de Estudios Internacionales y Políticas Públicas, UAS [Universidad Autónoma de Sinaloa].
- Inzunza, F, 2014, “Unos escalofriantes tuits antes de un brutal asesinato”, El debate, Guamuchil, Sinaloa, 19 de abril, en <<http://www.debate.com.mx/guamuchil/Unos-escalofriantes-tuits-antes-de-un-brutal-asesinato-20150319-0092.html>> consultada el 29 de abril de 2016.
- Lamas, M., 2003, Cultura, género y epistemología, capítulo, en Valenzuela, comp., Los estudios culturales en México. FCE. México.
- Letra Ese, 2016. “Informe crímenes de odio por homofobia” Ciudad de México, 12 de enero, en <<http://www.letraese.org.mx/proyectos/proyecto-1-2/>>, consultado el 15 de junio 2016.
- Lizarraga, Ernestina. "Género, reclusión y narcotráfico. El caso del CECJUDE Mazatlán". Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Sinaloa, Mazatlán, Sinaloa, 2010.
- Mallimacci, F y V Giménez Beliveau, 2006, Historias de vida y método biográfico, capítulo, en Vasilachis de Gialdino, comp., Estrategias de Investigación Cualitativa, Barcelona, Gedisa.
- Méndez Rocío, 2016 “México es el segundo país más homofóbico del planeta: UNAM” Noticias MVS, Sección Nacionales, Ciudad de México, 17 de mayo, en <<http://www.noticiasmvs.com/#!/noticias/mexico-es-el-segundo-pais-mas-homofobico-del-planeta-unam-785>>, consultado 16 de junio 2016.
- Mogrovejo, N., 2000, Un amor que se atrevió a decir su nombre, México, Plaza y Valdés.
- Mogrovejo, N, 2006, “Identidad, cuerpo y sexualidad lésbica” Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, México, DF.

- Mogrovejo, N, 2009, "La lesbiana no nace, elige serlo" consultado en:
<http://normamogrovejo.blogspot.pt/>
- Nakayama, A, 1991, Entre sonorenses y sinaloenses: afinidades y diferencias. Dirección de Investigación y Fomento de Cultura Regional del Gobierno del Estado de Sinaloa.
- Ovalle, Liliana Paola, Giocoamello, Corina, 2006, "La mujer en el "narcomundo". Construcciones tradicionales y alternativas del, Revista de Estudios de Género. La ventana, Guadalajara, México, Universidad de Guadalajara, núm. 24, 2006, pp. 297-318.
- Plascencia, L., 2016, Sinaloa o la compleja relación entre cultura y violencia. Nexos, disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=28063>
- Pichardo, J., 2008, Lesbianas o no, capítulo, en Platero, coord., Lesbianas discursos y representaciones, España, Melusina, pp. 119-138.
- Preciado, B., 2002, Manifiesto contra-sexual: prácticas subversivas de identidad sexual. Madrid: Pensamiento Opera Prima.
- Radicalesbianas, 2009, La mujer identificada con mujeres, capítulo, en Mérida, ed., Manifiestos gays, lesbianos y queer, Barcelona, Icaria editorial, pp. 75-82.
- Rich, A, 1980, "Compulsory heterosexuality and lesbian existence" Signs, pp. 631-660.
- Rubin, G., 1986, El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo, Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales, (30), 95-145.
- Roccas, S., & Brewer, M. B. (2002). Social identity complexity. Personality and Social Psychology Review, 6(2), 88-106.
- Rosas, C., 2014, "Mi hija no tenía ningún tipo de desviación; le gustaban los chicos: Hugo Báez, padre de Anel", Café negro portal, Sección locales, Culiacán, Sinaloa, 25 de mayo, en <<http://cafenegroportal.com/2014/05/25/mi-hija-no-tenia-ningun-tipo-de-desviacion-le-gustaban-los-chicos-hugo-baez-padre-de-anel/>>, consultado el 29 de abril de 2016.

- Sánchez Parga J, 2010, El oficio del antropólogo. Crítica de la razón (Inter) cultural, Ecuador, Abya-Ayala.
- Santamaría, A., 1997, El culto a las reinas de Sinaloa y el poder de la belleza, Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Simonet, H., 2004, En Sinaloa nació: historia de la música de banda, Asociación de Gestores del Patrimonio Histórico y Cultural de Mazatlán.
- Simonett, H, 2000), Desde Sinaloa para el mundo: transnacionalización y reespacialización de una música regional, In Actas del III Congreso Latinoamericano de la Asociación internacional para el Estudio de la Música Popular.
- Scott, J. W. (1992). Experiência. Revista de Estudos de Gênero. La Ventana, 2(13), 42-74.
- Scott, J., 1996, “El género una categoría útil para el análisis histórico” en El género: la construcción cultural de la diferencia sexual. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sheila Arias, 2016, “Le abren con vidrio la cara a un joven tras marca lésbico-gay” Noroeste, Sección Sinaloa, Culiacán, Sinaloa, 12 de julio, en <<http://beta.noroeste.com.mx/publicaciones/view/le-abren-con-vidrio-la-cara-a-un-joven-tras-marcha-lsbico-gay-1036056>>, consultado el 14 de julio 2016.
- Spivak, G. (1987) In Other Worlds. Essays in Cultural Politics (New York: Methuen).
- Váldez, J., 2015, “El peligro de ser travesti”, Río doce, Culiacán, Sinaloa, 18 de octubre, en <<http://riodoce.mx/noticias/el-peligro-de-ser-travesti>>, consultado el 29 de abril de 2016.
- Vergara Sánchez, Patricia Karina [tesis de maestría], 2013, “El viaje de las invisibles. Manifestaciones del Régimen Heterosexual en experiencias de mujeres lesbianas en consultas ginecológicas”, México, Universidad Autónoma Metropolitana.

Villar, A., 2008, ¿Lesbiana? Encantada, ¡Es un placer!: Representación de las lesbianas en Euskal, capítulo en en Platero, coord., Lesbianas discursos y representaciones, España, Melusina, pp. 61-84.

Viñuales, O., 2000, Identidades lésbicas discursos y prácticas, Barcelona, Edicions Bellaterra.

Viñuales, O., 2002, Lesbofobia, Edicions Bellaterra.

Wittig, M. (2006). El pensamiento heterosexual. Monique Wittig, El pensamiento heterosexual y otros ensayos, Egales, Barcelona.

Zamora, A., 2015, “Diez entidades concentran mayoría de asesinatos de mujeres”, Címac noticias, México, D. F., 19 de enero, en <<http://www.cimacnoticias.com.mx/node/68597>>, consultado el 29 de abril de 2016.